

M. Borgatello
T. Buvinic

p. José
fagnano v.
misionero salesiano

vida y obra



M. Borgatello.
T. Búvinic.

P. JOSE FAGNANO VERO
MISIONERO SALESIANO

VIDA Y OBRA

ANNULLATO

Biblioteca ISS-DB

Roma

042198

~~41037~~

Colección "Vida Salesiana".

Editorial Salesiana.

Avda. Bernardo O'Higgins 2361 - Fono 96911 - Casilla 16.
Santiago de Chile.

Traducción y adaptación
de Tomás Búvinic,
basado en la obra del
P. Mayorino Borgatello:
"Un conquistatore d'anime",
Turin, 1929.

Editorial Salesiana
1ª Edición
Octubre - 1975.

© Derechos reservados

(Con las debidas licencias)

Colección "Vida Salesiana" — Serie B — N° 4.

P R E S E N T A C I O N

"Todo el que entra de lleno en la Patagonia, el que asimila sus costumbres, sufre sus fríos y ama sus grandezas, tiene que tener algo de aventurero. Porque vivir en la Patagonia, sobre todo hace cincuenta años, era ya una aventura. Los loberos iban en busca de aventuras riesgosas, los mineros en procura del brillo fascinador del gualdo metal, los hacendados con el encendido anhelo de ver a la vuelta de algunos años blanquear sus campos de nutridos piños de ovejas. Y los misioneros de Don Bosco con un ansia incontenible de reducir a la fe y a la civilización esos indígenas que habían sido considerados como los hombres más atrasados de la tierra, pero que para nosotros tenían un alma inmortal" (D. Lorenzo Massa).

Ese era el pequeño mundo donde inició la grande aventura de civilizador y misionero, el P. José Fagnano. A los cien años de distancia de aquella aurora misionera salesiana, la familia salesiana mundial y particularmente latinoamericana vuelven a fijar su atención y admiración en la figura de Mons. Fagnano.

Conocer algunas de sus proezas, penetrar la intimidad transparente de su corazón, escuchar el testimonio de sus compañeros de servicio evangelizador es, sin duda, un reconfortante encuentro con el alma misionera de Don Bosco. Allí está lo fecundo y cau-

tivador de la vocación misionera de Mons. Fagnano: haber traducido con lealtad pastoral y fineza espiritual lo que habría hecho D. Bosco en su lugar y frente a tantos seres necesitados que, a través de su palabra y ejemplo, descubrieron la paternidad bondadosa de Dios.

La Editorial salesiana, se complace en entregar a los lectores, esta obra escrita por uno de los más fieles colaboradores del P. Fagnano, el Padre Mayorino Borgatello. Su actual edición es el fruto de un atento trabajo de recopilación, traducción y adaptación del P. Tomás Búvinic Sapunar, sdb.

Queremos transformar este esfuerzo editorial en nuestro primer homenaje lleno de gratitud y reconocimiento, en este centenario misionero, a tan noble hijo de Don Bosco y a través de él, a todos los misioneros y misioneras salesianas que abrieron el camino a la palabra de Dios en regiones apartadas, con sus sacrificios, renunciaciones, privaciones, iniciando así, una nueva primavera apostólica y que a través del tiempo ha producido riquísimos frutos de santidad, de progreso y de consolidación de la Iglesia en los rincones australes de América Latina.

El contacto con el espíritu misionero de Mons. Fagnano, ciertamente renovará nuestro deseo de servir con absoluta fidelidad a la misión de Don Bosco en medio de los jóvenes y de los sectores sociales más necesitados.

P. SERGIO CUEVAS LEON. sdb.

Santiago, 12 de octubre de 1975.

P R E F A C I O

de la edición italiana.

He compilado estos datos biográficos para dar satisfacción a una necesidad del corazón y para cumplir con un deber de admiración y reconocimiento hacia mi paterno Superior que por veintiocho años fue mi maestro, confidente y amigo.

Temía que con la pobreza de mi pluma pudiera yo opacar la figura de Monseñor Fagnano; pero a esto me prestó solícita ayuda un querido Hermano en Don Bosco, que con tanta mayor pena no puedo nombrar cuanto sé experimentaría él si lo hiciera. El cuidó la redacción; y así espero que, aunque sencillo, el trabajo será agradable, tanto más que se trata de una vida singularmente atrayente.

Los datos y hechos son históricamente ciertos porque una gran parte me los proporcionó el mismo Monseñor en nuestra larga convivencia; y otros los verifiqué yo mismo personalmente; y otros los he sabido de fuentes seguras y testimonios serios: de todas maneras es siempre más lo que se deja que lo que se dice.

Esta Biografía de Monseñor José Fagnano vio la luz por primera vez en las "Lecturas católicas" del mes de abril de 1924. Sólo los suscriptores, y poquísimos más, tuvieron la fortuna de leerla, por-

que el número de la edición era limitado, y luego se agotó.

En este año de 1929 en que se celebran los 50 años de las Misiones Salesianas de la Patagonia, se pensó publicar esta segunda edición, ya más ampliada, que será un modesto contributo a honrar a aquél que fue el Fundador y el primer Apóstol de las Misiones Salesianas de la Patagonia y Tierra del Fuego.

Turín (Italia), 15 de Agosto de 1929.

sac. Mayorino Borgatello.

NOTA DEL RECOPIADOR Y TRADUCTOR

Al emprender la tarea de hacer la traducción de la obra "Un conquistatore d'anime, don Giuseppe Fagnano", del P. Mayorino Borgatello, me propuse hacer una "traducción libre", con estos alcances:

1.— Es traducción literal de la obra, tomadas en cuenta sus dos ediciones.

2.— He querido en cierta manera refundir las dos ediciones, con datos aclaratorios.

3.— He completado estos datos y narración con algunos que el mismo autor trae en su obra "Nozze d'argento", como asimismo con el contenido de algunas cartas - relaciones de Mons. Fagnano o del P. Borgatello.

4.— Para el mismo fin de completar y asegurar datos, fechas y acontecimientos, he recurrido a la "Monografía de Magallanes", del P. salesiano Lorenzo Massa, y a las vidas de "Monseñor Fagnano" y del "Apóstol de la Patagonia" (Mons. Cagliari), escritas por el P. salesiano Raúl Entraigas.

5.— Con toda esta valiosa fuente de información, me he atrevido a poner mi mano en un trabajo que me resulta sobremanera grato, porque, además de ser puntarenense de nacimiento, debo mi vocación salesiana a quienes trajeron a esa quefida tierra el nombre de Don Bosco.

Quiera María Auxiliadora, que inspiró y alentó a esos Misioneros, bendecir mi trabajo, que ojalá, sirva también para despertar alguna nueva vocación salesiana.

Tomás Búvinic Sapunar.

Lo Cañas, Julio de 1975.

I.— EL HOGAR PATERNO.

1844...

JOSE FAGNANO VERO nació en Rochetta Tánaro (Italia), el 9 de marzo de 1844. Sus padres, Bernardo y Magdalena, fueron cristianos ejemplares, y le fue fácil a ese niño inteligente y bueno seguir esos ejemplos. La madre le dictó las primeras lecciones de nuestra Religión y le infundió el gusto por las cosas de Iglesia y las prácticas del culto, de tal manera que el pequeño José pendía de los labios del párroco en las explicaciones del Evangelio y del catecismo, y hallaba así de qué nutrir su mente y su corazón. Y su corazón era bueno, porque en esa familia patriarcal no se respiraba otro clima que no fuese el de bondad y de fe. José amaba entrañablemente a los pobres, y se transfiguraba de alegría cuando podía ofrecerles algo que los pudiera hacer felices.

Mientras tanto, crecía en edad y buenos sentimientos y, ya en el catecismo como en la escuela del pueblo, sobresalía entre sus compañeros, lo que le dio luego un prestigio en todo, hasta en los juegos. Y de esto se servía para influir sobre ellos, para hacerles bien con su buen ejemplo.

¡Qué difícil nos resulta, tratándose de niños, incursionar por la senda de los pronósticos! Observando exteriormente al joven José Fagnano en su vivacidad, franqueza y valor, y reparando en su contextura física que ya apuntaba como de fibra fuer-

te, bien se podía ir pensando en un bravo militar. Y si hubiéramos podido penetrar en su espíritu, habríamos adivinado que, por efecto de la gracia de Dios y de sus buenas disposiciones, había allí mucha pasta de apóstol.

Y en el apóstol son de gran valor las virtudes militares, sobre todo cuando el terreno por conquistar es difícil y requiere táctica y abnegación. Fagnano, en un mañana lejano y hermoso, será llamado "el capitán bueno", el capitán grande, por aquéllos entre quienes, como conductor y jefe de jefes, había desplegado su incontenible apostolado.

II.— EN EL SEMINARIO.

1856...

El ambiente de fe y oración que se vivía en su familia, la vida patriarcal que se llevaba en el pueblo, en donde el párroco era el padre y el consejero de todos, el amor a las prácticas del culto, junto con la gracia de Dios, hicieron madurar en el corazón de José la semilla de la vocación sacerdotal. No sabemos cuándo ni a quién por primero manifestó este sentimiento; lo cierto es que el saberlo en la familia más que sorpresa causó una gran alegría, pues allí el sacerdocio era muy estimado con criterios de fe y de digna tradición cristiana.

El padre habló con el párroco para preparar su aceptación en el Seminario de Asti, donde José pudo entrar antes de cumplir los doce años, resuelto a no cejar hasta lograr la meta del sacerdocio.

Se fueron sucediendo rápidamente los años, absorbidos por el estudio y la formación sacerdotal,

Los estudios en el Seminario del Piemonte estuvieron siempre en buen pie y los profesores estimulaban con su ciencia y su ejemplo a sus jóvenes discípulos para formar un clero instruido y digno.

Sobre todo el latín, la retórica, la filosofía y en general las ciencias eclesiásticas eran cultivadas con gran pasión y éxito. Era cosa admitida por todos, que el clero subalpino se distinguió siempre por su instrucción y ciencia.

Pero si el estudio es uno de los principales deberes del que quiere entregarse a Dios como obrero de las almas, no es el único: en la vida del candidato al Santuario hay otras exigencias no menos imperiosas para que pueda conservar, nutrir, fortalecer y educar su vocación. En el Seminario de ese entonces, desgraciadamente, faltaba ese contacto entre superiores y alumnos que es comunión de las almas y engendra, por una parte, la paternidad y por otra la filiación espiritual. Los primeros aparecían sólo para controlar, amenazar y acaso castigar, y los otros se las ingeniaban para eludir una vigilancia molesta, lo que atizaba siempre más el antagonismo.

Fagnano destacó siempre entre sus compañeros y gozó siempre de las generales simpatías. Y en ese lamentable distanciamiento entre superiores y súbditos, no podía él sustraerse al espíritu de solidaridad, como no podemos pretender tampoco que en todo fuese perfecto y digno de alabanza. Y en ciertas "aventuras" de estudiantes, como, por ejemplo, aquel asalto nocturno a la despensa, era precisamente él el héroe. El mismo nos narra con vivacidad ese episodio. Es sabido que los estudiantes consideran lícitos ciertos pequeños despojos cuando de saciar el apetito se trata. Una noche, pues, se decidió que algunos, entre ellos Fagnano, se colaran a la despensa para compensarse de la escasa ración que les daba el Ecónomo. . . La puerta, celosamente cerrada, tenía en su parte alta un ventanillo estre-

cho. Fagnano, aligerándose de ropa y quitándose el calzado, se escurrió por él. Pero, ¡oh, desdicha!, cuando creía tocar el suelo con los pies se dio cuenta de que los ponía en una tinaja de aceite. No sabemos si pudo dar cima a la empresa. . . Pero lo que lo preocupó fue aquel aceite, testimonio acusador de su hazaña. ¿Qué hacer para no dejar huellas de él al andar? Nada más sencillo. Se dirigió al dormitorio, no sin antes dejar a propósito huellas de aceite en la puerta de cada celda de sus compañeros, incluyendo la propia. Luego se quitó los calcetines empapados, entró a su celda y se acostó como si tal cosa. Al día siguiente hubo. . . filípicas a granel, sin identificar, por cierto, a los culpables, por parte del censor y del Rector, que consideraron el acto como criminal y digno de expulsión y de inequívoca señal de falta de vocación sacerdotal.

El vendaval pasó, y Fagnano sacó de todo ello una buena lección para condenar su propia ligereza juvenil. Si se hubiera querido juzgarlo por el sólo hecho aislado y se lo hubiera alejado del estado eclesiástico, se habría privado a la Iglesia de un valioso sacerdote y conquistador de almas: sus años sucesivos probaron que aquéllo no era falta de vocación eclesiástica, sólo un desahogo de juvenil vivacidad.

¡Oh, educadores! ¡Sed indulgentes al juzgar a la juventud, y sobre todo tratad de penetrar en sus almas! Don Bosco solía decir que, tratándose de jóvenes, salvo que se trate de moralidad, hay que comprender y perdonar. El reglamento de un instituto es siempre algo frío; pero debe vivificársele con un hálito de vida, fruto de una mutua comprensión y sincera convivencia entre las almas, que las una y las mejoré.

III.— UN PARENTESIS.

1859...

Al iniciarse el año 1859, en el Piamonte no se oían sino proclamas políticas, marchas guerreras, y se hablaba mucho de la necesidad de una unificación nacional. Todos veían próxima la guerra que habría de extender la frontera a sus confines naturales. Y esa unidad nacional no se podía lograr sin fusionar los pequeños estados que a la sazón había en Italia, entre ellos los Estados Pontificios que obedecían en el Papa a su Soberano temporal. Circulaba un libro de Vicente Gioberti sobre el primado de los italianos, en el que se propiciaba la idea de una Confederación de Estados bajo la acción moderadora del Papa. Lógicamente en ese libro se prodigaban grandes alabanzas al clero, lo que lo hizo muy acepto a todos... hasta a los alumnos del Seminario, que se las ingeniaban para leerlo a hurtadillas. Esa lectura entusiasmaba sobre todo a la juventud, y muchos desertaban del camino del santuario para entrar en la milicia y así cooperar a la unificación nacional.

José Fagnano pasó en ese Seminario tres o cuatro años. Pero cuando iniciaba ya sus estudios llamados de Retórica, el instituto no tenía más de veinte alumnos, y pronto se hubo de cerrar. Entonces el Vicario Capitular pensó que nada mejor podía hacer que entregar ese pequeño grupo de clérigos al ya famoso Don Bosco, para que bajo su cuidado pudieran terminar sus estudios y llegar al sacerdocio.

Don Bosco, en efecto, comprendía y sufría el momento que atravesaba la Iglesia. Superando mil dificultades, amplió como pudo, de acuerdo con su madre, sus locales de Valdocco, convenció a algunos ex-profesores del Seminario de Turín, amigos suyos, a que le prestaran su colaboración, e instaló allí

mismo un verdadero seminario, abriendo esas puertas a los ya pocos seminaristas. Era el otoño de 1858.

José Fagnano prefirió quedarse en su casa, continuando privadamente sus estudios, pues así se encontraba, decía él, en un ambiente más apto que en el mismo seminario. Su alma recta y generosa se expandía mejor a la virtud y a la perfección en la libre iniciativa que no en la coacción, y la gracia de Dios lo acompañaba.

Pero el ambiente político-social lo envolvía todo. El espíritu un poco militaresco de Fagnano no pudo quedar indiferente ante la euforia general; pero su santo ideal lo retenía. Mientras tanto, recorrían ciudades y pueblos comisarios especiales reclutando voluntarios para las filas garibaldinas. En esos años el nombre del General Garibaldi no era aún el símbolo de anticlericalismo. Era el héroe popular que cautivaba por su espíritu valeroso y que, con su encantadora afabilidad, conquistaba adeptos por doquiera. Ciertos jóvenes, indiscutiblemente buenos y sinceramente adheridos a su propia fe, lo amaban hasta la locura, y una sola palabra suya, una sola mirada, un solo elogio suyo los hacía capaces de cualquier sacrificio. Fagnano tenía a la sazón algo más de quince años. Era de una textura física y de un coraje notables. Pero, ¿lo aceptarían? En la incertidumbre pidió consejo a un profesor suyo de mucha confianza, y éste, cogido como tantos otros por los comunes sentimientos dominantes, le aconsejó que se inscribiera en la Cruz Roja de la Legión Garibaldina, donde podría prestar óptimo servicio con hábito eclesiástico y desplegar un verdadero apostolado de bien, ya en beneficio de los cuerpos como de las almas. El espíritu generoso del buen clérigo vibró de entusiasmo ante el pensamiento de que podría prestar tanta utilidad; y, sin más, inscribió su nombre: y hélo allí convertido en un ferviente garibaldino.

Los voluntarios de la Legión debían en lo posi-

ble proveerse ellos mismos el propio ajuar, y el clérigo Fagnano era de los que quieren hacerlo todo a perfección. Pasó por todas las casas de su pueblo, se las ingenió para contagiar con su propio entusiasmo a todas las buenas dueñas de casa y en breve recolectó tal cantidad de tela, paño, algodón, gasa, vendas, medicinas. . . , que pudo llenar un vagón; y, dando un adiós a sus seres queridos, partió al campamento a las órdenes del General Garibaldi. Su constitución robusta y su alma ávida de prodigarse en un trabajo ímprobo, al mismo tiempo que su resistencia a toda prueba, le atrajeron pronto la atención y luego la admiración de todos: su valentía era indiscutible, y el General varias veces le tributó cálidos elogios. Pero surgió en todo esto un contratiempo: Fagnano fue siempre de los que nunca ocultaban sus propios ideales, y delante de cualquiera afirmaban siempre su propia personalidad. Con la misma valentía con que entre el fragor de la artillería se lanzaba a salvar y a auxiliar a los heridos, sostenía la santidad de su vocación sacerdotal y de la religión católica contra cualquiera, tuviera grados o no, fuera oficial o subalterno. Era un héroe que sabía serlo en todo.

Pero las cosas no se daban como hubiera querido. Eran muchos y, petulantes, los que combatían a ese cleriguillo imberbe, cegados quizás por qué prejuicios, pero pocos y, débiles, los amigos que le aplaudían. Las cosas iban tomando mal cariz, a tal punto que el General, enterado de todo, y contento del servicio prestado por el joven seminarista, lo llamó y le dijo: "Mi pequeño cura: yo personalmente estoy contento de ti y te agradezco tu valiente servicio; pero veo que éste no es ambiente para ti: eres demasiado intransigente con estos niños. . . , Quiero aconsejarte que pases al ejército regular, en donde hay necesariamente una disciplina más severa y donde, sin irritar a nadie, podrás ser muy útil a la patria". Fagnano agradeció al General por su

bondad y por su consejo y le prometió seguirlo, lo que, en efecto, hizo inmediatamente. Mientras tanto quedó pensando que muy diferente había sido el tono de las promesas de los que se dedicaron a reclutar jóvenes, y muy otras eran las expresiones referentes al clero, del que ahora se hacía tanto escarnio.

En el ejército regular el valeroso clérigo fue el mismo de siempre: el mismo valor, el mismo arrojo ante el peligro, la misma franqueza en sostener sus convicciones. Pero también allí encontró el mismo elemento de antes, hostil a la religión y a la moral cristiana. ¡Pobres jóvenes! Siendo en su mayoría inexpertos, fueron fácil presa de las procacidades y vulgaridades de los enemigos de su fe. Y hubo desgraciadamente no pocas víctimas entre los mismos clérigos. ¡Pobre clero! Se le aduló siempre que fue necesario, se aprovechó de su rectitud, de su generosidad, de su patriotismo, en que siempre fueron los primeros, se les pidieron todos los sacrificios que otros no fueron capaces de cumplir, y luego, con un horrible desconocimiento de todo principio de equidad, se los calumnió, se los persiguió y se los excluyó hasta de ser considerados ciudadanos probos, amantes de su patria. ¡Pobre patria! ¡Cuántos delitos se consumaron en tu nombre! Se quería que el clero, en nombre de la patria, quebrantase su disciplina y violase sus sagrados deberes: se lo quería más débil; y por eso se honraba a los infelices que cedían a la tentación y se execraba a los más dignos, los que en verdad merecían ser honrados. Y mientras tanto sus hipócritas detractores se saciaban de honores y de ventajas.

José Fagnano también fue tentado, pero se comportó como fuerte. Hubo quien, con desconcertante elocuencia, ponderándole mil ventajas, le propuso entrar en la masonería para así —le decía— asegurarse el porvenir. Y le daban nombres de algunos clérigos que así lo hicieron. . . Se hizo de todo para seducirlo. Pero él resistió con valentía y replicaba,

hasta con una punta de ironía, que el verdadero liberal era el que da de lo suyo, y no el que se aprovecha a costa de los demás, y que si él alimentaba el deseo de ser sacerdote era precisamente para dedicar su vida a la salvación de las almas y no para buscar ventajas temporales. Y como vio que su presencia se tornaba incómoda entre los mismos que lo habrían debido sostener, decidió retirarse de las filas del ejército regular y dedicarse como enfermero en el hospital que para militares heridos se había establecido en el Seminario de Asti. Allí se sintió a sus anchas y pudo, sin ser molestado, proseguir en su obra caritativa.

IV.— CON DON BOSCO.

...1870

El clérigo Fagnano se resistía a ir a Turín a ponerse bajo la dirección de Don Bosco, como había insinuado el Arzobispado y como lo estaba haciendo ya la mayoría de sus compañeros de seminario, que vivían felices en el Oratorio de Turín con Don Bosco. ¿Por qué la reticencia de Fagnano?

El nombre del gran Educador era ya conocido en el Piamonte, aunque muy lejos aún de aquella resonancia que habría conmovido a tantos admiradores universalmente. Pero no todos tenían de él la misma opinión. Como entre el clero de Turín hubo altos personajes que no lo miraban bien, y se había llegado hasta la determinación de hacerlo encerrar en un manicomio, con aquella ingeniosa solución suya de hacerse sustituir por los caritativos y gentiles delegados para la ingrata empresa; como

en las esferas oficiales tenían admiradores y detractores; así la misma opinión diversa se había esparcido fuera de Turín en las diversas ciudades de Piemonte, donde no se conocía bien la amistad y la estima con que lo distinguían los más santos eclesiásticos de la ciudad, como don Cafasso, el canónigo Anglesio y el teólogo Murialdo, para citar sólo algunos. Muchos del clero estaban influidos por los prejuicios difundidos por un libro de triste fama en que, mientras se creaba un ambiente hostil contra la benemérita Compañía de Jesús, se insinuaba el odio contra los más celosos eclesiásticos y contra los mismos laicos que a ellos adherían, llamándolos "jesuitas" en un tono despectivo, como sinónimo de hipocresía. Los mismos hechos sobrenaturales que se contaban de Don Bosco, y que los jóvenes del Oratorio de San Francisco de Sales, de regreso a sus hogares en las vacaciones, contaban con religiosa admiración, eran malignamente interpretados y daban nuevo pábulo a la maledicencia y a la envidia, para presentarlo como un vulgar pillo, un "vivo" que, bajo pretexto de beneficencia, buscaba amontonar dinero y hacerse un capital que le permitiera una vida cómoda y fácil con su familia. Las ruidosas loterías, las clamorosas excursiones con los jóvenes, las relaciones del hombre de Dios con personas de la alta sociedad para conseguir ayuda para alimentar a sus centenares de niños, proveer personal para los dos Colegios abiertos fuera de Turín y para erigir el Santuario de María Auxiliadora. . . , todas estas circunstancias daban nuevos argumentos a las malignas insinuaciones y un arma a sus detractores.

¿Qué de extrañar, entonces, que también el párroco de Rochetta Tánaro se haya dejado influir por estas voces y que las haya comunicado al joven Fagnano, que le era muy aficionado? Por esto tardó éste en decidirse a llegar hasta Don Bosco. Pero, al fin, lo hizo por su firme voluntad de llegar a ser

sacerdote. "En cuanto a lo demás —decía— tengo la cabeza bien puesta, y la sabré usar". Los hechos demostrarán que así fue.

Lleno de desconfianza pasó el umbral de ese instituto que llegaría a ser tan célebre. Y su primera impresión fue muchísimo más favorable que la de los recuerdos del Seminario. ¡Cuánta alegría! ¡Cuánta expansión! ¡Qué respetuosa familiaridad entre superiores y alumnos! ¡Ea, no está mal! Y ese Don Bosco... ¡qué diverso es del que se había imaginado! ¡Cuánta bondad en su rostro! ¡Qué celestial felicidad en su mirada y angelical candor en su sonrisa! Pero... ¿será el santo que dicen sus compañeros? Y pasaban los días... quizás ya dos meses. Y un día, por fin, se decidió a ir a confesarse con Don Bosco, quizás también con quien va a un desafío ante sus compañeros. El no creía lo que creían ellos. Pero iría: ningún otro sacerdote le había atraído así como un secreto imán. Le abriría de par en par su conciencia, le ofrecería como una fotografía de su alma. Pero, querido José: ¿no sabes tú que ese hombre de Dios no tiene necesidad de ninguna fotografía para conocer las almas? Hay alguien que lo ilumina, lo guía, lo conduce por caminos extraordinarios que el mundo no conoce. El mismo Monseñor Fagnano, ya avanzado en años y en santidad, se complació frecuentemente en narrar estos recuerdos.

Se presentó, pues, a Don Bosco, y oye que el santo sacerdote le dice sin más:

— Mira; si te parece bien, yo te iré diciendo tus pecados, y tú sólo me irás respondiendo sí o no.

Nada mejor. Y el buen Padre le fue reseñando los pasos de toda su vida, todas sus andanzas y vicisitudes, desplegándole ante los ojos las escenas y episodios pasados y con tales circunstancias que conmovieron profundamente al muchacho, tocándole las fibras todas de su corazón. Salió de esa confesión tan feliz como no recordaba haberlo estado

nunca en su vida, y lleno de tal admiración y veneración por el hombre de Dios, que lo único que lamentaba era no haberlo conocido antes. "Entonces —pensaba—, si tiene tales dones sobrenaturales; si lee en las conciencias como en un libro, debe ser verdaderamente un santo y un gran santo. Oh, qué fortuna la mía haberme acercado a él y quedarme con él".

Hizo los cursos de Retórica, teniendo como discípulo a Pablo Albera y a Santiago Costamagna; hizo regularmente los estudios de Filosofía y Teología, y el 19 de septiembre de 1868, apenas dos meses después de la consagración del hermoso santuario de María Auxiliadora, fue ordenado de sacerdote. El obispo de Asti le ofreció, luego, una cátedra en el Seminario con pingüe estipendio con tal de que volviera a la diócesis; pero el joven sacerdote respondió que ninguna proposición en el mundo lo habría alejado de Don Bosco... Y dos años después —el 16 de septiembre de 1870— confirmó su propósito con la Profesión de los votos perpetuos en la Congregación Salesiana.

Bien sabía él que Don Bosco no podía ofrecerle sino una vida de sacrificio. En el Oratorio se vivía entonces en una pobreza ya rayana en la indigencia; el trabajo era ímprobo; la juventud de la que debían ocuparse los salesianos era elemento sencillo, sin pretensiones, pero rudo y necesitaba mucha y sacrificada asistencia; el descanso era medido; la variedad consistía en cambiar de ocupación. Pero, no obstante todo eso, había algo que lo llenaba todo con exuberancia. Estaba el afecto de Don Bosco; estaba la gracia de Dios; el Espíritu Santo dominaba el ambiente y lo colmaba de felicidad. Y eso lo era todo.

V.— COMO SE ADIESTRAN LOS SANTOS.

Fagnano junto a Don Bosco se hallaba en su elemento: todo allí respiraba espontaneidad, emulación por superarse en el sacrificio, amor a la propia santificación y cooperación máxima a la gloria de Dios. Muy pronto se convirtió en uno de los más eficaces colaboradores de Don Bosco. Es sabido que también en el campo del apostolado hay una riqueza más o menos abundante de energías que varía de individuo a individuo; así como no todos tienen la misma estatura física así no todos tienen la misma robustez y capacidad para cumplir obras de sacrificio, aunque se tenga siempre generosidad y voluntad. Más aún: en el mismo ejercicio de las obras virtuosas lo que adiestra a unos puede deprimir a otros: se necesita, por lo tanto, mucha discreción aún en cumplir obras de virtud: y era esta discreción la que Don Bosco quería infundir en éstos sus primeros colaboradores tan pletóricos de ardor, celo y actividad.

A los más robustos les permitió mayor libertad y así ellos pudieron constituir como un grupo selecto, siempre dispuestos para todo: Don Rua era el primero y Fagnano uno de los héroes. Eran los voluntarios para todo lo que se ofreciera. Tras las huellas de Don Bosco apreciaban ante todo el trabajo convertido en oración: unión con Dios y santa intención de dirigirlo todo a El.

Fagnano era incansable. Para él nada era de poca monta, y siempre tenía a flor de labios su buen humor y su alegría. Jamás descuidó sus propios estudios; pero quiso para sí también el cuidado de un curso regular de niños, y aún eso le parecía poco. En aquella época se carecía casi en absoluto de títulos para la enseñanza, y Don Bosco exhortaba a los más emprendedores a conseguirlos: qué más quería Fagnano. Con Rúa y otros puso manos a la

obra, y en breve rindió satisfactoriamente los exámenes y logró el diploma que lo habilitaba para la enseñanza de la Literatura superior.

Y estaba siempre listo para todo. A veces había enfermos de cuidado, y allí estaba él dispuesto a pasar con ellos la noche para asistirlos, y luego, como si nada hubiera sucedido, tras sólo una hora o algo más de descanso, reanudaba las ocupaciones de la jornada ordinaria desde temprano. Y no había distinción entre trabajos intelectuales, trabajos de ministerio y trabajos manuales: parecía que para todos tenía igual preferencia. Pasaba de la clase a la leñera y a la lavandería en invierno; o se encargaba de despejar de nieve el patio, o de prestar su ayuda eficaz para los espectáculos educativos que se solían preparar en el teatrillo del Oratorio. Y en verano allí estaba él entre los que se prestaban a regar el patio y preservarlo del polvo, o para el aseo de los dormitorios o para preparar el alumbrado equipado con económico sistema casero, sobre todo en las festividades de María Auxiliadora, san Juan y san Luis.

Lo que Fagnano realmente no conocía en absoluto era la comodidad o el descanso; y cuando, ya, a noche avanzada, después que los alumnos se habían dormido y que él lo hubiera inspeccionado todo, después de haber terminado sus devociones, se echaba sobre su pobre saco (porque en ese entonces en el Oratorio no se usaban todavía colchones), y ¡cómo sentía que se había merecido el profundo sueño que le invadía! Y dormía "de un tirón", mejor que un príncipe en mullido lecho. Pero a la mañana solía anticipar la levantada para ganar tiempo y estar listo —después de la levantada de los alumnos y de haberlos conducido a la sala de estudio—, para la meditación en común y luego ir a alguna capellanía de la ciudad para celebrar la Misa.

Don Bosco era ejemplo continuamente visible no sólo de trabajo sino también de heroica templan-

za: pocos estómagos ahora resistirían con su frugal comida, más propia de campesinos pobres que de un intelectual, siempre ocupado o en la dirección de almas o en las cansadoras y numerosísimas audiencias o en la atención de sus alumnos y el éxito de sus iniciativas apostólicas o en escribir libros de poca pretensión, pero de grandísima utilidad para la educación del pueblo. El, no obstante su gran mortificación, no quería que les faltase el necesario alimento a sus protegidos y no permitía que se midiera el pan o la sopa a los jóvenes, para que pudieran fortificarse y pudieran aspirar a un mejor porvenir. Esto creaba un pequeño inconveniente, que el gran educador creía que se podía dejar pasar, aun desaprobándolo, más bien que sufriera alguno de sus hijos.

Sucedía que algunos de éstos, después de haber comido, dejaban tirados por aquí y por allá, pedacitos de pan que, endurecidos nadie quería comer. Contra este descuido se formó, tras el ejemplo de don Rúa, la así llamada "compañía del mendrugo". Fagnano era uno de sus principales y más activos cofrades. Helo ahí, pues, recolectando migajas y restos de pan que encontraba en el comedor, en los patios o en cualquier alféizar por ahí, y se llenaba con ellos los bolsillos; luego en la mesa, sirviéndose más bien caldo (o lo que así se solía llamar) que pasta o arroz, hacía una espesa sopa, y se la servía como el plato más exquisito, en vez de la ración de pan fresco que se servían los demás. Y hacía así en todo, considerándose feliz de servirse lo que los demás rehusaban. ¡Oh, la vida heroica de esos tiempos! Cuando leíamos a los clásicos nos llamaban la atención las alabanzas tributadas a los espartanos y a los filósofos estoicos; los pobres paganos no podían exhibir nada mejor. ¡Oh, cuánto mayor habría sido su admiración si hubieran podido presenciar el espectáculo que daban esos jóvenes héroes que formaban el primer grupo selecto en torno a Don Bosco!

Y a fe que les valieron esos ejercicios de victoria en el comer: más tarde, cuando don Fagnano deberá en sus andanzas apostólicas encontrarse en tierras de tribus indígenas, ¡cómo se sentía bien dispuesto a adaptarse a todo!...

Y no sólo entre los indios habría hallado ocasiones de mortificaciones: yo mismo fui testigo en Punta Arenas de un hecho que no quiero silenciar. Estando allá Mons. Fagnano, de residencia como Prefecto Apostólico, y siendo como siempre madrugador, solía tomar temprano un poco de café, que el cocinero calentaba en un hornillo a petróleo. Y pensando que hacía algo muy agradable, sobre el mismo hornillo colocaba algunas rebanadas de pan para que se tostaran y pudieran servirse a guisa de bizcochos, y se las ofrecía con aire de triunfo a Monseñor. Este se las servía con la máxima complacencia, tolerando un modesto y único trato especial tributado a su cargo de Superior. Un día me aconteció que tuve que hacerle compañía y, al ver que él ya se había servido, tomé una de esas tostadas, las remojé en el café y me las eché a la boca... pero, ¡qué horror!: ¡era algo incomible!

— “Pero si esto es tóxico —le dije a Monseñor—. ¿Cómo soportar este hedor y este sabor a petróleo?”

Y él sonriendo: —“¿qué quieres? —me dijo—. Son cortesías que se me usan como Superior: es necesario que se le distinga. Y por otra parte, como ves, uno se acostumbra a todo”.

Naturalmente consideré un deber advertir de eso al cocinero: el pobre quedó muy mortificado, y desde entonces corrigió su “homenaje” al Superior...

Este episodio me recordó cuánto me impresionaba de joven, en Varazze, ver a don Fagnano, exigente al máximo porque no se botaran algunas sobras de la comida, y él mismo se servía los mendrugos de pan muchas veces demasiado duros. A mí

personalmente me repugnaba, y no lo habría hecho por nada del mundo; pero no podía dejar de admirar a ese digno Superior que sabía vencer con tanta simplicidad las repugnancias naturales, como si a él directamente el Divino Salvador le hubiera dirigido esas palabras: recoged los pedazos que sobren, para que no se pierda nada”.

VI.— EN LANZO Y EN VARAZZE.

La habilidad y virtud de que dio pruebas don L'agnano en el Oratorio de S. Francisco de Sales movieron a Don Bosco a enviarlo a Lanzo, floreciente Colegio abierto desde algunos años y dirigido entonces por don Juan Bautista Lemoyne, el paciente compilador de las memorias biográficas de Don Bosco y notable escritor salesiano. Don Lemoyne había entrado en la Pía Sociedad Salesiana, o mejor en la familia de Don Bosco, ya sacerdote, pero muy joven aún y con un corazón generosamente ávido de cosas grandes y de santidad la más perfecta. En breve tiempo intuyó a Don Bosco y se embebió tan bien de su espíritu que en Lanzo, entre esos inquietos jovencitos, lo reproducía exactamente, tanto es así que el Colegio respiraba el mismo aire de espontaneidad, de armonía, de fe, de alegría que se vivía en el Oratorio y todos se sentían felices. Aunque don Lemoyne no buscaba sino ocultarse tras la figura de Don Bosco, del que continuamente hablaba a sus jóvenes y a quien deseaba siempre poner en relieve, con todo él mismo participaba de su luz. Amable en el trato y de agradable aspecto, bastaba que apareciera entre sus jóvenes para que lo rodearan en tropel como los polluelos a la gallina, y él los embele-

saba con narraciones de historias y aventuras de descubridores de tierras remotas y con ejemplos edificantes: así que en su compañía el tiempo volaba. Sus descripciones dramáticas, sus afectuosas reflexiones, el tono de su voz, la expresión de su rostro hacía esas entretenciones altamente educativas, y el amor a la piedad y al estudio resultaban tan naturales en sus alumnos que parecía instintivo y formaba parte de la felicidad de esa gran familia.

En ese clima llegó don Fagnano a Lanzo, precedido de buena fama y cautivando luego con su carácter jovial y sociable. Se le encargaron algunas clases, lo que él hizo desde el primer momento con la máxima dedicación. Pero era muy poco para él. Se le confió entonces también la Economía de la Casa, el cuidado y el aseo, la provisión de víveres y las mil incumbencias que le son anexas. En poco tiempo este oficio lo hizo popular en la ciudad, y continuamente había en el Colegio gente que preguntaba por él: campesinos que venían a ofrecer sus mercaderías, huevos, aves, frutas, mantequilla queso: todos querían hablar con él, que los dejaba encantados con sus modales y su bondad, y hasta casi indiferentes o remisos en asuntos de precios.

En Casa era don Fagnano la vida de todas las manifestaciones alegres y de todas las fiestas. ¡Oh, las encantadoras excursiones por esos valles y montes! ¡Qué serena expansión de alegría en aquellas meriendas campestres con pan, frutas y . . . agua fresca! ¡Qué júbilo en todas las solemnidades del Colegio cuando, después de las celebraciones hermosísimas de culto, esos jovencitos se encontraban con nuevas sorpresas preparadas por don Fagnano en el comedor o en los recreos! ¡Oh, admirable ingenio para los días de carnaval por entretener a esos doscientos pilluelos con juegos, carreras de ensacados. Los días, las semanas, los meses volaban y los alumnos se encontraban al término del año escolar felices de la vida de Colegio, y en más de una ocasión

se los veía emocionados hasta las lágrimas al despedirse para las vacaciones. Las memorias de esos días han quedado impresas en el corazón: y aún ahora, después de cincuenta años, los pocos alumnos que sobreviven de esos años felices, se sienten profundamente conmovidos al evocarlos.

Así pasó don Fagnano algunos años en Lanzo, hasta que, haciéndose notar la necesidad de un buen administrador para el floreciente Colegio de Varazze, Don Bosco lo envió allá.

En Varazze el Colegio gozaba de gran simpatía y los hijos de Don Bosco de una admirable popularidad que llegaba hasta la veneración, por su Director, don Juan Francesia. Entonces don Francesia estaba en la flor de su brillante juventud, frisaba apenas los 30 años, y sus dotes eran en tal grado descollantes que ejercía una verdadera fascinación. Las producciones literarias, apreciadas por los más célebres profesores universitarios de entonces, su prodigiosa facilidad para improvisar, sus versos inspirados lo habían hecho conocidísimo en el ambiente eclesiástico y literario. Pero donde ejercía mayor fascinación era en la predicación: encantaba. Cuando se sabía que él iba a tener a su cargo algún sermón la iglesia se repletaba. Y todos pendían de sus labios. El tono de su voz, la feliz elección de las frases, su lógica convincente conmovían, convertían. Y en ese joven sacerdote de Don Bosco todos encontraban a un amigo, lo veneraban como reflejo de la bondad de Don Bosco. Sería necesario haberlo oído o haber asistido a ciertas escenas edificantes como me tocó a mí que era un muchacho entonces, para entender toda la verdad y todo el poder de su hechizo.

En ese ambiente Don Fagnano pronto se hizo notar por su destreza y habilidad en todos los asuntos de administración y en todo lo concerniente a disciplina: el Director pedía fiarse plenamente de ese su colaborador que todo lo veía, a todo llegaba,

a todo proveía con una bondad tan jovial que a todos les resultaba agradable y simpático todo lo que hacía, aun cuando debía asumir partes odiosas que absolutamente quería evitarse al Superior y que eran indispensables para evitar males mayores.

En la Casa estaba siempre ocupado, y en la ciudad muy pronto se hizo popular y amigo de todos: los empleados, los funcionarios, los vendedores lo veían con agrado en el comercio, en la estación, en el correo y entre los mismos guardas de aduana era muy popular. Y él aumentaba ese aprecio con algunas simpáticas o amables ocurrencias o bromas.

En una ocasión había ido a un pueblo vecino a hacer algunas provisiones: regresó cargado de salchichones, que se había atado alrededor de la cintura, debajo de la sotana. Llegado al puesto de aduana, donde ya lo conocían por su humor, llamó al Jefe y le dijo:

— Dígame, por favor. . . ¿Se paga impuesto por los salchichones?

— Sí, reverendo —respondió el jefe—: está claramente contemplado en el reglamento.

— Bien. Entonces péseme, y vea cuánto debo pagar. . .

— Oh, siempre bromista, reverendo. . . Pase, pase no más. . . Ud. no es salchicha. . .

— “Entonces, gracias por su bondad. . .”. Y prosiguió su camino hacia el Colegio. Al día siguiente don Fagnano invitó al almuerzo a este buen jefe. Cuando estaban en la mesa, el alegre salesiano presentó una gran fuente de salchichas, y al ofrecerlas dijo;

— “Sírvase, señor. . . Estos son los salchichones que Ud. tan gentilmente liberó de todo derecho de aduanas”. Y le contó lo sucedido. . . Y todos celebraron felices la ocurrencia.

Eran bastante frecuentes bromas tuyas de esta clase. Bien lo recuerdo yo que, contando apenas quince años, tuve que ser su improvisado barbero. ¡Pobre de mí! No era capaz de nada, y debía de pronto rasurar a un reverendo. . . Pero él así lo quiso y no había vuelta que darle. Y recuerdo que, mientras lo dejaba sangrando que daba lástima, él luego me decía: "No es nada. . .", y asegurándome que nada le dolía, quiso que fuera yo regularmente su barbero, y fue necesario obedecer, ¡y lo fui por 27 años! . . . ¿De qué no son capaces hombres de ese temple?

VII.— DON BOSCO ENVIA SUS PRIMEROS MISIONEROS.

...1875

Pasaron así los primeros siete años de sacerdocio para don Fagnano, cuando la Divina Providencia lo encontró ya adiestrado para el apostolado más amplio que le reservaba. Pero aquí será mejor remitirnos a las páginas que escribió el mismo biógrafo de Don Bosco, pues así creo se apreciará mejor la obra que luego desarrolló este misionero y jefe de misioneros.

"El año 1848, Juan Bellia le oyó decir a Don Bosco: ¡Oh, si tuviera muchos sacerdotes y muchos clérigos! Los enviaría a evangelizar la Patagonia y la Tierra del Fuego. ¿Y sabes por qué? Adivina.

— Porque allí se necesitan muchos misioneros...

— Sí, has adivinado: porque esos pueblos hasta ahora han sido los más abandonados. . .

Estos ardientes deseos se acentuaron gradualmente después de la fundación y aprobación de la Pia Sociedad y de las Constituciones.

Al terminar el año 1875 eran más de cincuenta los pedidos de nuevas fundaciones salesianas en varias partes de Italia, Asia, Africa y América; y don Bosco, fijando su mirada en América del Sur, finalmente descubría en los habitantes de Patagonia las misteriosas indicaciones tenidas en años antes.

“Me pareció —narró el año 1876 a algunos íntimos—, que me encontraba en una región salvaje y completamente desconocida. Era una inmensa llanura, toda inculta, y en que no se divisaban ni montes ni colinas. En el horizonte lejano se perfilaban rocosas montañas.

Vi en la llanura turbas de hombres que la recorrían. Iban casi desnudos, de extraordinaria corpulencia, cabello hirsuto y largo, de color bronceado, oscuro, y vestidos sólo con largos mantos que les bajaban de las espaldas. Tenían como armas una especie de lanza larga y boleadoras. Esas turbas de hombres, esparcidos por todas partes, ofrecían un espectáculo curioso: unos corrían dando caza a las fieras; otros llevaban ensartados en sus lanzas sanguinolentos trozos de carne; algunos combatían entre sí en lucha encarnizada; otros se iban a las manos con soldados vestidos a la europea, y en un terreno sembrado de cadáveres.

Yo temblaba ante ese espectáculo, cuando he ahí que aparecieron en lontananza muchos personajes que por su manera de vestir se veía que eran misioneros de diversas Ordenes. Se acercaron para predicar a esos indígenas la religión de Jesucristo. Yo los miré fijamente, pero no conocí a ninguno. Iban entremedio de los indígenas; pero éstos, apenas los veían, con un furor diabólico, con un griterío infernal, arremetían contra ellos y los mataban y ferozmente los descuartizaban, enarbolando como trofeo esas carnes en las puntas de sus lanzas. . .

Después de observar esas horribles escenas me dije: ¿Qué podría hacer para convertir a gente tan brutal?... Y veo, entonces, en lontananza un grupo de otros misioneros que se iban acercando hacia los salvajes con rostro alegre, precedidos por un grupo de jovencitos. Yo temblaba y pensaba: ¡Se exponen a segura matanza! Y me acerqué a ellos: eran jóvenes clérigos y sacerdotes. A los primeros los conocía, y aunque no haya podido conocer personalmente a muchos otros que venían luego, me di cuenta de que también ellos eran misioneros salesianos, precisamente de los nuestros.

¿Cómo puede ser esto?, decía yo. Habría querido impedirles avanzar y ya estaba por detenerlos. Temía que de un momento a otro corrieran la misma muerte de los primeros. Quería hacerlos alejar de allí, cuando me percaté de que a su aparición se produjo gran alegría entre los indígenas, los que depositaron sus armas y su ferocidad y acogieron a nuestros misioneros con muestras de simpatía. Maravillado de todo esto decía entre mí: ¡Quiero ver cómo acaba todo esto! Vi, entonces, que nuestros misioneros avanzaban hacia esas hordas humanas, y comenzaban a instruirlos y los indios escuchaban con agrado; les enseñaban y ellos aprendían con rapidez; les amonestaban y los indios aceptaban y ponían en práctica sus consejos.

Seguí observando y me di cuenta de que los misioneros rezaban el Rosario, mientras los indios corriendo se apretujaban en dos alas a su paso y acordadamente respondían al rezo.

Después de un poco, los salesianos se fueron situando al medio de la multitud de indios que los rodeó, y se arrodillaron. Los indios, depositando sus armas en el suelo a los pies de los misioneros, doblaron también ellos sus rodillas. Y un salesiano entonó el canto: "Load a María, la Reina del cielo... ", y esas turbas, todos a una, corearon el canto con tanto entusiasmo y tanta voz que me desperté.

Este sueño lo tuve hace cuatro o cinco años, y me produjo mucha impresión, y pensé luego que era un aviso del cielo. Pero no entendí bien su significado. Comprendí, sí, que se trataba de misiones extranjeras, que habían sido siempre mi anhelo. . .”.

¿¿Quiénes eran esos indígenas? Don Bosco creyó al principio que eran los pueblos de Etiopía. Esta idea se relacionaba con una visita que hizo al Oratorio, Monseñor Comboni, entonces sólo sacerdote. Pero descartó luego esa región. Pensó después en los pueblos cercanos a Hong Kong: en efecto cuando llegó al Oratorio un sacerdote de esa región en busca de nuevos brazos que le ayudaran en su tarea, Don Bosco inició conversaciones con él. Pero se dio cuenta de que tampoco eran éstos los pueblos del sueño.

Se puso, entonces, a estudiar las misiones de Australia, pero al estudiar el estado y las costumbres de esa región, se dio cuenta de que tampoco eran ellos. De Australia pasó a la India: se consiguió libros, habló con sacerdotes ingleses provenientes del Oriente, y por un tiempo creyó que el sueño se refería a la India; y, en efecto, comenzó a entusiasmarse con ese país y recomendó a algunos salesianos el estudio del inglés, tanto más que en Roma se había pensado confiarle un Vicariato apostólico en esas regiones.

Pero he aquí que por las buenas referencias del Cónsul argentino en Savona, Sr. Gazzolo, en diciembre de 1874 le llegan cordiales e insistentes invitaciones para que envíe a sus salesianos a la República Argentina, nada menos que de parte del Arzobispo de Buenos Aires, Monseñor Federico León Aneyros y de Mons. Ceccarelli, párroco de San Nicolás de los Arroyos. Y entonces sí que vio claramente que los indígenas de sus sueños no eran otros que los de la Patagonia. Y como siguiesen llegándole nuevas cartas de América, Don Bosco puso manos a la obra decididamente.

Era el 29 de enero de 1875, fiesta de San Francisco de Sales, patrono de la Congregación. Hizo preparar el viejo salón de estudios de los alumnos del Oratorio, adaptándolo para solemne Asamblea. Se reunieron allí los alumnos y Salesianos de la Casa, los miembros del Capítulo y todos los Directores de las Casas, presentes con motivo de la fiesta de S. Francisco de Sales. Don Bosco hizo sentar a su lado a su amigo el Cónsul Gazzolo en solemne uniforme de gala. Se produjo así una gran expectación, pues pocos sabían el motivo de esa extraordinaria reunión. Ante el silencio impresionante de la Asamblea, se levantó el Cónsul Gazzolo y leyó las cartas de la Argentina. En seguida se levantó Don Bosco e hizo el anuncio oficial de su decisión de aceptar esas peticiones, no sin antes, dijo, consultar al Santo Padre.

El Santo Padre, Pío IX, sabemos, antes de ser Papa había estado en América Meridional como Secretario del Delegado Apostólico, y había conocido la Argentina y Chile, en 1824. De modo que de mil amores aprobó y bendijo la nueva Misión.

Luego Don Bosco se dirigió a sus hijos invitándolos a ofrecerse para esa santa empresa que Dios les confiaba. Muchos dieron su nombre. Pero entre ellos no figuraba Fagnano, lo que sorprendió a Don Bosco que contaba con él. Lo llamó y quiso averiguar de fuente segura su pensamiento. "Yo no pido ser enviado —dijo Fagnano—, pero si Don Bosco desea, o si antes de la partida, al último momento, alguien fallase y hubiera que reemplazarlo, yo no rehusaré hacerlo, y le pido a Don Bosco que cuente conmigo, que estoy en sus manos. Pido sólo un favor; y es que no se haga publicidad de esto, que no se sepa que yo voy, sino después de la partida, para que no se entere mi madre: y también porque temo que, al verla llorar, no tenga yo la suficiente fuerza para resistir a esas lágrimas y eso sería muy doloroso y humillante". — "Quédate tranquilo —le

dijo Don Bosco—, se respetará tu deseo. Ruega al Señor que nos dé la gracia de cumplir con su santa voluntad”.

Diez fueron los elegidos para esa primera expedición:

- el sacerdote **Juan Cagliero**, como jefe de la expedición;
- **P. Juan Bonetti**, destinado como Director de la Casa de S. Nicolás de los Arroyos, constituida por una Comisión diocesana para entregarla a los salesianos;
- **P. Valentín Cassini**,
- **P. Domingo Tomatis**,
- **P. Juan Bautista Baccino**,
- **P. Santiago Allavena**,
- el coadjutor **Bartolomé Scavini**, jefe de carpintería,
- el coadjutor **Bartolomé Molinari**, maestro de música,
- el coadjutor **Vicente Gioia**, cocinero, y
- el coadjutor **Esteban Belmonte**, proveedor.

En ese verano los envió Don Bosco a **Varazze** para que hicieran, bajo la mirada del cónsul **Gazzolo**, un curso intensivo de castellano.

Don Fagnano, continuando en su puesto de Prefecto en **Varazze**, fue el encargado de proveer de lo necesario a los Misioneros y hacerles los trámites necesarios. Y tuvo también la satisfacción de ir con

ellos a Roma para la audiencia y bendición del Santo Padre.

Ya estaba todo dispuesto. Se estaba por proceder a la bendición de adiós en el Santuario de María Auxiliadora, cuando se supo que don Bonetti no podía viajar. ¿Quién lo reemplazaría? A una sola palabra de Don Bosco, es don Fagnano el indicado y enviado a la nueva Misión.

Nadie se esperaba esta sustitución, y fue una verdadera sorpresa no sólo en Turín sino en las otras Casas cuando se supo que también Fagnano había partido. Tenía a la sazón 31 años, la edad más propia y más fuerte, no exenta de cierta experiencia y aun de empuje juvenil, el que, a decir verdad, a Fagnano jamás le faltó, ni a los 70 años. Lo que en seguida diremos será clara demostración de todo esto.

Don Bosco los acompañó hasta Génova, subió con ellos al vapor, susurrándoles preciosos recuerdos. Entre otras cosas les decía: "Os encomiendo encarecidamente la situación de muchas familias italianas que viven dispersas en esas ciudades, pueblos y campos". Cuando a bordo se dio la señal de que lo desalojaran los que no viajaban, mientras estaban en el gran salón del barco, los diez misioneros, como movidos por un secreto impulso, cayeron de rodillas pidiendo la bendición del santo varón. Con respetuosa actitud también se arrodillaron todos los que, en gran cantidad, se hallaban presentes en el salón. Don Bosco, entonces, con lágrimas en los ojos y un temblor en la voz, impartió la bendición. . .

Luego descendió de la nave, llevándose consigo el corazón de sus hijos, acompañado de sus miradas y de sus saludos, hasta que se perdió de vista. . .

RECUERDOS

de Don Bosco a los primeros misioneros.

1. Buscad almas, no dinero, ni honores, ni dignidades.
2. Sed caritativos y en extremo corteses con todos, pero huid de la conversación y familiaridad con personas ligeras o de conducta sospechosa.
3. No hagáis visitas, sino por motivos de caridad y de necesidad.
4. No aceptéis jamás, a no ser por gravísimas razones, invitaciones para comer fuera de casa. Cuando tengáis que aceptarlas, procurad ir acompañados de un Hermano.
5. Preocupaos especialmente de los enfermos, de los niños, de los pobres y de los ancianos, y os granjearéis las bendiciones de Dios y la benevolencia de los hombres.
6. Sed obsequiosos con todas las Autoridades Civiles, Religiosas, Municipales y Gubernamentales.
7. Saludad respetuosamente a las personas investidas de autoridad que encontréis a vuestro paso por la calle.
8. Conducíos de igual manera con los Eclesiásticos y con los Religiosos.
9. Evitad el ocio y las disputas. Sed sóbrios en el comer, en el beber y en el descanso.
10. Amad, venerad y respetad a las demás Ordenes Religiosas y hablad siempre bien de ellas. Este es el medio de ganarse la estima de todos y promover el bien de la Congregación.
11. Cuidad de la salud. Trabajad, mas sólo lo que os permitan vuestras fuerzas.

12. Procurad que el mundo conozca que sois pobres en el comer, en el vestir y en las habitaciones, y seréis ricos ante Dios y os adueñaréis de los corazones de los hombres.

13. Amaos los unos a los otros, aconsejaos, corregíos recíprocamente, no seáis envidiosos, ni os guardéis rencor; antes, el bien de uno sea el bien de todos, las penas y los sufrimientos de uno téngase como penas y sufrimientos de todos y esmérese cada uno por alejarlas o al menos por mitigarlas.

14. Observad las Reglas. No dejéis jamás de hacer el Ejercicio mensual de la Buena Muerte.

15. Cada mañana encomendad a Dios las ocupaciones del día, y en particular las confesiones, las clases, los catecismos y los sermones.

16. Propagad constantemente la devoción a María Santísima Auxiliadora y a Jesús Sacramentado.

17. Recomendad a los jóvenes la confesión y comunión frecuentes.

18. Para cultivar las vocaciones eclesiásticas inculcad: I. Amor a la castidad. II. Horror al vicio opuesto. III. Apartamiento de los discolos. IV. Comunión frecuente. V. Tratad a los jovencitos con caridad, amabilidad y especial benevolencia.

19. Antes de dar juicio sobre lo que os refieran, o de fallar sobre una cuestión, oíd a las dos partes.

20. No olvidemos, en los padecimientos y en las fatigas, que nos espera un gran premio en el Paraíso. Amén.



VIII.— MISIONERO.

1876...

El primer campo de conquistas apostólicas de don Fagnano fue San Nicolás de los Arroyos, en la Provincia de Buenos Aires, donde fue Director de un Colegio por 4 años, tiempo suficiente para que lo llevara a gran altura. La experiencia adquirida en Turín, Lanzo y Varazzo le valió en la nueva difícil mansión, donde con su carácter franco y jovial, con su innata bondad de corazón y con su prodigiosa actividad muy pronto se cautivó el afecto de todos e hizo simpático el nombre salesiano, especialmente entre la juventud. Organizó un núcleo de admiradores de la obra, que le fueron apoyo moral y material y encaminó el Instituto hacia un próspero porvenir.

Pero pronto, demasiado pronto según el sentir de esos buenos amigos, tuvo que dejar San Nicolás.

A ambas márgenes del Río Negro, en la Patagonia, se asientan dos ciudades, casi una frente a la otra: Carmen de Patagones (o simplemente Patagones) y Mercedes de Patagones, llamada luego Viedma, por su fundador el caballero español Francisco de Viedma (1779). Los Padres Lazaristas habían atendido hasta entonces la cura de almas de esa región. Por falta de personal tuvieron que dejarla, precisamente en los momentos en que los Salesianos movían los ojos hacia la Patagonia de los sueños de Don Bosco.

Don Bosco, desde la salida de la primera expedición de misioneros, hablaba mucho de la Patagonia... y tanto era el entusiasmo que había sabido prender en los suyos que sólo un año después (1876) escribía a Cagliero: "...Y hay cerca de doscientos (!) que piden ir a la Patagonia... Dios lo quiere, y quiera ayudarnos a hacer nuestra parte...". Y

más tarde, el año 1878, escribía a don Santiago Costamagna en un tono que era una velada filípica por lo que a él le parecía demasiada demora para su impaciencia de apóstol visionario: "...Ni tú ni don Bodrato (Inspector en Argentina) me comprendéis. Debemos ir a la Patagonia: el Santo Padre lo quiere. Dios lo quiere. Muévete, entonces, preséntate al Gobierno argentino, insta para que se abra una ruta en esa Misión...".

Y en esas circunstancias es enviado don Fagnano a Patagones y luego a Viedma, para disponer desde allí la evangelización de esa extensísima zona aún ocupada enteramente por indios. Y fue entonces cuando Fagnano se reveló como perfecto misionero.

A su llegada encontró el pueblecito —en verdad eso era—, en casi total abandono de asistencia religiosa. No había más que una pobre capilla de madera, más apta para bodega que para el culto.

Lo que luego llamó la atención de todos fue la ardiente caridad del nuevo párroco, su serena constancia, paciencia y abnegación, resistente a cualquier contrariedad. Inquirió luego informes exactos sobre el lugar, costumbres y mayores necesidades. Aún más: para cerciorarse por sus propios ojos, visitó las casas una por una —según me aseguró un testigo ocular— sin distinción, tanto las de los ricos y de clase acomodada, como las de los más pobres que vivían en sus tugurios. Para todos tenía una palabra buena que alegraba, confortaba y predisponía a la virtud; y donde fuera necesario, junto con la ayuda espiritual sabía unir la ayuda material, que él había adquirido con jovial insinuación ante los ricos; y así los dejaba contentos a todos: a los pobres por su ayuda y a los ricos por la obra buena. En una palabra: se entregó cuerpo y alma a la vida apostólica del misionero, no escatimando sacrificios con tal de apresurar el advenimiento del reino de Dios.

Era defensor decidido de la moral de las costumbres: era entonces un león, y los mismos culpables no osaban enfrentarlo directamente. Hizo cerrar las casas de diversión y de mala fama, nidos de fascinerosos. Todo lo cual le valió la admiración y aplauso de los honestos, pero también le atrajo el odio viperino de sus enemigos que, incapaces de resistir la lógica de su coherencia y de su derecho, lo acusaron... de haber vendido unos candelabros de plata de propiedad de la Iglesia, instando así al Arzobispo de Buenos Aires para que lo alejase de la zona. Pero la calumnia era tan burda que costó muy poco trabajo deshacerla, acrecentando aún más la popularidad del valeroso misionero.

Su sincero interés por la población indujo a las autoridades a ofrecerle el cargo de Concejal municipal, y luego Tesorero de la Comuna, lo que él aceptó de mil amores para ser así más útil a todos. Y a fe que desde ese sitio de confianza "el padrecito se daba maña para todo"...: estudiar el plano de la casa municipal, organizar su construcción y su inauguración, el proyecto de obras hidráulicas de la ciudad, distribuir rentas para el hospital, para el templo, para el arreglo de la plaza, para las escuelas públicas... En fin, donde estaba Fagnano se sabía que todo debía marchar bien.

Ya hemos hablado de su bondad; agreguemos ahora que no iba a ella exenta de una firmeza con que sabía hacerse respetar. Cito algunos episodios que he escuchado de sus mismos labios.

Al bajar por primera vez a la rada de Buenos Aires, en la localidad llamada Riachuelos, mientras en un botecito era conducido a tierra, un colono italiano que quería al parecer irritar al sacerdote, se puso a vomitar blasfemias. Inmediatamente don Fagnano se dio vuelta hacia él y lo increpó duramente: "¡Idiota! tú blasfemas porque crees que nada te va a pasar, pero no lo harías si te cayera una buena tunda de palos y azotes. No sé cómo me re-

tengo de no sobarte la cabeza con uno de estos remos. No lo hago por respeto a ese Dios a quien tú insultas". El pobre palideció; y mohino pidió perdón y prometió portarse bien. . .

Otro día el valiente misionero estaba en la oficina parroquial registrando bautizos recién administrados, cuando un individuo, creyendo que el sacerdote no le entendería, le dijo en genovés a su vecino: "¡Mira ese cura! Me gustaría darle una buena paliza, y descuartizarlo como a un buey". Don Fagnano disimuló y siguió escribiendo, dejando para el último a ese maleducado; y cuando finalmente le llegó el turno, se le quedó mirando fijamente como queriendo hipnotizarlo; luego, sacando una gran pistola que tenía no sé cómo dentro del escritorio, se la apuntó al pecho y le dijo en buen genovés: "Miserable, tú me quisieras dar una paliza y descuartizarme. . . ¿es cierto?". El tal individuo quedó de una pieza, y con un hilito de voz alcanzó a musitar palabras de perdón. . . Y no fueron necesarias ni conferencias ni comisiones para un tratado de paz: el genovés desde ese momento fue un buen cristiano. . .

Hallándose en Patagones, mientras don Fagnano caminaba solo y silencioso por una acera, un joven oficial que acaso no tenía otro recurso para blasonar de valiente que su anticlericalismo, las emprendió contra él con improprios y soeces insultos. ¡Estúpida balandronada! El valiente y robusto misionero con fulmíneo movimiento se le paró delante, le arrancó la espada de la vaina y, mirándole con ojos encendidos, le dijo: "¡Insolente! Esta espada te la dieron para defender la patria y el orden y para proteger a tus conciudadanos, sobre todo a los ministros de Dios: estás, entonces, obligado a defenderme si otros me insultan, mientras que vilmente te rebajas al nivel de cobardes malandrines e insultas al que transita tranquilamente por la vía pública. Eres un fanfarrón, indigno de esta arma y de ese grado". Y diciendo esto, con rapidez y nervioso

movimiento, le quebró en dos la espada y se la arrojó a los pies. Naturalmente mucha gente se había agolpado alrededor y aplaudió al misionero franco y decidido, de modo que al pobre fanfarrón no le quedó otra cosa que recoger los despojos de esa singular lid y alejarse lo antes posible. Y como es natural, él fue luego el más interesado en silenciar lo sucedido y pedir traslado, para evitarse, si no el remordimiento, al menos las crueles miradas y comentarios sarcásticos de la población.

Encontrábase don Fagnano en Viedma cuando llegó a saber que de allí a dos días iba a ser fusilado un desertor. El pobrecito se encontraba en una guarnición en los faldeos de la cordillera, a una distancia no menor de dos días de galope tendido. No obstante todo esto, nuestro héroe no pudo renunciar a la idea de llevarle el postrer consuelo de la religión y asegurarle la vida eterna. Se proveyó de caballos fuertes y resistentes, y, a todo galope, confiando en Aquél que le infundía tanto celo, partió. Llegó a tiempo: halló allí a un muchacho, sencillo, quizás ingenuo, que no pudiendo resistir al deseo de ver a su madre que de mucho tiempo había dejado y de la que desde entonces nada sabía, sin pedir el permiso correspondiente a sus superiores como debe hacerse, o quizás por temor de recibir una negativa, y sin reflexionar sobre la gravedad del hecho que a él le parecía fácilmente perdonable, se alejó del regimiento y fue a la casa paterna. Quedó allí dos días y luego regresó al regimiento. Fue declarado desertor, sometido a tribunal y condenado. Cuando llegó el misionero la sentencia ya estaba dictada. Y don Fagnano, preocupado de la salvación del alma del joven, con gran cariño lo fue preparando a una buena muerte en gracia de Dios.

IX.— PREFECTO APOSTOLICO.

1883...

Mientras tanto en Roma el Papa León XIII, informado de la labor salesiana, había creado —con decreto del 12 de Dic. de 1883—, el Vicariato Apostólico de la Patagonia, nombrando a don Juan Cagliero titular con carácter episcopal, y la Prefectura Apostólica de la parte extrema de la Patagonia meridional y de las tierras magallánicas, confiándola con el título de Monseñor y las insignias y los privilegios de Protonotario Apostólico, a don José Fagnano.

El VICARIATO comprendía: la Patagonia septentrional y central; y la PREFECTURA: la Patagonia meridional, la Tierra del Fuego y las Islas Malvinas o Falkland.

Cuando desde Roma se instó a Don Bosco a que presentase la nómina de sus candidatos para ejercitar estas jurisdicciones que se proponían, Don Bosco así se expresó al referirse a don Fagnano: "El P. Fagnano me parece muy apto para el Vicariato o Prefectura Apostólica de la Patagonia meridional: de hercúlea complexión, no conoce ni el cansancio ni el miedo en las empresas arriesgadas".

¡Qué hermoso retrato de ése su querido hijo que él transformó en apóstol! Y en mutua comprensión y afectos mutuos se iniciaba esa magna obra de la Misión salesiana.

En una carta de 1883 —antes de firmarse la creación de la Prefectura—, don Fagnano escribía a Don Bosco: "... Querido Don Bosco: Se cumplieron ya 8 años desde que besé su mano en el puerto de Génova. ¡Me parece que hace un siglo que no lo veo! Tengo ardientes deseos de verlo y abrazarlo, siquiera una vez antes de morir... Quién sabe si el Señor me concederá la gracia de poderlo hacer...".

Sabemos que el Señor no le concedió esta gracia. Pero con fecha 10 de Agosto de 1885, Don Bosco le enviaba una carta dictada por su corazón lleno de delicadezas de padre:

“Queridísimo don Fagnano: Antes que partas para tu gran empresa de la Prefectura Apostólica, donde Dios te tiene aparejada copiosísima mies, deseo también yo dirigirte algunas palabras, que quien sabe si no son las últimas del amigo de tu alma. En este nuevo sagrado ministerio, estarás más libre, porque estarás más lejos de los Hermanos establecidos para velar y ayudarte en los peligros, especialmente espirituales; por eso, debes incesantemente meditar y tener fijo en la mente y en el corazón el gran pensamiento: Dios me ve. Dios te ve. El ha de juzgarnos, a mí, a ti, a nuestros Hermanos y a todas las almas por quienes nos sacrificamos. En tus excursiones, sean breves o largas, no busques nunca el provecho temporal, sino únicamente la gloria de Dios. Mira bien que tus esfuerzos vayan siempre dirigidos a proveer a las necesidades crecientes de tu Madre, la Iglesia. Donde quiera que vayas, trata de fundar escuelas y también pequeños seminarios a fin de cultivar o al menos buscar alguna vocación para las Hermanas y para los Salesianos. Y en estas difíciles empresas procura, además, de estar siempre de acuerdo con Mons. Cagliari. Tus lecturas cotidianas sean: nuestras Constituciones, especialmente el capítulo de la piedad, el prólogo escrito por mí y las deliberaciones tomadas en los Capítulos habidos en diversas épocas. Ama mucho y trata de sostener a los que trabajan por la fe... Todavía una cosa. Conserva religiosamente el secreto de cuanto te confíen los Hermanos o Hermanas y dales plena libertad y reserva a sus cartas. Dios te bendiga, mi querido P. Fagnano y contigo bendiga también a todos, también a las autoridades civiles y a cuantos tienes ocasión de tratar y a tus obras. Rezad todos por mí, que espero veros en la tierra, si así a Dios place, pero con mayor seguridad veros con Jesús y

María en la eternidad feliz. Así sea. Afmo. amigo en J.C. sac. Juan Bosco".

Monseñor Fagnano recibió el nombramiento cuando estaba en Patagones. Pero continuó trabajando allí por dos años más. ¿Por qué? Una sola razón: no quería dejar al irse ninguna deuda. Monseñor Cagliero así escribía en Junio del 86 a Don Bosco: "...don Fagnano hace algún tiempo está en Buenos Aires, en busca de dinero. Ha pedido al Gobierno y a personas privadas; pero, como me escribe, con poco éxito. Y es cuestión esencial porque no puede partir para su Prefectura mientras no haya satisfecho al Banco los empréstitos contraídos para levantar la iglesia... Las Casas de San Carlos, Colón y Paysandú están también gravadísimas de deudas y no pueden, aunque quisieran, ayudarnos a los pobres habitantes del desierto. Y lo que más me duele es que nuestros sudores destilan apenas lo necesario para pagar los intereses..."

Don Bosco, "siempre magnífico dentro de su pobreza", luego de hablar con el Capítulo Superior de la Congregación, salió en su ayuda, y rebuscando por donde pudo, le envió diez mil liras...

Se iban a cumplir ya tres años desde el nombramiento. Pero... finalmente pudo partir a la región de sus sueños...

X.— CON UNA EXPEDICION CIENTIFICA.

1886.

Pero antes, se le presentó una magnífica oportunidad: acompañar a una expedición científica que se dirigía a la Tierra del Fuego. Monseñor necesitaba conocer esa legendaria Tierra, para poder así

trazar mejor sus planes concretos de trabajo apostólico. No hubo inconvenientes para concederle acompañar la expedición, compuesta por el Oficial Mayor del Departamento de Marina, don Ramón Lista, el doctor Polidoro Segers, como médico de la expedición, y de una guarnición de 25 soldados al mando del capitán de caballería don José Marzano.

La expedición partió con Monseñor Fagnano el 12 de noviembre de ese año 1886 en el vapor "Villarino", desde Patagones, y horas antes del mismo día Monseñor Cagliero partía hacia Chile, por la cordillera...

El 21 de noviembre ya echaban el ancla en la Bahía de San Sebastián, situada al este de la Tierra del Fuego. El mar agitadísimo dificultó mucho el desembarco, que al fin pudo hacerse después de tres días de bregar. Al atardecer del día 24 apareció un gran fuego hacia la orilla norte. Al alba del día siguiente, el jefe de la expedición con algunos soldados efectuó un reconocimiento al oeste, y a eso del mediodía encontró a unos treinta indígenas (10 ó 12 hombres, y el resto mujeres y niños), los cuales, apenas vieron a los argentinos, se dieron a la fuga. Perseguidos y cercados, sin entender nada de las señales que les hacían los soldados y el jefe, el que les mostraba carne y galletas, los pobres fueguinos pusieron resueltamente manos a las flechas, una de las cuales dio en la sien izquierda del capitán Marzano, quien cayó en tierra sin sentido, perdiendo abundante sangre. A este punto fue imposible contener el enojo de los soldados por vengar a su capitán. Se lanzaron rabiosamente contra los indígenas y mataron a cuantos les opusieron resistencia: 28 indios muertos en total. Tomaron 13 prisioneros, comprendidos 2 niños y 3 mujeres heridas. Esos pobres indios heridos, casi desnudos y atormentados por su dura suerte, lanzaban tales lamentos que desgarraban el alma. Monseñor Fagnano, que se había que-

dato con algunos soldados en el campamento, al oír la fusilería acudió inmediatamente y vio esas escenas desgarradoras, que le impresionaron vivamente. "Y entonces —narra un autorizado testigo ocular—, Monseñor se reveló como héroe. Se acercó con coraje al jefe de la expedición y con dura franqueza le afeó su proceder y el de sus soldados... Nosotros temíamos por su vida, porque el jefe a ratos se encolerizaba y a ratos palidecía ante el varón de Dios que en medio de esas soledades se alzaba como un profeta para condenar la crueldad del soldado. Había allí 25 fusiles que estaban listos a la mínima señal para descargarse sobre ese pecho valiente. Pero era necesario que resonara libre la voz del misionero, y no resonó en vano".

En efecto, Monseñor Fagnano, junto con el doctor Segers, desde entonces, siempre precedían a los soldados, afrontando ellos dos solos los peligros de otros posibles encuentros con los indios, y así no se lamentaron más accidentes sangrientos. Luego empezó la cura de los heridos. El doctor empleó más de media hora en sacar la punta de la flecha de la sien del capitán. Esta habíale causado una lesión de siete centímetros, agujereándole el gorro y entrando paralela al parietal. Mientras el médico cosía las heridas, Monseñor se ocupaba en distribuir ropa a las fueguinas para cubrir su desnudez, al par que lavaba y vendaba las heridas más superficiales. La operación duró hasta más allá de las nueve de la noche. ¡Qué escenas! Las indias lloraban a gritos y forcejaban por escapar, las criaturas gritaban rehusando guarecerse bajo las carpas. No hubo más remedio que dejarlos a todos en la interperie, casi unos sobre otros, en medio de angustiosos gritos durante toda la noche...

Estas cosas, por supuesto, Don Bosco nunca las supo. Bien se puede colegir lo que habría sufrido ese corazón ya viejo y enfermo, del efecto que le produjo la narración de hechos posteriores en que

se hablaba de la captura de varios indígenas para que sirvieran de guías en esas excursiones científicas y ayudasen a llevar los bultos más pesados: en una de esas luchas un indio perdió la vida. Don Bosco, al oírlo, comenzó a lamentarse amargamente de que los salesianos se hicieran acompañar por soldados, los que luego mataban a los indios. — “Deseo —dijo— que los misioneros vayan solos, sin escolta de gente armada. De otra manera su predicación será sin ningún fruto. Habría sido mejor no ir que ir de esta manera”.

La expedición siguió explorando hacia el sur este. Después de dos días llegó junto a un río llamado Grande. A un kilómetro había unos cincuenta toldos o rucas. Hacia allá se dirigieron. Monseñor y el doctor hicieron señales de paz agitando pañuelos blancos y gritando en lengua tewelche: yegoa, yegoa (hermano). Pero los indios al parecer no entendían y apresuradamente hacían huir a las mujeres y a los niños, entregándoles pequeños envoltorios de pieles de guanaco. Pero dos de ellos dieron algunos pasos hacia el misionero, con el arco tendido y la flecha preparada, y llegando a unos cincuenta pasos, lanzaron una flecha, acaso más para ahuyentar que para herir. Monseñor y el doctor, sin desconcertarse, bajaron del caballo y, avanzando siempre, levantaron las manos para asegurarles de que no llevaban armas. Los indígenas, entonces, echaron también ellos a tierra las flechas y, liberándose de las pieles de guanaco, corrieron hacia el misionero y su compañero, y, en demostración de confianza, les mostraron, en actitud de ofrecérselas, ambas manos. En vista de todo esto, el jefe de la expedición, que también se había aproximado lentamente, avanzó hacia ellos con un soldado que traía desplegada la bandera argentina, y con otros que traían alimentos y ropa para regalar a los indios.

Los fueguinos no comprendían las palabras de los exploradores y fue necesario tratar de entender-

se con señales. Les ofrecieron tabaco, pero no les gustó porque no sabían lo que era. Poco después llegaron otros muchos indígenas, de manera que en breve los exploradores se encontraron completamente rodeados. A todos dieron ropas, abrigos, comida...

Temían aún los fueguinos alguna sorpresa, porque con frecuencia miraban inquietos a su alrededor. Algunos se acercaron al misionero y le pasaban la mano por la cara, repitiendo varias veces olic, olic (hermoso), ciertamente manifestaciones de sorpresa. Después de dos horas los exploradores continuaron su camino.

Estos encuentros después se sucedieron casi todos los días; pero muchas veces los indios huían a esconderse en lo intrincado de la selva, y no se dejaban ver más.

La exploración se prolongó hasta el 30 de diciembre, después de haber recorrido la Isla en toda su extensión. Y como las circunstancias les obligaron a quedarse hasta el 16 de enero, por falta de transporte, Monseñor Fagnano aprovechó bien el tiempo instruyendo y bautizando a algunos indígenas. Al fin, pudieron seguir viaje de regreso a Buenos Aires.

De vuelta de viaje tan provechoso, lleno de experiencias, Monseñor decidió que la sede de su Prefectura sería Punta Arenas, por su situación en el límite de varias razas de indígenas, ya sea de la Patagonia como del archipiélago fueguino.

Don Bosco, al enviar a sus misioneros a evangelizar a los indígenas, les había aconsejado que no se internasen desde un principio en medio de ellos, sino que se establecieran en las cercanías, y después de a poco fueran avanzando, sirviéndose al mismo tiempo de los mismos indígenas ya evangelizados y ya bien instruidos para que, a su vez, evangelizaran a sus compañeros. Y los misioneros así lo hicieron.

XI.— LA TOMA DE POSESION.

1887.

A comienzos del año 1887 Monseñor Cagliero, mientras visitaba su Vicariato, desde Buenos Aires envía un telegrama al P. Evasio Rabagliati, a la sazón Director del Colegio de San Nicolás de los Arroyos: "Don Bosco te nombra Director del primer Colegio de Chile en Concepción; procura estar allí a principios de marzo. Yo también estaré allí por la misma fecha, pasando por la Patagonia y atravesando la Cordillera, y para la fiesta de San José, Dios mediante, se inaugurará el Colegio".

El P. Rabagliati fue puntual a la cita..., pero no así Monseñor Cagliero que, al atravesar la Cordillera de los Andes a lomo de mula, rodó en una caída y se quebró dos costillas y se lesionó seriamente una pierna. Era el 3 de marzo. El P. Rabagliati, apenas lo supo, corrió en su auxilio, tras un penoso viaje de cuatro días. Sólo el 28 de marzo, aún no repuesto del todo el Obispo, pudieron seguir viaje a Chile, para llegar a Concepción el 3 de abril, Domingo de Ramos, en una recepción triunfal. Dicen las crónicas que la Catedral se repletó. Monseñor Fagnano, que apenas supo lo de la caída emprendió viaje hacia Chile, se hallaba también allí, de modo que pudieron así ambos Prelados alternar, organizar y planear sus ministerios.

Después de unos días, mientras Monseñor Cagliero, a instancias de las autoridades eclesiásticas, visitaba la Araucanía, "para ver con sus propios ojos las grandes necesidades espirituales de aquella comarca", Monseñor Fagnano viajó a Ancud para hacer una visita al Obispo Mons. Lucero, de quien dependía Magallanes, y quien le dio carta de presentación para las autoridades de Punta Arenas. De regreso de Ancud, acompaña a Monseñor Cagliero

en su viaje de regreso al norte de Chile, el 2 de mayo. Monseñor Fagnano, desde Santiago, escribía en una carta del 11 de mayo: "...Hace tres días que estamos aquí. Mons. Cagliero, aunque se siente mejor de su caída y esté casi sano, se siente cansado por el gran trabajo de predicación, visitas, consultas, etc. Parece que todo Chile nos estaba esperando. Ya en Concepción se dejó la Casa establecida y funcionando los talleres de zapatería y carpintería, con 20 internos y 60 externos y toda la población animada en sostener el Colegio. Salimos el 2 de éste y tocamos Chillán, donde Monseñor ordenó sacerdotes a cuatro franciscanos y a nuestro salesiano Carlos Amerio y confirmó unas 600 criaturas y 100 mayores. Dejamos Chillán el 5 y tocamos Linares, última población al Norte que pertenece a Concepción, donde nos hicieron un recibimiento de Obispo. Quieren que nos hagamos cargo de una capilla y nos regalan una cuadra de terreno y casa contiguas. De allí salimos a la tarde, llegando hasta Talca... Aquí creo que en estos días ya tendremos una linda iglesia y un colegio (para 100 pupilos y 200 externos), propiedad nuestra, en el centro, a tres cuadras de la estación, con una población de 6.000 almas alrededor. Dejamos Talca... y a esta Capital. Aquí por los salesianos tienen un cariño todo especial y a Monseñor lo agasajan mucho. Hemos visitado el "Patrocinio de San José". Tiene 100 niños. Quieren entregar todo a los salesianos. También el Asilo de Huérfanos y quieren que nos hagamos cargo de los mayores, unos 150, en condiciones ventajosas. En suma, nos sitian. Mañana tendremos una entrevista con el Presidente de la República y pronto nos dirigiremos a Valparaíso, donde una señora ha dejado mucho a los salesianos...".

Como lo dice en la carta, fue recibido por el Presidente don José Manuel Balmaceda, quien en una entrevista muy cordial y amable, le dio cartas de presentación para el Gobernador de Magallanes.

Fue también a presentar sus saludos al Arzobispo de Santiago, don Mariano Casanova, quien también le otorgó carta de presentación, y se constituyó en el primer Cooperador salesiano de la Misión, autorizando, entre cosas, al Rector del Seminario, Pbro. don Rafael Eyzaguirre para que se colectaran limosnas entre los seminaristas y las enviaran periódicamente al Prefecto Apostólico, fundando esta determinación en un "considerandum" que dice así: "Porque es obra eminente de caridad y civilización cristiana el trabajar en la conversión de los indios..."

Cuando trató de regresar a Buenos Aires, Monseñor Cagliero le propuso volver por tierra, o sea, a lomo de mula y por tren, por Mendoza, lo que Mons. Fagnano aceptó. Pero no lo creen prudente sus amigos, quienes se adelantan a pagar dos pasajes en el vapor "Liverpool", que el 16 de mayo partía de Valparaíso para Montevideo.

Y los ilustres misioneros llegaban a la rada de Punta Arenas el día 24 de mayo, en medio de un temporal deshecho, lo que les impide bajar a tierra como lo tenían proyectado para celebrar Misa y tomar así posesión de esa misión soñada. ¡Qué duro contratiempo! El barco debía partir muy de mañana para ganar el tiempo perdido en los puertos y en dominar la tormenta que los había hecho bailar que era un gusto... ¡Con qué emoción mirarían esos dos grandes salesianos ese campo de labor tantas veces soñado!... Pero en verdad nunca soñaron en esta extraña toma de posesión. La circunstancia de ser precisamente ese día fiesta de María Auxiliadora, era para ellos un feliz augurio... También allí "Ella lo haría todo"... Monseñor Cagliero desde el vapor bendijo esas tierras de la nueva misión, mientras Monseñor Fagnano oraba... y echaba a volar su fantasía...

XII.— AL FIN EN PUNTA ARENAS.

1887.

Siguiendo, pues, el viaje, llegaron a Montevideo el 4 de junio(y de allí, a los pocos días, viajaron a Buenos Aires, en donde se celebró un llamado "Capítulo Provincial", presidido por los dos Prelados, más el Inspector de Buenos Aires y del Uruguay y de los Directores de las Casas, en que se resolvió, entre otras cosas:

- 1) "Suspender toda construcción en casa salesianas hasta que las finanzas se regularizasen; y
- 2) que las dos Inspectorías ayudarían a las misiones de la Patagonia con 100 pesos mensuales cada una". . .

En esa ocasión Monseñor Cagliero ordenó sacerdote al joven salesiano uruguayo Luis Migóne, teniendo como padrino de capa a Monseñor Fagnano. El P. Migóne fue el primer salesiano y el primer sacerdote de esa naciente América salesiana. Más tarde será por más de 32 años el santo apóstol de las Islas Malvinas, de la jurisdicción de Mons. Fagnano.

Monseñor Cagliero parte pronto a su Vicariato, y Monseñor Fagnano recluta gente para su Misión: el P. Antonio Ferrero, Prefecto y Párroco del Colegio salesiano de Las Piedras, en Uruguay, acepta gustoso ir con él a Punta Arenas. Igualmente el clérigo Fortunato Griffa, que en enero de ese año había recibido la sotana y hacía su Noviciado, acepta de mil amores la proposición de Monseñor Fagnano de trasladarse a Punta Arenas. Y va también con Monseñor el coadjutor salesiano José Audisio, su hábil zapatero en Patagones.

El 15 de julio parten los cuatro desde Montevideo rumbo a Punta Arenas, en el vapor "Theben".

Finalmente, el 21 de julio de 1887, Monseñor José Fagnano arriba a su Prefectura Apostólica con sus tres valiosos compañeros.

Punta Arenas dormía "bajo un cándido manto de nieve". Sus habitantes vieron indiferentes desembarcar a esos cuatro desconocidos. Se estaba en lo más crudo del invierno. Tuvieron que alojar los primeros días en un hotelito, luego buscaron una casa. Encuentran una, bastante amplia, de nueve piezas, con el propósito de convertirla cuanto antes en vivienda de los salesianos, escuela, capilla... El precio es muy subido. De todas maneras Monseñor la adquiere; pero, como no tiene dinero, entrega su equivalente con una letra de cambio que Don Bosco debe pagar, a la vista, en Turín... Un amigo escribió luego a don Fagnano: "...Don Bosco al leer tu carta y al recibir desde Roma la noticia de que es deudor a un Banco de esa ciudad, lloró de alegría, lloró mucho, leyó y besó varias veces tu carta y la humedeció con sus lágrimas y no acababa de repetir: "Ahora puede el Señor cerrar mis ojos, porque mi sueño dorado se ha cumplido. Mis hijos han sentado sus reales en Punta Arenas. Se cumplen los sueños. Gracias a Dios. Muero tranquilo..."

Don Fagnano, a su vez, en una primera carta, le cuenta también filialmente cómo los recibió el clima de Punta Arenas: "...Querido Don Bosco... ¡Qué frío en estos días! Once grados bajo cero y en una casa suspendida treinta centímetros sobre el suelo por la humedad. Y si nosotros sufrimos, aunque cubiertos con ropa, ¡cuánto no sufrirán los pobres indios! He aquí el pensamiento que nos hace exclamar: "¡Paciencia! Ganemos algún mérito ante el Señor"... Nos hallamos a 52 grados y medio de latitud Sur. Somos los hijos más lejanos del querido Don Bosco, pero quizás los más próximos a él, por la ternura con que piensa en nosotros... Aquí tenemos correo cada 15 días hacia Burdeos, Hamburgo y por el Pacífico..."

Y el clérigo Griffa, a su vez, dejó escritas así sus primeras impresiones al llegar: "...El P. Ferrero y yo salimos a recorrer la población, que todos llaman "Colonia", por haber sido una colonia penal a donde el Gobierno chileno desterraba a ciertos elementos peligrosos de la sociedad. En el centro estaba la plaza, que más tenía el aspecto de potrero escarchado. Alrededor, diseminadas sin ninguna simetría, un centenar de casas de madera más bien pobres. Las calles eran intransitables. En una de ellas se levantaba una capilla medio desvencijada, tanto que daba lástima verla..."

Punta Arenas tenía entonces 800 ó quizás mil habitantes. La iglesita de que habla el clérigo Griffa, había sido construida el año 1854. Era pues, muy vieja y mal podía ya utilizarse: inclinada a un lado, se llovía, era además muy pequeña y carecía de lo más indispensable para el culto.

Había en la aldea, además de un Gobernador, ocho o diez funcionarios, un juez, un médico y un boticario.

La misma tarde de su llegada, fueron a hacer una visita al Sr. Gobernador, el Sr. Francisco Sampedo, que los recibió cortésmente. Monseñor le entregó en esa visita un sobre con sus credenciales.

Igualmente fueron a presentar sus saludos al Gobernador eclesiástico de Magallanes y Vice-párroco de Punta Arenas, el Pbro. don Carlos Maringer (el que siguió ejerciendo su cargo unos meses más, para entonces trasladarse a la parroquia de Valdivia).

Había también en Punta Arenas una escuelita mixta, de primera y segunda clase elemental, atendida por una maestra de escasa preparación.

Al día siguiente, Monseñor Fagnano fue nuevamente, esta vez solo, a visitar al Sr. Gobernador, quien, después del primer saludo, secamente le preguntó:

— ¿Y Ud. viene como Prefecto Apostólico?

— Sí, Excelencia, como se habrá enterado por las cartas que le presenté ayer.

— Pues bien —agregó el Gobernador—. Sepa Ud. que no puede quedarse en Punta Arenas y no puede ejercer su jurisdicción porque, según ley de la República, ningún obispo o autoridad eclesiástica que no sea chileno puede ejercer sus funciones sacerdotales...

— ¿Cómo? —interrumpió Monseñor, muy extrañado por el repentino cambio de tono del Sr. Gobernador respecto del día anterior—. ¿Así que no puedo quedarme en Punta Arenas, cómo pueden hacerlo los demás?... ¿Soy acaso un apestado?...

— Oh, en cuanto a quedarse como persona privada, eso sí; eso nadie se lo va a prohibir.

— ¿Y si alguien desea confesarse conmigo, ño lo podré hacer?... ¿No podré celebrar la Misa?

— Oh, sí, eso también, porque la Misa se la puede prohibir sólo el Papa o el Obispo...

— ¿Y qué más quiero yo? ¿O cree, acaso, V.E. que yo pretendo obligar a estos habitantes a hacerse todos católicos o que todos se confiesen, o por amor o por fuerza?...

— Pero Ud. —dijo amoscado el Gobernador—, viene enviado por Roma, y Roma no tiene nada que ver con Punta Arenas. Aquí manda el Obispo de Ancud.

— Y bien —repuso tranquilo Monseñor—. Sepa V.E. que yo traigo la autorización del Obispo de Ancud, como V.E. se habrá impuesto por su carta que le entregué ayer. Y no sólo del Obispo de la Diócesis, sino que tengo plenas facultades también de parte del señor Presidente de la República, el Sr. Balmaceda, que tuve el honor de ver y con quien hablé larga y amistosamente hace poco y del que tengo carta de recomendación, de que también le hice entrega a V.E. ayer. Igualmente tengo cartas

de recomendación de otros conspicuos personajes chilenos. Por lo que le digo a V.E. que estoy plenamente en regla. Pero si, a pesar de eso, V.E. tuviera inconvenientes de que yo quedara aquí, le ruego me devuelva mis cartas y regresaré a Santiago para hacer valer mis derechos ante el Presidente de la República. . .

— Oh, las cartas no se las puedo devolver. . .

— ¿Cómo? ¿No me las puede devolver? ¿Y me creería tan ingenuo que partiera sin ellas?

En estos momentos, en que el diapasón de la discusión iba subiendo, entró a la sala la señora del Gobernador, muy amable y prudente, y que desde la pieza contigua había escuchado el diálogo. Previendo que las cosas podrían tomar mal cariz para el misionero, y fingiendo que nada sabía, dijo dirigiéndose a Monseñor:

— ¿Cómo está, Padre? ¿Qué le parece Punta Arenas?

— No está mal —respondió Monseñor—; pero me duele tener que irme tan pronto. . .

— ¿Y por qué, Padre?, agregó la señora.

— El Sr. Gobernador me pone tantas dificultades que deberé irme. . .

— Oh, no lo haga, Sampayo. . . —dijo la señora su marido—. Este Padre me parece muy bueno, ayúdalo en todo lo que puedas, para que se quede aquí con nosotros.

Entonces el Gobernador, adoptando modales más corteses y benévolos, dijo:

— ¡Bien, bien! . . . ¡Aquí no ha pasado nada! . . . Quédese aquí tranquilamente, goce de toda la libertad posible y de mi protección, y si surgiera alguna dificultad, la solucionaremos en seguida.

Así terminó esa segunda visita que en un principio pareció haría peligrar la Misión, si el Señor no hubiera protegido su causa. . .

Pero hubo algo más. Apenas se supo en el pueblo que habían llegado sacerdotes y misioneros, algunos vecinos se alarmaron como si hubiera llegado la peste, y tramaron luego una trampa para alejarlos.

Redactaron una carta dirigida al Presidente de la República, y la hicieron firmar a cuantos pudieron engatusar en el pueblo. Entre otras sandeces, la carta decía: "...dos sacerdotes italianos han llegado con el fin de establecerse aquí y enriquecerse a nuestra costa... Ellos son "jesuitas camuflados", y por eso intransigentes, tiranos de las conciencias, aborrecidos por toda la población. Por lo que pedimos se los aleje no sólo del territorio de Magallanes sino de la República...".

Por fortuna era tan burda la trama y tan disparatada la maniobra, que sirvió sólo para poner en ridículo a los que la urdieron, y también para poner de relieve la generosidad y nobleza de Monseñor Fagnano que, por último tendió la mano al principal instigador de todo aquello, finalmente repudiado y humillado...

Pero lo que realmente desde el primer momento desanimaba a los salesianos era la indiferencia religiosa de la población. Una sola mujer comulgaba en el día de Pascua desde tiempo inmemorial y por ello solían todos apellidarla "La Beata". No hay que imaginarse que "La Beata" frecuentara mucho la capilla durante el año. Ni siquiera el día domingo. Era cosa tan desconocida la Misa del Domingo en Punta Arenas que cuando los salesianos empezaron a insistir con los niños sobre este punto, las personas mayores decían: ¡Vaya con la novedad! Estos curas pretenden introducir la costumbre de llevarnos a Misa todos los domingos.

Pues bien, no se había cumplido ni un mes de la llegada, cuando Monseñor rompió la monotonía de la población con una alegre clarinada: la inauguración y bendición de la primera capilla salesiana.

No era más que un chiribitil (4 x 7) con un altarcito. No obstante quiso que ese humilde comienzo fuera un acontecimiento. Invitó especialmente al Sr. Gobernador y señora como padrinos de la ceremonia. Concurrieron además otras autoridades civiles y militares, la plana mayor del buque "Angamos", y muchas personas distinguidas del lugar y muchos colonos.

Se inauguraron también dos aulas donde debían funcionar las clases. Y como ese año no funcionó la escuela oficial, el Colegio Salesiano contó con toda la población escolar de la Colonia. Y cuando el año siguiente llegaron las Hijas de María Auxiliadora, se abrió otra escuelita similar para las niñas, y luego los dos Oratorios festivos, que muy pronto dieron excelentes resultados.

Fue, sin duda, esta inauguración un acontecimiento y una fiesta, sobre todo para los salesianos. Y como, gracias a Dios y a María Auxiliadora, con el correr de las semanas aumentaba la afluencia de los fieles, era evidente que la capillita se iría haciendo cada vez más insuficiente. Hubo que hacerle pronto varios ensanches y agregados, hasta que, un par de años más tarde, Monseñor Fagnano tuvo que poner manos a la construcción de otra capilla, lo suficientemente amplia, en un terreno que le había cedido el nuevo Gobernador, don Samuel Valdivieso.

XIII.— EL OBSERVATORIO METEOROLOGICO.

1887.

En Suiza y en Italia —en los años 1880 y 1881 respectivamente—, se habían celebrado Congresos Internacionales de Meteorología. El Secretario del Congreso era el sabio Padre barnabita Francisco

Denza, amigo íntimo y admirador de Don Bosco. Esto y la noticia de que los salesianos ya habían penetrado en la Patagonia, le hizo acercarse a Don Bosco para hacerle saber que una de las ponencias de esos Congresos era que se fundara siquiera una estación meteorológica en el extremo sur de América. Don Bosco accedió gustoso: sus Salesianos no sólo serían los evangelizadores sino también los hombres de cultura y civilización. Y así se gestó la cadena de Observatorios que los Salesianos fundaron en las costas desde Río de Janeiro a Punta Arenas.

El primero se fundó en Uruguay el año 1881. El segundo lo fundó Monseñor Fagnano en Carmen de Patagones, donde era a la sazón Director. Y esto explica por qué, cuando todavía no se habían cumplido los seis meses de su llegada a Punta Arenas, procedió a instalar el Observatorio Meteorológico el primero de diciembre de 1887. Encomendó su cuidado al clérigo Fortunato Griffa, que fue así su primer Director y lo regentó con ciencia y paciencia hasta el año 1895, cuando fue destinado a la Misión de la Candelaria.

XIV.— EL PRIMER MES DE MARIA.

1887.

Siempre, herencia paterna, los hijos de Don Bosco trabajan con la Virgen María en la mente y en el corazón y en las obras. Ya desde octubre se dispusieron a preparar el "Mes de María", que aquí en América es el mes de noviembre y culmina con el 8 de diciembre. Todos, sacerdotes y catequistas, desplegaron todo su celo apostólico y mariano. El 8 de

noviembre se comenzó con todo entusiasmo, y el 8 de diciembre se tuvo el consuelo de que cuatro niñas y dos niños hicieran su Primera Comunión. Una de esas niñas era la hija del Gobernador Sampayo.

XV.— LOS PRIMEROS: LOS TEHUELCHES.

La región objeto de la misión salesiana era extensísima. El extremo del continente sudamericano, extendido hacia el Polo Sur, se llama Patagonia Meridional. Hay, además, un archipiélago de islas e islotes llamado "Archipiélago fueguino", y la mayor de esas islas se llama "Tierra del Fuego" (por las fogatas que los primeros exploradores vieron junto a los toldos de los indios). Otra isla importante es la llamada "Dawson", en el centro del Estrecho de Magallanes. Este Estrecho mide 583 Kms. de longitud. Su mayor anchura es de 30 a 40 Kms., y la menor, de 3. En toda esta región, al llegar los salesianos, había gran cantidad de indios, que se agrupaban en estas 4 razas:

- 1.— los tehuelches, o indios a caballo,
- 2.— los alakalufes, o indios navegantes,
- 3.— los onas, o indios a pie.

Más tarde se descubrió otra raza, intermedia entre los alakalufes y los onas, porque una parte del tiempo lo pasaban en canoas y otra en tierra, y se llamaron

4.— los yaganes.

Estas cuatro razas hablaban sus lenguas propias, muy diversas (menos poquísimas palabras más usuales, como por ej. "yepper-n" = carne, que era para ellos el alimento ordinario como para nosotros el pan), por lo que se entendían entre sí, y se odiaban mutuamente.

Los TEHUELCHES habitaban el continente, o sea la Península Brunswick y toda la Patagonia (meridional y septentrional). Se llamaban también **patagones**. Su estatura media era de 1,70, de extraordinaria robustez, de anchas espaldas, y casi todos de enorme fuerza muscular: pueden lanzar a más de 70 metros las boleadoras en la caza del guanaco o del avestruz.

Son muy serios, raramente ríen. Todos llevan cabellera larga (más de 40 cm.), de pelos semejantes a las crines del caballo, completamente negros, relucientes, lisos, gruesos y duros al tacto.

Sus armas no son los arcos y las flechas, sino cuchillos, lazos y boleadoras. Estas son dos o tres bolsitas de cuero, en cada una de las cuales encierran una piedra de regular tamaño, amarradas a dos o tres correas de cuero de guanaco, de dos metros de largo.

Su alimento preferido es la carne de avestruz, que acompañan con la de guanaco. La carne de guanaco, siendo magra, la usan como pan para acompañar la del avestruz, que es muy gorda y que sola les sentaría mal. En caso de necesidad comen también carne de caballo. No tienen horas fijas para comer. Cuando sienten hambre comen hasta saciarse.

Su principal ocupación es la caza del guanaco o del avestruz. Otra ocupación es la doma de caballos. Cada familia posee muchos caballos, algunas hasta un centenar o más. Son habilísimos jinetes: en la persecución del guanaco o avestruz corren a

velocidades increíbles. Igualmente son diestrísimos en lanzar las boleadoras a las patas de la presa para darle caza.

Los tehuelches son por naturaleza nómadas, trasladando continuamente sus toldos o tiendas generalmente a un día de distancia a paso de caballo. Es interesante el sistema de señales de fogatas. Cuando se ven muchos fuegos en línea recta, a la distancia de 1 ó 2 kilómetros uno de otro, es señal de que cambian de lugar y se hallan en marcha. Tres fuegos a igual distancia uno de otro (dentro de unos 10 m.), indican que alguien perdió el camino. Dos fuegos es punto convencional de encuentro. Uno sólo es señal de que allí se hace la comida o hay diversión o caza.

Los tehuelches admiten un dios bueno y otro dios malo. No tienen ídolos. Después de la muerte hay un premio (felicidad, comer y beber mucho sin necesidad de trabajar) o castigo (enfermedad y hambre). No tienen cementerios. Cuando alguien muere, lo entierran en el lugar donde expiró. Sobre esa tumba matan su mejor caballo, el favorito, y lo cubren con un amplio manto de cuero. A la distancia de cerca de cien metros, matan otro caballo; y si el difunto es rico, otro y otro, siempre a distancia de cien metros: . . . el muerto debe emprender un largo camino. Y si el difunto es muy rico, matan otro caballo al octavo día, otro al trigésimo o a los seis meses. . . No heredan nada del difunto. Todo lo entierran o lo queman, aunque sean objetos de valor.

A poca distancia de Punta Arenas acampaban unos indios Tehuelches. Varias veces en el año aparecían en Punta Arenas en grandes caravanas, para vender sus mercancías, que consistían en plumas de avestruces, pieles de guanaco y de zorros, y a comprar ropa, mate, azúcar, licores, etc. Se quedaban varios días, acampados en la plaza pública o en los prados cercanos. Eran éstos los días más propicios para nuestros misioneros para acercarse a esos in-

dios de buena índole, ganárseles el corazón con un trato amable, instruirlos, catequizarlos y bautizarlos. Eran, por último, los buenos amigos que más tarde serían muy favorables a nuestros misioneros.

Casi siempre el Gobernador les regalaba una vaca para que la asasen y comieran todos juntos. Esto lo hacían en la misma plaza sentados alrededor de la fogata.

Los misioneros les hacían también visitas a sus mismos toldos, cada año, en la estación mejor, para instruirlos y bautizarlos.

XVI.— LOS ALAKALUFES.

1888.

Los ALAKALUFES, llamados también indios navegantes, viven en las costas de los canales y golfos del territorio de Magallanes en el norte del Estrecho y al oeste del Archipiélago de Tierra del Fuego, y hacia el norte del Estrecho, casi hasta Ancud.

Pasan su vida en canoas pescando, no con redés, sino con arpón. Son pequeños y delgados. La estatura media de los hombres es de 1,58, y la de las mujeres es de 1,47. Sus canoas miden de 4 a 5 metros de largo por 1 metro de ancho, y tienen capacidad para seis o diez personas, sin contar los perros, sus inseparables compañeros. Estos perros los tienen para defensa personal, para la caza especialmente de guanaco y para calentarse, pues los acostumbra a echarse encima de las personas mientras ellas duermen.

Los alakalufes se visten con pieles de nutria o de guanaco. Sus armas principales son el arpón, el

arco, la flecha, palos y hondas. En la caza de la nutria o de pájaros los alakalufes se sirven también de sus perros, que son verdaderamente terribles. Estos indios se alimentan principalmente de moluscos y peces. Un plato verdaderamente exquisito para ellos es la carne en putrefacción de ballenas o pingüinos.

Parece que intelectualmente son inferiores a las otras razas. El alakalufe es triste y taciturno, y desconfiado por naturaleza. Su hablar es cortante.

Tienen vista de lince. Todos nadan muy bien. En cierta ocasión algunos niños jugaban en una canoa amarrada a la orilla. De pronto la cuerda se soltó y la canoa se fue internando por la corriente, unos 300 ó más metros entre las olas gruesas. Cuando se percató de ello la madre de uno de esos niños, sin más se echó al mar, nadando llegó a la canoa, aferró la cuerda con los dientes y nadando la arrastró así a tierra. Las madres nunca llevan a sus hijos en brazos, sino suspendidos a sus espaldas. No los besan nunca: el beso es desconocido entre los indígenas. Dan plena libertad a sus hijos, y no saben contradecirlos ni castigarlos.

Saben contar sólo hasta dos. Los más inteligentes hasta 4. Después repiten varias veces "ak-kiai", y para decir muchísimo, dicen: "ak-kiai, ak-kiai, ak-kiai...".

Cuando alguien muere, lo envuelven en una piel y lo sepultan casi a flor de tierra o lo colocan derecho en la cavidad de algún árbol hueco. Todos sus objetos son quemados (arcos, flechas...), y el lugar es abandonado y no se habla más del difunto. En la Misión los niños han rehusado siempre declarar el nombre del muerto. Consideran como un sacrilegio si otros lo recuerdan en su presencia, aunque fuera sólo para preguntar cómo se llamaba. Como señal de dolor ante la muerte de un ser querido, los alakalufes se cortan el pelo al rape.

Monseñor Fagnano entre tanto, como gran estratega que está por disponer la avanzada, quiso explorar los alrededores, la costa y algunas islas. Terminado el Mes de María, pues, contrató la goleta Victoria por un viaje de más o menos 3 meses. Debía pagar 30 pesos al día. Se hizo acompañar por el fiel coadjutor Audisio y algunos hombres de trabajo, y el 25 de diciembre, después de las funciones de Iglesia y las fiestas de Navidad "en familia", partió rumbo a la Isla Dawson, central y de no difícil acceso. Está a sólo 34 kilómetros de Punta Arenas. Su superficie es de 1.330 kilómetros cuadrados y se halla casi en la mitad del Estrecho de Magallanes. Está poblada por indios llamados Alakalufes. Son los más feroces de todos los indios. La Isla era, pues, observada con terror por todos los civilizados, aunque por sus magníficas praderas, de puro verde esmeralda y por florestas vírgenes se presentaba de aspecto hermosísimo e invita a vivir en ella. Todos los que lo habían intentado habían sido asesinados, y en varias ocasiones, los indios habían asaltado a algunas pequeñas embarcaciones a vela que llegaban, a veces, por la fuerza de alguna de las frecuentes borrascas de esos parajes, a alguna de las muchas ensenadas que parecían verdaderos puertos naturales.

El día primero de enero de 1888 se hallaban en el "Seno del Almirantazgo", en donde Monseñor, en medio del bosque, pudo rezar la Misa de Año Nuevo... Siguiendo al interior se hallaron de pronto —el 9 de enero—, ante tres indios gigantescos que les apuntaban sus flechas. Monseñor, alzando sus brazos, comenzó a gritar: "Yegoa, yegoa" (= amigos). Bastó eso para tranquilizarlos. Monseñor ordenó que les distribuyeran comestibles y café caliente. Confiados y contentos, los indios lo invitaron a visitar sus toldos... y allí aprovechó luego el Misionero para catequizar a niños y mujeres que acudieron allí. Estuvo con ellos 8 días.

Monseñor en sus excursiones había tomado la precaución de llevar consigo a algún intérprete y de proveerse de ropa que regalaba a esos indios, dándoles así desde un principio demostración de su interés por la felicidad de ellos y por mejorar su existencia. Sobre todo le interesaba ganarse el corazón de los niños.

Tuvo allí la enefable satisfacción de sentirse llamar muchas veces "Tú eres un Capitán Bueno con nosotros y nuestras familias y nuestros niños. Tú venir estar aquí".

Nada más oportuno para hacerles la promesa de que, dentro de poco vendría con otros amigos, que les traerían ropas y alimentos y les enseñarían aquellas cosas que saben los extranjeros, de manera que llegarían a ser después iguales a ellos. No perdía la ocasión de darles alguna noción de Dios y de las principales verdades eternas. Y los dejaba, a su parecer, bien dispuestos.

Cuando, al fin, se despedía de ellos, se le acercó una mujer con un niño en brazos y otros dos aferrados a sus ropas. Quería hablar con el Misionero.

— ¿Qué quieres? —le dijo él.

— Querer ir contigo, porque blancos hacer bum, bum. Yo no tener marido. Tú Capitán bueno darás galletas... Querer ir contigo ahora...

— Pero ahora debo yo viajar mucho...

— Yo querer ir contigo...

Entonces Monseñor saltó a su caballo y partió. Pero la mujer se aferró a la cola del caballo y siguió así tras él. Monseñor espoleó... y ella continuaba con sus hijos... Monseñor no sabía qué hacer ni qué decir. Al fin, le dijo:

— Mira allá... —Y le indicó donde estaba la goleta—. Espérame allá... Yo debo continuar mi viaje. En 8 días estaré de vuelta.

Y, en efecto, a los ocho días regresó, y la halló junto a la goleta con sus hijos... y con seis indígenas más.

— ¿Quiénes son éstos?, preguntó Monseñor.

— Yo no traerlos. Ellos venir porque saber que tú ser Capitán Bueno...

Y no hubo nada que hacer. Hubo que subirlos a todos a la goleta... y viajar rumbo a Punta Arenas.

Allí los esperaba el P. Ferrero y el clérigo Grifafa y algunos amigos. Y... en marcha hacia la casa. La india iba tomada del manto de Monseñor, y detrás iban los hijos, y detrás en fila india los seis onas. Así atravesaron la ciudad, entre risas de la gente... Pero Monseñor iba feliz... Y llegando a casa, la primera lección que quiso darles fue enseñarles a lavarse. Y cuando quiso destinarles alguna habitación, por nada del mundo quisieron aceptar: no se les fuera a caer el techo sobre la cabeza... y prefirieron quedarse al raso...

Pero... se hacía necesario abrir un tristísimo paréntesis. Desde Turín llegaban noticias cada vez más pesimistas... "¡Nuestro querido Padre no está bien!"..., "Las piernas no lo sostienen"..., "Cada día está más decaído, sin ánimo, silencioso"..., "Se conmueve fácilmente, solloza..."

Mons. Cagliero, sin más, había decidido desde Buenos Aires volar junto al lecho del Padre que se moría. Invitó a Mons. Fagnano a acompañarlo. Pero... cómo dejar aquello apenas empezado, así tan de repente y tan pronto... Al fin, llegó la noticia dura y escueta: "¡Don Bosco ha muerto!"...

En una carta a don Rúa, Monseñor Fagnano le escribe: "...Yo esperaba dentro de dos meses poder abrazarlo y ser bendecido una vez más por él... No puedo resignarme al pensamiento de que perdí la ocasión de ir con Monseñor Cagliero... Sea bendita también en esto la voluntad de Dios..."

Pero mitigó en parte su dolor el saber más tarde que cuando Mons. Cagliero había corrido a Turín, con él viajaban también dos Hijas de María Auxiliadora, que debían asistir al Capítulo General, y la indiecita ona Luisa Peñas... Y se la presenta-

ron a Don Bosco, y él, en un mar de lágrimas, la bendijo y bendijo a sus hijos lejanos. . .

Ya de vuelta de su excursión, Monseñor Fagnano determinó que escogería como lugar más apropiado para la Misión en Dawson, la localidad llamada Bahía Willis. Y puso manos a la obra.

Ante todo, inició los trámites para lograr del Gobierno chileno la cesión por 20 años de la Isla Dawson a los salesianos, que se disponían a invertir allí cuanto pudieran, construir, educar, organizar. . . Y, en seguida, hacía falta más personal. Proyectó, entonces, dar un impulso a estos trámites y luego viajar a Italia. Y quiso aprovechar este viaje para solucionar, de paso, otro problema que de tiempo iba requiriendo su atención: la asistencia religiosa de Islas Malvinas.

Antes de ausentarse, llamó de Santa Cruz al P. Beauvoir y al catequista Forcina para que quedaran en Punta Arenas ayudando a esos hermanos.

XVII.— EN LAS ISLAS MALVINAS.

1888.

Hacía tiempo que desde esas Islas se reclamaba la llegada de algún sacerdote. Debía ser inglés o irlandés. Pero no había a quién mandar. Don Rua, el 3 de enero de 1888, responde por Don Bosco a la Congregación de Propagación de la Fe: "...El verano pasado hemos recibido cartas de la Patagonia donde consta que cuatro de nuestros misioneros se han establecido en Punta Arenas, sobre el Estrecho de Magallanes, para desde allí atender a las Misiones de Tierra del Fuego e Islas Malvinas. Los sale-

sianos, como no tenían ninguno que supiera el inglés, han debido esperar hasta ahora, que un alumno nuestro irlandés se ha ordenado. En octubre recién pasado Monseñor Cagliero ha ordenado al Padre irlandés Patricio Diamond".

El 7 de mayo de 1888 llegaba el P. Diamond a Punta Arenas. Monseñor Fagnano escribe entonces a Don Rua, el 3 de abril: "... Con el primer vapor que zarpe iré a las Malvinas acompañando a un Hermano nuestro y me quedaré allá con él un poco de tiempo para ver cómo se puede trabajar en aquella viña que el Señor nos ha confiado".

Y efectivamente el 19 de abril desembarcaba en Port Stanley con el P. Diamond. Y el 3 de mayo vuelve a escribirle a Don Rua: "... Aquí estoy acompañando al P. Diamond en esta Misión de las Malvinas. Desde que desembarqué hasta hoy me voy dando cuenta de la necesidad extrema de esta población católica en medio de la mayoría protestante. Antes, el sacerdote que estaba aquí, se quedaba unos días en Port Stanley y luego se dirigía a otras islas. Teniendo los disidentes un hermoso templo y un ministro siempre fijo, algunos católicos son atraídos por eso. En los dos domingos pasados, ha ido siempre en aumento la asistencia a Misa. María Auxiliadora nos ayudará a salvar a tantas almas, especialmente en este mes dedicado a Ella. Estamos ahora en invierno. Todo está cubierto de nieve...".

XVIII.— A ITALIA.

1888.

Según su plan ya trazado, Monseñor Fagnano siguió de las Malvinas a Montevideo, y de allí, en junio, viajó a Italia en busca de nuevo personal y ayuda de toda índole.

El 27 de junio desembarcaba en Génova, y el 29, Fiesta de S. Pedro y S. Pablo, cantó la Misa en el Santuario de María Auxiliadora en Turín. En su Diario personal dejó escrito que, después de la Misa, se fue solo hasta el aposento de Don Bosco, . . . y luego pone una sola palabra: "¡ . . . llanto! . . ."

Luego siguió hasta Roma, donde ante León XIII pidió especiales bendiciones para su Misión. Por doquiera, y en cada paso que daba, iba con la mente puesta en su Misión. Y fue así cómo, atento a todo, aprovechó esos meses de Italia para adquirir nuevos instrumentos para el Observatorio Meteorológico que acababa de instalar en Punta Arenas.

Yo me encontraba a la sazón en Roma, como Vice-párroco de la Basílica del Sdo. Corazón, y como habíamos estado juntos 4 años en Varazze con Monseñor, me preguntó si estaría dispuesto a acompañarlo a la Tierra del Fuego. Acepté de mil amores.

A fines de octubre ya tenía todo el personal que debía conducir a Tierra del Fuego. Eran 11: seis Salesianos y cinco Hijas de María Auxiliadora. Los Salesianos eran: P. Mayorino Borgatello, P. Bartolomé Pistone, P. Guillermo Del Turco, y los Coadjuutores Antonio Tarable, Antonio Bergese y Juan Bautista Silvestro. Las Hijas de María Auxiliadora eran: la Madre Angela Vallese, superiora, y las Hermanas Rosa Masobrio, Luisa Ruffino, Angela Marmo y María Luisa Nicola.

Partimos el 2 de noviembre, para llegar a Punta Arenas el 3 de diciembre.

XIX.— REGRESO A PUNTA ARENAS.
MES DE MARIA.

1888.

Al acercarnos al Estrecho se había desencadenado una feroz tormenta de frío y nieve. El vapor parecía un juguete entre las olas que lo zarandeaban de lo lindo. Los pasajeros, sobre todo los niños y las mujeres, lloraban aterrados. . . Nosotros procurábamos mantenernos de pie, serenos, tomados firmemente de las barandas. Había que poner buena cara a tan mal tiempo. Me dicen que también las Hijas de María Auxiliadora toleraban la tormenta en gran alegría. Una de ellas, sor Rosa Masobrio, de humor jovial, narraba después las peripecias de esos días: “. . . Esta mañana, durante las oraciones, sentí que me elevaba a los cielos, y ya me creía en el Paraíso. . . Nunca antes había sabido en qué consistían los éxtasis; pero deben ser algo parecido a lo que esta mañana experimenté. . . Sintiéndome tan arrebatada a lo alto, le dije al Señor: Basta, basta, Señor. . . y de un golpe terminó el éxtasis, porque hundiéndose rápidamente la proa, me hizo dar con la cabeza en el suelo. . .”.

La tormenta pasó, y fuimos acercándonos a la rada de Punta Arenas. No había en la rada nada más que un barco carguero, que servía de depósito de carbón, y una goleta, “la Chilota”, que hacía el servicio de cabotaje de la costa, además de un par de botes para transportes menores en el puerto. Subió a bordo la policía sanitaria y con ella el P. Ferrero, y luego bajamos a tierra. . . ¡Gracias a Dios!

En el vapor siguieron para Talcahuano los clérigos Eugenio Stica, César Lardi y Pedro Dinale.

Con este nuevo personal Monseñor podía ahora pensar en establecer definitivamente una Misión per-

manente para la civilización de los Alacalufes de los canales.

Llegaban justo cuando finalizaba el Mes de María. No se amilanaron cuando vieron desde los primeros días que no sólo el clima era frío sino también, y sobre todo, la vida cristiana. Ellos, como hijos de Don Bosco, recordando lo que él y Don Rua les dijeran al despedirlos referente a que los Salesianos debían abrirse paso con María Santísima, la sostenedora de la Obra, quisieron darle solemnidad al Mes de María. La novedad del nuevo contingente atrajo a mayor número de personas a la función de la tarde, más para escuchar los cantos que para oír la predicación. Aunque don Beauvoir y don Ferrero insistiesen en su predicación sobre la necesidad de confesarse y comulgar, a la conclusión del Mes de María, que coincide con la Fiesta de la Inmaculada Concepción, que aquí llaman Purísima, apenas cinco personas comulgaron: 3 niñitas que hacían la Primera Comunión y dos ancianitas suizas. Fueron las únicas comuniones de ese mes.

Monseñor insistió sobre el tema, después de una semana, aprovechando la preparación a la hermosa fiesta de Navidad. Predicó él mismo la Novena, a la que se le dio gran realce con cantos, ceremonias y "pesebre". El público no faltó tampoco esta vez. Y en la mañana de Pascua comulgaron... las dos ancianitas suizas.

Habíamos trabajado más de un año y no veíamos ningún gran resultado. Se nos caían los brazos y estábamos tristes, aunque no perdíamos la esperanza...

XX.— LA MISIÓN DE SAN RAFAEL.

1889.

Y al comenzar el nuevo año, Monseñor Fagnano quiere dar cima a su deseo de fundar la Misión de la Isla Dawson. Antes de viajar a Europa había iniciado los trámites para conseguir del Gobierno chileno la concesión por 20 años de la Isla.

Y ahora, su primera providencia fue reanudar su relación epistolar con quien era su valioso intermediario en Santiago, el Pbro. don Rafael Eyzaguirre, Rector del Seminario.

Este sacerdote había estado en Punta Arenas antes de la llegada de los salesianos. En 1881 había predicado una misión, y en recuerdo de ella plantó en la cumbre del cerro principal en que se recuesta la ciudad, la cruz que le dio el nombre de "cerro de la Cruz". Mons. Fagnano, cuando preparaba desde Santiago su primer viaje a Punta Arenas, había podido conversar largo y tendido con él. El Pbro. Rafael Eyzaguirre se convirtió más tarde así en el valioso intermediario entre Monseñor y el Presidente Balmaceda en la tramitación de la concesión temporal de la Isla, firmando él la correspondiente solicitud. La concesión se lograría por un Decreto del 11 de junio de 1890. Monseñor, para corresponder en alguna forma al tesorero empeño de su gran amigo y gran bienhechor de su Misión, dio el nombre de "San Rafael" a la de la Isla Dawson.

El Director de la Misión sería el P. Antonio Ferrero y estaría acompañado por el coadjutor salesiano Juan Bautista Silvestro. Varios pastores y trabajadores, guiados por Monseñor, completarían la expedición. Total, 12 personas.

Se embarcaron en la pequeña goleta "la Fueguina", el día 2 de febrero de ese 1889. El viaje duró un día y medio. Al llegar llovía copiosamente. Pero ur-

gía bajar y descargar. Se adaptó, en primer lugar, con tablas un reparo para los víveres, mientras los pastores lentamente y con prudencia descargaban los animales, y los carpinteros comenzaban a construir una casa... que no tenía que ser ciertamente un palacio.

Terminado el desembarco y dadas las órdenes oportunas las indicaciones necesarias, Monseñor, en la misma goleta, regresó a Punta Arenas.

Ya en Punta Arenas, envió a don Rúa la siguiente relación en carta del 15 de marzo: "Amado don Rúa: Heme aquí ya de regreso de la Misión en la Tierra del Fuego, donde actualmente están don Ferrero y el coadj. Silvestro. Cuando llegué de mi viaje a Italia, luego me informaron de algo muy doloroso. En julio del año pasado catorce hombres blancos bien armados se dirigían a buscar oro en la parte este de la Isla Grande, y encontraron una tribu de indios. Esos hombres que se dicen cristianos, hicieron fuego sobre los indígenas, alegando un asalto indio; y mataron cerca de cuarenta. Las mujeres y los niños de rodillas imploraban que les perdonasen la vida, lo que hicieron, pero no sé a qué precio. Esto sucedió entre el territorio argentino y el chileno; por lo que uno no sabe a quién dirigirse para remediar estos actos de barbarie que comete gente que dice que es civilizada. Hice lo posible, pues, por apresurar la partida hacia nuestra Misión, pero no pude antes del 2 de febrero". Y, después de narrarle el viaje, continúa: "... A los cinco días de mi partida llegaron a la Misión los primeros Alakalufes en una piragua —extraña embarcación de corteza de roble) de 5 metros de largo por 80 centímetros de ancho y en la que cabe toda la familia de estos indios, incluido el perro que permanece siempre avizor en la proa. Esta piragua se divide en cinco o seis compartimentos, dejando siempre al centro un montón de tierra, que sirve de lastre y en el que mantienen fuego para cocinar cuanto puedan pes-

car: Siempre reman las mujeres, que son excelentes remadoras y nadadoras. En tales piraguas se arriesgan a atravesar el Estrecho de Magallanes, en la parte más angosta, y a recorrer por todas las islas.

Con un pañuelo se les hizo señal de acercarse. Saltó a tierra un hombre con sus dos hijos, el que con señales dio a entender que él era bueno y que no haría ningún daño; y cuando el P. Ferrero le indicó que se acercara y le mostraba galletas, se mostró entre contento y temeroso. Tomó la galleta, le dio a sus hijos y comenzaron a comer. La mujer, que permanecía en la piragua con una criatura atada a la espalda, a una señal del marido, ayudada por los hijos, arrastró a la orilla la piragua, y se acercó a pedir galletas, tabaco, ropa. . . Dijeron que venían de lejos, y que en pocos días vendrían otros más. Entre tanto, se les instaló con madera una especie de cabañita, que les pareció muy hermosa, y que los reparaba ciertamente de la lluvia, pero no del viento y del frío. Mientras tanto, observaban con mucha atención todos los movimientos del P. Ferrero y de Silvestro y de las demás personas, y pasaban casi todo el tiempo mirando hacia un horizonte lejano en el mar.

Después de dos días le indicaron al P. Ferrero un puntito negro en lontananza. ¿Qué era? Dos Piraguas que venían y que los llenaban de alegría porque veían así cumplida su palabra.

Bajaron también estos indios a tierra, y comenzaron a decir también que eran buenos y que no tenían malas intenciones, y pidieron galletas, tabaco, pantalones; luego dijeron que el Capitán Antonio había muerto. Este Capitán Antonio era un indio que un comerciante lo había embarcado en un vapor de la línea Hamburgo-Valparaíso; pero que, al regresar, había vuelto a la selva. Los indios desde entonces lo estimaban mucho, porque sabía decir algunas palabras en inglés, y tenía un trato algo distinto. Ahora todas las tribus pequeñas hablan del

Capitán Antonio, su cacique, para hacer creer que ellas le estaban sometidas y que, por lo tanto, desearan ser bien tratadas. Pero el Capitán Antonio no había muerto... Convertido en ladrón y homicida, era perseguido por los soldados, y por eso debió alejarse para no caer en sus manos.

El P. Ferrero, en tanto, pensó en seguida en prepararles, con tablas y planchas de zinc, una casita. Y luego... el trabajo de asearlos. Se trataba de enseñarles a lavarse y especialmente a librarse el cuerpo de ciertos insectos que les infectaban la cabeza y las pieles que les servían de vestido.

Con señales les hicieron entender cómo tenían sucia la cabeza y que era necesario cortarse el cabello y botar esas pieles sucias; y les mostraban, entre tanto, ropas y abrigos rojos, y que se los darían si se dejaban asear. Entonces Silvestro se vistió con un manto rojo y comenzó a contonearse con alegría, gritando: "qué lindo, qué lindo". Surtió efecto la estratagema: se acercó un niño de unos quince años a que le cortasen el cabello. Silvestro lo lleva a unos 20 metros de allí junto al mar, y comienza a refregarlo con jabón desde la cabeza a los pies, y, bien lavado, lo envuelve en una sábana blanca y lo retira a un cuarto, le viste camisa, pantalones, chaqueta, y le pone en la cabeza un gorrito rojo muy mono. Después lo presenta a los indios, los cuales comienzan a gritar: "a mí, a mí", y todos a porfía quieren dejarse cortar el cabello, lavarse y vestirse como el primero.

En dos días se llevó a cabo la operación: todos quedaron limpios y contentos, y así quedaba la vía abierta a la misión espiritual. En total eran 17 indígenas.

El P. Ferrero, a imitación de Adán en el paraíso, comenzó a ponerles nombre a todos: Miguel, al jefe, a otros Manuel, Rafael, etc., y desde entonces cada cual se gloria de ser llamado con un nombre propio. Luego, ante una imagen de María Auxilia-

dora, nuestra buena y querida Mamá, les fue enseñando algunas invocaciones piadosas.

Y el domingo asistió a Misa toda esa nueva familia india, junto con todo el personal de la Misión. Fue admirable la atención con que seguían cada gesto, que todavía entendían poco o nada. Al retirarse de la capillita se fueron comentando alegres que ya tenían plena confianza de que no habría más enfermedades, porque el espíritu malo se había ido ya de esos lugares. . . .

Monseñor Fagnano estaba contento de cómo iban las cosas en Dawson. . . y también en Punta Arenas, en donde y a este propósito, el día 24 de mayo, Fiesta de María Auxiliadora, en la capillita salesiana de Punta Arenas hacía sus votos perpetuos el clérigo Fortunato Griffa, la primera Profesión de un salesiano en ese glorioso Estrecho.

Y, como en Dawson el trabajo aumentaba, Monseñor envió a otro salesiano más: el P. Bartolomé Pistone. Igualmente se dio cuenta de que la Bahía Willis, donde estaba la Misión de Dawson, no era lugar apto, determinó trasladarla a la Bahía Harris, a poca distancia de allí, y que contaba también con la ventaja de que hasta sus mismas playas podían entrar embarcaciones mayores. Y, sin más, se desarmó la casa, y sobre una balsa se la trasladó a destino. Se levantaron luego seis casas para los indios, una más grande para los misioneros.

Después de un año se hizo una capilla algo más grande, aulas para la escuela, dormitorios, comedores, tallercitos, sala para recreación, cocina, etc. Para las familias se construyeron otras 30 casas de dos compartimentos: cocina y dormitorio. Y luego, otras 30 más modestas para los indígenas recién llegados, aun enteramente duros, que no se adaptan aún a vivir en casa limpias, con puertas y ventanas.

En las primeras seis casas que se hicieron, los indígenas no quisieron habitarlas hasta que no se les quitaran las ventanas y puertas: "malo, malo", de-

cían. Fue necesario sacarlas para que se decidieran a entrar y habitar allí. Quizás creían que eran prisiones en que querían encerrarlos.

A esos recién llegados les gustaba hacer fuego en el medio de la casa, como hacían en sus toldos, en medio de una gran humareda. Había que dejarlos hacer a su gusto, si se los quería retener. Así, poco a poco, se fueron civilizando. Y así, año tras año, se fueron educando a casas limpias, con puertas, ventanas y cocina. Y entonces se los pasaba a casas mejores.

Los indígenas nunca habían visto cocer la carne en ollas (porque no tenían), ni jamás habían probado el caldo de esa carne y no sabían lo que era una sopa. Fue para ellos una novedad cuando vieron que el agua al hervir saltaba en la olla: reían como niños, y uno de ellos quiso una vez poner su mano en la olla, pero al sentir que se quemaba, empezó a gritarle a la olla: "mala, mala. . . Morder la mano. . . Demonio adentro". . . A todas las familias se les dieron ollas, cacerolas, platos, y se les enseñó a cocinar. ¡Qué felices se sentían al probar nuevos guisos! Dos veces al día se les repartían las raciones de carne y sopa (arroz, pastas, porotos, etc.), y ellos los cocinaban, bajo la mirada de una Hermana o de un Salesiano, hasta que aprendieron a hacerlo solo.

Asimismo, al principio no estaban acostumbrados al trabajo, y no se los obligaba. Se les pedía sólo, con buenos modales, que, día por medio y por turno, vinieran a la Misión a trabajar tres horas en la mañana o en la tarde, para ir acostumbrándolos poco a poco al trabajo. A medida que se iban adiestrando en estos trabajos, también les iban tomando gusto, y solos venían de buen grado todos los días. Se les daba instrucción religiosa dos veces al día, mañana y tarde, y se les enseñaban las oraciones del buen cristiano, haciéndose repetir muchas veces palabra por palabra.

Eran amados por los misioneros como hijos o

hermanos. Pero, extrañamente, ellos se mostraban siempre desconfiados, hoscos y recelosos, y no correspondían con igual confianza a los misioneros, que eran sus bienhechores. Por mucho que se les diera, jamás se mostraban agradecidos y siempre murmuraban entre dientes.

Demoró —y cuánto tiempo, paciencia y sacrificio— en aflorar en ellos la gratitud o el afecto, y en desaparecer el interés y la codicia.

Pero esto no desanimaba a los misioneros. El infatigable Monseñor Fagnano había conseguido, entre tanto, del Presidente Balmaceda 500 animales vacunos para llevar a Dawson para alimento de los indios, y la subvención de seis mil pesos. Además, el auxilio circunstancial de cualquier barco chileno que se hallara en Punta Arenas.

XXI.— EL HERMANO SILVESTRO.

1889.

Habían transcurrido siete meses desde que los primeros 17 Alakalufes vivían en la Misión de San Rafael. Se había agregado a la comunidad, como vimos, el Padre Bartolomé Pistone, salesiano muy activo y muy simpático a los indios. El 7 de septiembre, aprovechando que partía de regreso a Punta Arenas la goleta "La Fueguina", los trabajadores de la Misión pidieron permiso para ir allá con ocasión de las Fiestas Patrias de los días 18 y 19. El P. Pistone se ofreció de buenas ganas para quedarse con el Hermano Silvestre en la Misión, para que también el P. Ferrero pudiera viajar a Punta Arenas. Y así se hizo.

Al día siguiente, los 17 fueguinos sin decir nada, se alejaron por los montes, lo que causó extrañeza y pena a los dos salesianos.

Era astucia de los indios... porque meditaban un golpe artero, para apoderarse de la Misión.

El día 9 regresaron sólo seis hombres, y llegaron hasta la cocina donde trabajaba Silvestro. Este, al verlos, les ofreció de comer; pero ellos le dijeron casi a coro:

— Nosotros no querer comer; carne tuya querer comer...

El buen catequista creyó no haber entendido y no hizo caso de esa seria amenaza. El P. Pistone, apenas los vio, se les acercó con amabilidad preguntándoles por sus familias. Y ellos le respondieron con frialdad:

— Después venir... —Y se fueron. Allí concertaron su plan.

Hacia las 4 de la tarde regresaron en dos grupos de tres, y se dirigieron hacia los misioneros. El indio que se encontraba al centro de un grupo llevaba extendida en las manos una hermosa piel de nutria. Se acercaron los seis, con sonrisas, haciendo ademán de ofrecerles la piel. Mientras los misioneros observaban atentamente la hermosa piel, a la señal de uno de los indígenas, el famoso Capitán Antonio, improvisamente dos aferraron por las manos al P. Pistone y el de la piel sacó un gran cuchillo que llevaba oculto y asestó un feroz golpe en la garganta del misionero. El P. Pistone, cuando se percató de la maniobra, trató de esquivar el golpe, y gritó con toda su voz: "María Auxiliadora"... al mismo tiempo que torcía la cabeza para evitar el golpe. El cuchillo le rozó la cara haciéndole un tajo en el labio inferior hasta el mentón. Los asesinos huyeron. El P. Pistone conservó esa cicatriz, perpetuo recuerdo por toda su vida.

A Silvestro, con idéntica táctica, lo golpearon con una pesada hacha, que iba dirigida a su cabeza.

Pero él también con hercúleo esfuerzo logró zafarse de los que lo sujetaban, poniendo un brazo como escudo para protegerse la cabeza, gritando al mismo tiempo: "¡María Auxiliadora!". . . Así libró del golpe su cabeza, quedándole una leve herida en la frente; pero en cambio su brazo quedó gravemente herido, quizás quebrado. También estos indios huyeron hacia la selva. . .

Realmente fue un favor del cielo que estos dos misioneros quedaran con vida, si se considera que fueron atacados a traición por seis hombres robustos y armados. María Auxiliadora los salvó de una muerte segura.

Como quedaron los dos misioneros no es fácil describirlo: . . . El P. Pistone, lleno de gran pavor, se dio a una carrera loca por la orilla de la bahía, pidiendo auxilio a gritos, pues creía que aún lo perseguían. Silvestro, derribado en tierra, no se atrevía a levantarse, y temía por la vida del P. Pistone y éste por la de aquél. Después de unos minutos de incertidumbre, Silvestro pudo arrastrarse hasta la cocina, donde tenía una escopeta, y disparó al aire. . . Al oír estos disparos, el P. Pistone se reanimó, pues comprendió que sólo Silvestro podía haber disparado y no los indios, que no tenían armas ni sabían su manejo. Volvió de la playa y se unió a Silvestro. Después de cerciorarse de que no había en la cercanía ningún indio, y después de disparar varios tiros al aire, entraron a la casa y, como pudieron, se curaron y vendaron mutuamente las heridas. . . y se abandonaron enteramente en brazos de la Providencia.

Y llegó la noche. ¡Qué terrible debió serles esa noche, temblando de espanto, por el dolor de las heridas y temiendo a cada rato una nueva invasión. . . ¡Imposible pegar un ojo! Al menor ruido de hojas, a cada rumor del viento, o el ladrar de un perro, se imaginaban tener a los indígenas nuevamente al asalto. Para atemorizar a éstos y para dar-

se ánimo a sí mismos, dispararon toda la noche tiros de escopeta.

Y como Dios quiso, pasó esa noche que parecía eterna, y llegó el alba que los tranquilizó. Pero, ¿hasta cuándo duraría esa situación? ¿Cuándo llegaría hasta allí otra embarcación? Bien sabían qué difícil era encontrar en Punta Arenas aunque fuera un pequeño velero. De vapores, ni hablar. . . Y en tantos días, y en tantas noches, en ese lugar desierto, los indígenas, sabiéndolos solos, ¿no volverían quizás en mayor número? Dos días pasaron así solos los misioneros.

Finalmente, el 11, al amanecer vieron aparecer en la Bahía un barquichuelo. Era un cutter de loberos que venía de las Islas Malvinas rumbo a Punta Arenas. Eran tres hombres ingleses. Habían perdido la dirección, no tenían víveres ni agua potable a bordo, el viento los había arrastrado hasta allí. . . Sin saberlo, eran instrumentos de la Divina Providencia : los misioneros heridos encontraron en ellos valiosa ayuda, y los ingleses, víveres y dirección.

El P. Pistone hubiera descado que el Dorrá, que así se llamaba el cutter, se quedara hasta la llegada de otra embarcación de Punta Arenas. Pero los ingleses no podían esperar tanto tiempo, agregando que les parecía también urgente enviar desde Punta Arenas auxilio para la herida de Silvestro, que corría riesgo de gangrenarse.

Y era urgente también llevar la primera noticia de la sublevación de los indígenas a los salesianos de Punta Arenas.

Y siguieron viaje. El Dorrá llegó a Punta Arenas el 14, y dio la noticia. ¡Qué profundo dolor el de Monseñor y los demás salesianos! Hubieran querido correr luego en ayuda de los heridos. No había en ese momento ninguna nave que pudiera salir a la emergencia. Entonces se mandó de vuelta el mismo Dorrá con algunos víveres y medicamentos indispensables, en espera de una embarcación mayor.

En verdad, había una nave, el barco de guerra Angamos, anclado en Punta Arenas. Monseñor lo pidió, pero no lo consiguió. El coadjutor Tarable dejó escrito más tarde refiriéndose a este caso: "Monseñor por esto agonizó días enteros...".

El Dorrá llegaba a la Isla el 17. Después de algunos días de su partida, fondeaba en Punta Arenas la goleta "Florencia", de 4 ó 5 toneladas y sólo dos hombres de tripulación; tenían la cámara o bodega tan pequeña que las personas que viajaban no podían estar de pie. Monseñor la arrendó igualmente, y en ella zarparon para Dawson el P. Ferrero y algunos obreros, el día 17. ¡Qué terrible fue, especialmente para el P. Ferrero, ese viaje! Tuvo que sufrir horrible mareo y la grave incomodidad de una larga travesía en esa cáscara de nuez, terriblemente azotada por las olas, que a menudo la llevaban a las estrellas, para luego precipitarla al abismo. Los pasajeros, encerrados en ese pequeño e incómodo cuartucho, estaban tan apretujados que no se podían mover, y por dos largos días y dos noches tuvieron que quedarse casi continuamente en ese hoyo, sufriendo horriblemente el mareo, con peligro de irse a pique de un momento a otro.

El Dorrá entre tanto ya había llegado y había llevado la noticia de que en Punta Arenas no había barcos, y quizás hasta cuándo... Mientras las heridas de Silvestro tomaban mal cariz. Temiendo el peligro de una gangrena, se decidió enviarlo a Punta Arenas en el mismo Dorrá. Y así, el 18 volvía a viajar a Punta Arenas el cúter, llevando a bordo al hermano Silvestro, a pesar de que se presagiaba muy mal tiempo en el mar. Los ingleses, acostumbrados a las tormentas, no sufrían tanto, pero el bueno de Silvestro sufría horriblemente el mareo, además del dolor de las heridas. Y el cúter en el mar tan agitado parecía una pajita...

Después de tres días con sus noches de infierno, pasados a entera merced de las olas, haciendo

esfuerzos increíbles para avanzar, el barquito arrastrado al oeste de la isla, afortunadamente en un lugar sin rocas, pero de arena, y así se salvó de ser despedazado.

Los náufragos arrastraron el cúter a la playa y luego pensaron cómo pasar la noche en ese lugar desierto. Estaban completamente bañados de la cabeza a los pies, y habían perdido los pocos víveres que llevaban. Nevaba y soplabá un viento endiablado. Para engañar el hambre tuvieron que comer moluscos que se hallan adheridos a las piedras. . . Luego encendieron una fogata, en donde secaron sus ropas, y allí pasaron la noche, como mejor pudieron.

El día 21 de septiembre el mar amaneció más calmo, aunque no muy tranquilo, lo que los náufragos juzgaron debía aprovecharse para seguir viaje. Empujaron a duras penas el cúter hasta unos 50 metros de la playa, y en un pequeño chinchorro, en que apenas cabían dos hombres, irían a embarcarse. En el primer viaje subió el pobre Silvestro con un marino. Cuando el chinchorro distaba sólo pocos metros del cúter, una gruesa ola lo dio vuelta de campana, y los dos hombres se hundieron en el mar. Un momento después subió a superficie Silvestro nadando hacia la orilla, mientras el marino no aparecía. Su compañero que había quedado en tierra, viendo que no aparecía, se lanzó en su auxilio, y al fin lo salvó a la orilla.

Silvestro que al principio nadaba bien, quizás cansado, ya que tenía un solo brazo sano y disponible y también porque el agua helada le habrá entumecido enteramente los miembros, pronto desapareció. . . para siempre, y no fue posible encontrar su cadáver. . .

El mar, entre tanto, se fue encrespando y embraveció a tal punto que, cuando los loberos quisieron seguir el viaje, la tormenta los estrelló contra los peñascos e hizo añicos la embarcación.

Los marinos, viéndose solos, con terrible angus-

tia recorrieron a pie la larguísima playa hasta el lugar de la Misión, en donde dieron la tristísima noticia. . . Habían caminado tres días. Grande fue el dolor del P. Pistone al oír narrar el trágico fin de su fiel amigo y hermano. Lloró amargamente. . .

Mientras tanto la goleta "Florescia" había llegado el 19 a Dawson; pero ya no estaba el Dorrá. Volvió entonces a Punta Arenas, y como en el trayecto tampoco lo encontró, Monseñor Fagnano obtuvo del Gobernador que le enviara en su busca el escampavía "Toro", que acababa de llegar al puerto.

El tiempo estaba pésimo: nevaba, densa neblina cubría el horizonte, soplaba un viento helado, el mar estaba agitadísimo. A pesar de eso, Monseñor se embarcó con el hermano Bergese. El "Toro" llegó a Dawson de noche, y en la oscuridad pasó de largo sin reconocer la Bahía Harris, y llegaron a la Bahía Fox, bastante distante. Desandando el camino llegaron finalmente a la Misión. Como no había noticias del Dorrá, salieron a recorrer la costa, para volver desconsolados. En esos momentos llegaban también a la Misión los naufragos del cúter. . . Y allí se renovaron las escenas de dolor al oír narrar los pormenores de lo que fue el bautismo de sangre de la primera Misión salesiana en favor de los indios Alakufes de la Isla Dawson. . .

Tanto en Punta Arenas como en Buenos Aires se hicieron solemnes y sentidos funerales en sufragio del querido hermano fallecido. . .

Pero en la isla hubo también otro atentado, esta vez en la persona del P. Ferrero.

Por la estrechez del local, en los días festivos se celebraba la Misa en la única habitación que había, la que servía de oficina, de estudio, de comedor, de taller, de dormitorio y despensa de víveres.

Todos los domingos, mientras el Padre Ferrero celebraba la Misa, un indio llamado Jacinto, robaba galletas y otros víveres de los sacos abiertos que había allí. El P. Ferrero, avisado, llamó al indio y

le hizo entender que no debía robar: a todos se les daban víveres cada día, y si él tenía especial necesidad era suficiente que lo dijera, pero que no se apropiara solo. Jacinto no respondió nada, inclinó la cabeza y se fue a su casa, pero en su corazón meditaba una venganza. Tomó el arco y varias flechas y se ocultó tras unos matorrales en acecho del momento en que el P. Ferrero se le pusiera a tiro, para matarlo. Daniel, un indiecito de 12 años, se dio cuenta de todo y no lo perdía de vista, hasta que advirtió al P. Ferrero que no saliera de casa, porque corría peligro su vida. El P. Ferrero mandó a un hombre en busca de Jacinto, pues quería hablarle. Cuando lo tuvo en su presencia, le dijo severamente: —“Yo sé que tú tienes intención de matarme. . . Pero sábetelo que si tú me matas a mí, otros te van a matar a ti. Yo lo leo aquí en tu frente ésa tu mala intención. Pero, ay, de ti si lo haces. . .”. El indio quedó de una pieza al verse descubierto: y como no había manifestado a nadie lo que intentaba hacer, creyó verdaderamente que el P. Ferrero se lo había leído en la frente, y concibió un gran temor que le duró por siempre. Luego se echó de rodillas, pidiéndole perdón, y confesó que era verdad, pero que ya no lo haría más. Y le entregó al Padre el arco y las flechas, diciéndole: “Toma. . . tú ver todo aquí”, y le indicaba la frente. El P. Ferrero le perdonó cordialmente y fueron grandes amigos. El arco y las flechas se conservan como recuerdo en el Museo salesiano de Punta Arenas.

1889.

Ya iba terminando el año y los salesianos, sin desmayar, seguían trabajando, con el propósito de aprovechar la llegada del Mes de María (noviembre), para sacudir la modorra espiritual de la población.

Desde agosto de 1888 el P. Ferrero había sido nombrado Cura Vicario de la Vice-Parroquia de Punta Arenas, cuando el Pbro. Maringer (a quien los salesianos encontraron a su llegada a Punta Arenas), fue trasladado por su Obispo de Ancud, al norte. Y aunque el P. Ferrero el 3 de febrero de 1889 va a la Isla Dawson como Director de la Misión San Rafael, con todo sigue de vice-párroco, sustituido provisoriamente por el P. Mayorino Borgatello.

El Mes de María sería pues —así lo esperaban los salesianos—, el punto de partida de un despertar de fe en Punta Arenas. Es que los Misioneros no podían olvidar las palabras de Don Bosco moribundo: "...Recomiendo la devoción a María Auxiliadora y la frecuente Comunión. . . ¡ Oh, si supierais cuántas almas María Auxiliadora quiere ganar para el cielo por medio de los Salesianos! . . ."

A medida que se fueron organizando las asociaciones religiosas del Sagrado Corazón entre las mujeres, de la Inmaculada entre las jovencitas, de San José entre los hombres, y de San Luis entre los jóvenes, comenzó a aumentar la piedad. Comenzó a llenarse la iglesia los domingos y festivos y a ser insuficiente. En las funciones religiosas había cantos y música y predicación. Fue necesario —como se dijo—, ir ampliando siempre la pequeña capilla. . .

De este despertar de fe habla Monseñor Fagnano a don Rua en su carta del 4 de enero de 1890:

“... Hemos terminado el Mes de María y el año 1889, fecundo para esta Misión por el progreso en la salud de las almas. El día 8 de diciembre, consagrado a la Purísima, como se la llama aquí, hicimos la clausura del Mes. ¡Qué cambio en dos años! En la mañana hubo una Comunión numerosísima (¡ciento dos!), en medio del estupor de todo el pueblo, pues jamás se había visto un fervor religioso igual.

¡Con qué devoción se acercaron todos a los sacramentos, y con qué recogimiento! A las 10 hubo Misa solemne, con diácono y subdiácono y clero. El canto estuvo a cargo de la “schola cantorum” de las Hijas de María Auxiliadora.

En la tarde, procesión. Precedían la estatua de la Virgen las niñas de María Auxiliadora. El jefe militar mandó a 200 hombres a escoltar el anda. Todo el pueblo participó a esta demostración de afecto a la Virgen. “Verdaderamente ahora empezamos a recordar las procesiones religiosas de Valparaíso, Concepción, Santiago”, decían esos chilenos.

Otra noticia es que nuestro Oratorio festivo es frecuentado por más de cien niños, y otro tanto sucede con las niñas en su Oratorio...”.

XXIII.— “SAN RAFAEL” Y “EL BUEN PASTOR”.

1890.

Los hechos tristes de Dawson son demostración de que los misioneros tuvieron que sufrir también la mordedura de la ingratitud de parte de los indios a quienes ellos iban entregando sus energías y su vida. Pero no se desanimaron. Los sostenía el Señor, los sostenía María Auxiliadora y los animaba la figura y el recuerdo de Don Bosco. Tomaron, sí, al-

gunas precauciones para el futuro y se mostraron nobles y generosos con los mismos indígenas, los que, después de "aquello", se alejaron de la Misión, pero regresaron después de unos dos meses. Fueron recibidos como si nada hubiese pasado: Jamás una referencia. . .

Y el 23 de abril de 1890, Monseñor Fagnano decidió volver a la Misión de San Rafael. Yo mismo lo acompañé con cuatro Hijas de María Auxiliadora. Monseñor las llevaba para que hicieran su primera visita, conocieran esa vida, para ir también ellas a educar a las indiecitas.

A propósito de las Hijas de María Auxiliadora, me decía Monseñor Fagnano más tarde que, desde un principio se vio la necesidad de su insustituible cooperación. Llegando ellas a la Isla, cambió completamente el rostro de la Misión. A su abnegación y prolijidad se debió que hubo en todas partes orden, aseo, todo el esplendor y adorno posibles en la iglesita, sobre todo con ocasión de las festividades, lo que impresionaba grandemente a los indígenas.

Habíamos salido de Punta Arenas el 23 de abril, pero sólo el día siguiente llegamos al extremo norte de la isla, porque no había viento. Allí anclamos porque si no la gran corriente del sur nos habría devuelto a Punta Arenas.

A la mañana del 24, pues, pudimos seguir viaje, y llegamos a la Bahía Harris a eso de las 10 de la mañana, sin dejar de reparar que era día dedicado A M. Auxiliadora. Desde el barco veíamos a nuestros indígenas que en la playa aguardaban nuestra llegada. Nuestra embarcación había izado banderas y sobre la casa de la Misión ondeaba la bandera de Chile. Don Ferrero con la gente de servicio se había acercado a la playa. El capitán del barco dio orden de bajar la escalera, y descendimos a tierra, y empezamos con gran alegría a saludar a los indígenas, acariciando a los niños y anunciándoles a todos qué traíamos alimento y ropa para todos.

Con qué curiosidad miraban los indígenas ya a Monseñor, que llevaba montada sobre las narices esa cosa tan rara que eran los anteojos, y a las Hijas de María Auxiliadora, vestidas de una manera tan novedosa para ellos. Luego las bautizaron con el nombre de "pingüinos", por la semejanza del vestido blanco y negro con esas aves.

El P. Pistone nos salió a recibir, acompañado por los jefes de familia, y tras los saludos del caso, dio orden de que llevasen nuestros bultos a la casa, distante unos doscientos metros, y nosotros caminamos admirados de tanto progreso. Ya habían aumentado de 4 las casas para los indígenas. Se abrió una hermosa calle de veinte metros de ancho por doscientos de largo, toda aplanada y cubierta de cascajo como en las ciudades. A ambos lados se plantaron árboles, trasplantados de raíz desde el bosque. El conjunto era una maravilla.

Es que realmente el P. Pistone era todo: misionero, agrimensor, ingeniero, director de obras, y qué hermoso era ver que casi todos los obreros eran los mismos pobladores.

Llegamos a casa. El P. Ferrero se nos había adelantado y ya estaba distribuyendo arroz, porotos, galletas, carne... según el número de los componentes de cada familia. Y ya cada familia se cocinaba su propia comida. Muchos habían aprendido a usar la cuchara, y algunos hasta el tenedor.

La vida de los indígenas, cuando no están en la Misión es pescar y cazar. Y cuando están en la Misión, ya de madrugada van a buscar leña para el día, luego toman desayuno y se dedican a diversos trabajos con los salesianos, como abrir nuevos caminos, derribar árboles en el bosque... Los niños van a clases. Ciertamente no se puede pretender el silencio y el orden de los niños de ciudades, pero ya es mucho que permanezcan reunidos bajo un pórtico repitiendo lo que se les enseña. El horario se señala con una campana.

Tuvimos esos días la experiencia de la conducta de los indígenas ante la muerte y los funerales. A pesar de los cuidados que le prodigamos, en esos días murió un indio adulto. Le pudimos prestar los auxilios religiosos y sobre todo lo pudimos bautizar. Toda la familia del muerto y algunos vecinos se quedaron, según su costumbre, en torno de un gran fuego llorando y contemplando el cadáver tendido en el suelo en un ángulo de la casa, durante dos días y dos noches.

Más con señales que con palabras les traté de explicar que el cadáver debía sepultarse, pues el alma ya había ido al paraíso, por virtud del Bautismo.

El día del entierro, yo me revestí de paramentos sagrados y precedidos por una cruz llevada por un indio, nos encaminamos en procesión silenciosa, a orillas del mar, subiendo luego entre bosques a una pequeña colina, hasta el sepulcro. Era la primera vez que en esas soledades se hacía un cortejo semejante: la Iglesia acompañaba así con cariño a un hijo de esas tierras. Todos los indígenas se mostraban maravillados y contentos, especialmente los de la familia del difunto.

Y cuando, de modo especial durante las festividades religiosas, asistían a Misa, era notable la atención y seriedad con que seguían los movimientos en el altar. En cierta ocasión durante la Misa entonamos el canto "Corazón santo"...: cantamos solamente los salesianos y las Hermanas. Fue aquello un encanto para esos pobladores, que por primera vez oían un coro tan hermoso. Ellos también querían cantar y miraban el movimiento de los labios de los que cantábamos, y emitían una especie de murmullo en voz baja, para tomar parte también en el canto.

De vuelta en Punta Arenas, se decidió que las Hijas de M. Auxiliadora irían definitivamente y pronto. Al mes siguiente, en el vapor nacional "Toro", se llevó todo lo necesario para construir la Ca-

sa de las Hermanas, y en el siguiente viaje, el 22 de junio, llegaron a establecerse en Dawson las dos primeras Hermanas: Hna. Luisa Ruffino y la novicia Filomena Michetti, comenzando así las HH. de María Auxiliadora esa admirable Misión en esa Isla salesiana.

En la Misión, en su mayor parte, los indígenas se sentían felices de la nueva vida. La Misión de San Rafael, pues, tomó el aspecto de un pueblo ideal y bendito. Las Hermanas enseñaban a las mujeres a tener cuidado de la casa, a cocinar, a coser, a tejer. Empezaron a exigir a las indiecitas desde su llegada que usaran vestidos, en sustitución del cuero de guanaco; y hubieron de agotar todos los medios que sugiere la paciencia, cuando, les pusieron como obligación el baño a las recién llegadas, para sacar la grasa de ballena y de foca con que se untaban.

Las niñas aprendieron casi todas a coser bien, a lavar la ropa, a planchar, y las más grandes están encargadas, y lo hacen bien, de la cocina para todos.

Por su parte, los niños, fuera de las horas de clases, se ocupan con gusto en trabajos varios: cuidar los animales en el pastoreo, llevar leña a la casa, cortarla, ordeñar las vacas... Una docena de ellos también saben ayudar bien la Misa, y hacen con tanta devoción la Comunión que parece estar en una de las devotas parroquias de Europa. Y hasta saben actuar con mucha precisión en las Misas cantadas.

Este muy consolador progreso nos alienta mucha esperanza; porque estos indígenas con su palabra y, más aún, con su ejemplo, ayudarán mucho al misionero para atraer a muchos más.

Así, desde comienzos de 1890, aumentó muchísimo el número de los indígenas en la Misión de San Rafael, atraídos por la bondad de los misioneros, y al comprobar que en la Misión estaban bien, de cuerpo y de alma.

Sólo el tristemente célebre Capitán Antonio si-

guió ocasionando molestias: quería a toda costa acabar con la Misión; varias veces pretendió quemarla, pero buenos perros de guardia se lo impidieron, haciéndolo huir mientras se disparaban al aire tiros de escopeta. Por dos años más hizo el Capitán Antonio guerra a la Misión, matando con flecha animales o robando cuantos podía. Los misioneros hicieron de todo para tranquilizarlo y hacerlo amigo: le obsequiaban ropas, víveres; pero todo en vano. Nadie jamás lo vio sonreír. El pobre murió en una fenomenal reyerta entre Alakalufes y Onas. A su muerte muchos indígenas que le temían y hasta entonces no se habían atrevido acercarse a la Misión, abandonaron su vida nómada, y se refugiaron cerca de los misioneros. Se tuvieron que construir más de 60 casas para darles cabida a todos, y en algunas de ellas habitaban juntas hasta 4 familias. Los niños mayores de siete años fueron acogidos en el Colegio interno de la Misión y las niñas en el Colegio de M. Auxiliadora.

Cada día, al atardecer, se reunían los hombres en su salón llamado Club Social, y se les hacía una media hora de instrucción religiosa y luego se entretenían jugando o discutiendo amigablemente. Lo mismo hacían con las mujeres las Hermanas.

Entre los jovencitos mejor instruidos y más inteligentes se organizó una banda instrumental (unos 30 instrumentos), que dio óptimos resultados, y servía para alegrar la Misión en las principales fiestas del año y cuando la visitaba algún forastero.

Y fueron los niños los que al fin convencieron a sus padres de que no siguieran vagando por los cerros, sino que se quedaran en la Misión con los "capitanes buenos"...

Y una palabra sobre una sucursal de la Misión San Rafael. Para hacer frente a las grandes necesidades de alimento y sustento de los indios en la Misión, se pensó llevar allá animales, especialmente ovejas. Pero estos animales no podían quedar

cerca de la Misión en la Bahía Harris, por los muchos perros de los indios que las perseguían y mataban. La primera vez fue terrible. Se habían desembarcado 700 ovejas en la Bahía Harris, y ¡en un sólo día los perros de los indios mataron 300! Y ¡ay, si alguien se atreviera a matar a un perro indio! Habría costado una verdadera revolución, y los indígenas se alejarían de la Misión para nunca más volver.

Así sucedió una vez por haber matado uno de sus perros: todos se alejaron de la Misión por mucho tiempo. Fue necesario, para evitar todo esto, alejar las ovejas de allí, y llevarlas a la Punta San Valentín, a 17 millas de distancia, lugar apartado donde no llegan los perros. Esta Casa sucursal se llamará "El Buen Pastor". Allí hay algunos hermanos y hombres de servicio. Más tarde, Monseñor Fagnano, respondiendo a un deseo de las autoridades civiles de Punta Arenas y especialmente de los señores jueces letrados, abrió allí un asilo para niñas abandonadas y en peligro de dicha ciudad. Confió su cuidado a las Hijas de María Auxiliadora, quedando constituida así la nueva Casa del "Buen Pastor" en la Isla Dawson, ratificando una vez más su convicción de que la acción de los Salesianos sería muy limitada y de escaso rendimiento mientras no se cuente siempre con la ayuda de las Hijas de María Auxiliadora.

En Punta Arenas.— Era insuficiente, como dijimos, la capillita salesiana. Monseñor Fagnano, entonces, en enero de 1890 comenzó a edificar una más amplia, de madera. Una dama chilena, habiendo recibido un favor de M. Auxiliadora, quiso donar lo necesario para levantar la capilla dedicada a la Virgen de Don Bosco. Sobre el altar mayor hay una hermosa estatua de M. Auxiliadora, de tamaño natural. Es la Patrona de nuestras Misiones. Todo el pueblo participó en la inauguración. El mismo Gobernador, General Samuel Valdivieso y los 200 soldados de tropa acudieron especialmente invitados. Y evidentemente

te esto influyó poderosamente para enfervorizar a esos fríos feligreses. Tuvieron así los salesianos el consuelo de ver crecer la afluencia a las funciones de Iglesia. Ya vieron cómo poco a poco los hombres rompían el hielo de su indiferencia y se acercaban a los sacramentos. Veían qué cierto era aquello de que si los Salesianos trabajan de la mano con María Auxiliadora todo se hace más fácil...

En Santiago.— Pero si éstos eran grandes consuelos para Monseñor Fagnano, él no descansaba tranquilo, por algo que le urgía: tardaba mucho el Decreto de concesión de Dawson... Por eso determinó viajar a Santiago, y también para finiquitar mil asuntos para su obra.

El 2 de julio, con el P. Ferrero, se embarca en el "Magallanes". Desembarcan en Coronel, van a Concepción, luego a Talca, para llegar el 11 a Santiago.

El Presidente Balmaceda los recibió muy bien, y puso en manos de Monseñor el suspirado Decreto, que reza así:

"Se concede al R. P. José Fagnano, como superior de los misioneros salesianos que están avencidados en Punta Arenas, el uso y goce de la Isla Dawson, situada en el Estrecho de Magallanes, a fin de que establezcan en ella una capilla, una enfermería y una escuela destinada a la civilización de los indígenas, y las demás construcciones que crea necesario para la explotación de sus terrenos. Esta concesión se hace por el plazo de veinte años, contados desde la fecha en que se dé al mencionado P. Fagnano posesión de la mencionada Isla; pero si el Estado resolviera dar otro destino a los terrenos otorgados, podrá reivindicarlos dando al concesionario para los efectos del desahucio y con dos años de anticipación, el aviso correspondiente...".

Monseñor quedó en el Norte hasta noviembre, de ninguna manera ocioso. Consiguió, entre otras cosas, seis mil pesos para iniciar la construcción de la iglesia parroquial, además de mil pesos en materiales de construcción.

Llegó de regreso a Punta Arenas con el P. Ferrero el 5 de noviembre. Traía tres mil pesos en víveres para los indígenas. Tres días después comenzaba el Mes de María. No hay para qué decir que el Mes y sobre todo la Fiesta de Purísima se hicieron ese año con pompa extraordinaria.

En Dawson.— Al día siguiente, 9, en el transporte de guerra de la Armada nacional "Pilcomayo", Monseñor hizo una rápida excursión a la Isla Dawson. Lo acompañaban: el P. Pistone, que volvía después de haber permanecido un mes en Punta Arenas, el clérigo Griffa y 4 alumnos del Colegio de Punta Arenas, como paseo y premio.

Monseñor iba con el propósito de bendecir la nueva capilla de la Misión dedicada a San Rafael y para bautizar a los indígenas que ya estuviesen preparados.

En la Misión el personal había aumentado: había llegado: el P. Del Turco con los coadjutores Tarable y Forcina.

El 10 de diciembre Mons. bendijo la capilla, ante la presencia de autoridades civiles y militares de Punta Arenas, llegadas en el transporte de guerra. La capilla tenía forma de T, y estaba dedicada al Arcángel San Rafael, cuya estatua se veneraba en el altar mayor. La nave central estaba reservada a los indígenas, tanto adultos como menores. El brazo lateral de la izquierda era para las indias, atendidas por las Hermanas; el brazo lateral derecho servía de sacristía y lugar de concentración de los salesianos para sus prácticas de piedad, especialmente para la Meditación y la lectura espiritual.

Al mismo tiempo que Monseñor hacía esa visita a San Rafael, otro misionero, el P. Beauvoir vi-

sitaba la del Buen Pastor, en la Punta San Valentín, para predicar al personal allí establecido una pequeña misión de algunos días.

Después de más o menos un mes, los Misioneros regresan a Punta Arenas.

XXIV.— UNA NUEVA IGLESIA Y UNA GOLETA.

1891.

En enero del año 1891, Monseñor comienza a demoler la vieja iglesia parroquial de 1854. . . , para iniciar lo más pronto posible la construcción de la nueva sede parroquial, en un terreno frente a la plaza, que le había cedido el Gobernador don Samuel Valdivieso. Esta iglesia sería también de madera, pero cubierta externamente por planchas de zinc, y sus dimensiones serían: 30 m. de largo, 10 de ancho y 9 de alto. La torre se elevaría a 22 metros.

Se trabajó firme, y cuando al finalizar el año, se encontraba ya casi terminada, se supo que Monseñor Cagliero estaba en Santiago. Qué mejor ocasión para invitarlo a bendecir la nueva iglesia parroquial. Haría, además, otro motivo: el clérigo Fortunato Griffa había terminado el estudio de los Tratados de Teología, y podría ya ser ordenado sacerdote. Se echó, pues, a andar con más entusiasmo la construcción de la iglesia, y se cursó la invitación al Obispo salesiano. . .

Mientras tanto, Monseñor Fagnano recibía —el 8 de marzo de este año 1891—, un bastante nutrido contingente de misioneros de Italia: 7 salesianos y 5 Hijas de María Auxiliadora. Los salesianos eran: los PP. Juan Bernabé y Juan Fossati, y los coadju-

tores: Asvini, Sabaini, Ferrando, Sikora y Spinglio. Las Hijas de María Auxiliadora eran: las Hermanas Luisa Bosso, María Cabutti, Catalina Peli-setti, Juana Valgimigli y Antonieta Tapparello. Monseñor podía así pensar en la realización de sus grandes proyectos. Pero, en cambio, debió sufrir la separación del P. Ferrero que tuvo que trasladarse a Santiago, en busca de mejores climas para su salud resentida.

Monseñor estaba pendiente de todo. Más o menos cada mes había que aprovechar el viaje de algún barco a la Isla para enviar nuevas provisiones a San Rafael o al Buen Pastor. Qué consuelo cada vez para Monseñor y los misioneros poder bautizar, catequizar, preparar a la Primera Comunión o la Confirmación. Eran los frutos de un trabajo de semanas y meses.

Pero era engorrosa la contratación de esos transportes y los fletes, exorbitantes, a lo que hay que agregar los incidentes enojosos que se producían a menudo, por la mala voluntad de algunos tripulantes, lo que motivó que, en más de una oportunidad, no pudieron llegar a la Isla, quedándose por meses todos sus habitantes sin pan. . .

Monseñor desde tiempo soñaba con tener una embarcación propia. Se puso en las manos de la Providencia y arriesgó el golpe.

Así fue como en septiembre de 1891 envió al P. Beauvoir con el coadjutor Forcina, también experto hombre de mar, al norte a tratar la compra de una goleta, dándoles cartas de recomendación para algunos amigos. Y éstos, en realidad, le tendieron la mano generosamente. El Ministro del Interior, don Manuel Antonio Matta, le brindó gran acogida, le dijo que contara con la subvención de seis mil pesos anuales para la Misión, y luego espontáneamente le dio seis pasajes de primera para que pudiera viajar por Chile, en tren o en barco. Pero lo de la goleta demoraba. . . Y el tiempo pasaba. El P. Beauvoir y Forcina, entonces, viajaron a Ancud.

XXV.— MONSEÑOR CAGLIERO EN PUNTA ARENAS.

1892.

El Obispo salesiano, don Juan Cagliero, estaba, como dijimos, en Santiago. El 6 de enero de 1892, en nombre de la Congregación, recibía el "Asilo de la Patria", fundación del Pbro., futuro Obispo, chileno Ramón Angel Jara, junto al templo votivo "La Gratitude Nacional". Se hallaban presentes el Presidente de Chile, don Jorge Montt y distinguidas autoridades. "Desde el día en que llegamos a este sitio —dijo entre otras cosas el Pbro. orador Ramón Angel Jara —jamás se apagó nuestra plegaria porque llegó presto el día en que alzarán aquí sus tiendas estos obreros infatigables de la religión y del trabajo, estos humildes salesianos, que han sabido armonizar el himno místico del templo, con el ruido confuso del taller, la blanca nube del incienso, con las negras espirales que arroja de sus calderas el vapor... Y jamás me abandonó la confianza de que se realizara este deseo...".

Cuando en los días siguientes el Presidente concedió una entrevista a Mons. Cagliero, se expresó entusiasmado de la obra misionera de los salesianos en Punta Arenas, y al saber que Monseñor se disponía a viajar allá, prometió poner a su disposición la corbeta "Pilcomayo", anclada en Punta Arenas, para que navegara por el Estrecho, además de proporcionarle gentilmente pasaje de primera en la línea inglesa de navegación hasta Punta Arenas. Entonces el secretario del Obispo, el P. Luis Migone, escribió a Punta Arenas que viajaban. Se embarcaron en Talcahuano.

...Pero la carta no llegó, sino con el mismo vapor en que viajaba el Obispo con su secretario, por lo que su llegada fue inesperada e imprevista. Cuan-

do llegaron a la rada de Punta Arenas, el mar estaba agitadísimo y se había desencadenado un temporal de los mil demonios. El capitán insistía en que el Obispo debía bajar a tierra, a pesar del temporal, porque tenía apuro en seguir viaje hacia el norte. Mons. Cagliero, muy a su pesar, tuvo que subir a una pequeña embarcación y dirigirse en ella a tierra. Dos expertos marinos remaban y un tercero maniobraba el timón. Al llegar la barca ya muy cerca del muelle, las olas se hicieron cada vez más amenazadoras y parecían querer tragarla en sus abismos. Desde el muelle les lanzaron una gruesa cuerda y Monseñor se aferró a ella, se lanzó de un salto hacia las primeras gradas, pero desgraciadamente golpeó contra el canto de piedra con tanto fuerza que cayó tendido en la barca, casi desmayado de dolor. Fue un milagro que no cayera al mar, porque en ese mismo momento la barca se separó del muelle. En esto, una inmensa ola vino a romper contra la pobre barca y la cubrió completamente. También allí fue milagro que no se volcase, porque la ola la tomó de flanco. Mientras el mar seguía empeorando siempre más y no había manera de acercarse al muelle. De manera que lo aconsejable fue regresar al vapor. Después de algunas horas, en que algo se calmó el mar, Monseñor, con su secretario, pudo desembarcar y llegar al Colegio Salesiano. ¡Imagínarse la sorpresa! No fue, pues, posible hacerle el recibimiento programado, según merecía su rango. Era el primer Obispo que pisaba el Territorio de Magallanes.

Se apresuraron, entonces, con febril actividad los trabajos de la nueva iglesia, y se fijó para el 14 de febrero su bendición. El clérigo Griffa se dispuso a prepararse en retiro espiritual a su Ordenación sacerdotal.

Cuando llegó el día, desde el alba las campanas de la esbelta y nueva torre, anunciaron que había amanecido un día de gran fiesta. Había gran efer-

vescencia e insólito movimiento en la población: la bandera de Chile flameaba en los edificios. . .

La ceremonia fue un espectáculo jamás imaginado en esa apartada región. Sirvieron de padrinos de honor el señor Gobernador don Daniel Briceño y su señora. Las Hijas de María Auxiliadora y sus educandas tuvieron a su cargo los cantos sagrados acompañados de armonium, en buena entonación y armonía perfecta. La Ordenación sacerdotal fue emocionante. Era la primera Ordenación en el Estrecho.

Al final, Monseñor Cagliero dirigió una entusiasta alocución al pueblo felicitándolo por la fortuna de tener una nueva iglesia y un nuevo sacerdote, y manifestó la esperanza de que la nueva Casa de Dios se repletara siempre de fieles. . .

Pocos días después pudo Monseñor, por la cortesía del Presidente Montt, como dijimos, visitar la Misión de San Rafael. Su secretario, el P. Migone, así dejó escrito: ". . . A bordo de la "Pilcomayo" me conmovió la afabilidad del Comandante y quedé admirado al constatar la educación, actividad y disciplina de los marinos chilenos. La mar ese día estaba brava. Dicen que en esos parajes está siempre así. ¡Y nuestros pobres misioneros que la suelen atravesar muy a menudo en frágiles embarcaciones! Pero al doblar la Punta San Valentín las olas se calmaron. Sobre una loma, allá lejos, vimos los galpones de la residencia "Buen Pastor". En esta parte de la isla la Misión Salesiana mantiene el rebaño con que alimenta y viste a los indígenas. La "Pilcomayo" avanzó todavía unas quince millas por la Enseñada del Almirantazgo antes de avistar la Misión. Cuando, por fin, el caserío de San Rafael apareció a nuestros ojos, quedamos estupefactos ante el imprevisto espectáculo. La iglesia y los edificios de la Misión se levantaban en el centro de una planicie al pie de las verdes colinas que rodean la Bahía. Sobre un alto mástil flameaba la Bandera Chilena protegiendo con su sombra gran número de casas

perfectamente alineadas que, entre la playa y la iglesia, formaban el pueblo de los Indios Fueguinos. Estos, cuando la goleta embocó hacia el fondadero, se dirigieron rápidamente a la playa guiados por los Misioneros. Notamos desde el primer momento que esos Indios no tenían nada de dañino. Limpios y bien vestidos se nos acercaron teniendo el sombrero en la mano para decirnos en perfecto castellano: "Buenos días, señor", aunque el sol ya se estaba poniendo. Nos llamó la atención de que nadie llevaba zapatos. Nos dijeron los Misioneros que a pesar de muchos ensayos no había sido posible acostumbrar a los Alakalufes a que encerraran los pies en esos envoltorios que nosotros llamamos zapatos. . .

Los Misioneros les habían explicado la alta dignidad del Obispo visitante, Mons. Cagliero, salesiano, y ellos se acercaban tímidamente para besarle el anillo abriendo desmesuradamente los ojos y haciendo extravagantes muecas. . . reverenciales.

En la iglesia los oímos cantar "en latín". En las salas de clase, lindas y ordenadas, examinamos a los niños. ¡Qué bien leían el castellano! ¡Parecía imposible! Saben la Historia de Chile tan bien como un escolar de Santiago. Pero lo que más llama la atención son sus cuadernos de Dibujo y Caligrafía: no he visto iguales en ninguna parte. . .".

La visita de Monseñor Cagliero a Dawson dejó excelentes recuerdos por la simpatía de su trato sencillo y cariñoso. Monseñor Fagnano quiso aprovechar esa ocasión para que dos Hijas de María Auxiliadora, sor Polisetti y sor Valgimigli renovaran su Profesión religiosa, votos perpetuos, ante el representante del Rector Mayor.

Ya de regreso en Punta Arenas, Mons. con su secretario sólo esperaron el primer barco y viajaron a Buenos Aires.

Mientras tanto, el P. Beauvoir y el Hermano Forcina en Ancud habían dado cima a sus afanes: habían adquirido finalmente una goleta, "la Cristi-

na", de 3.500 toneladas, y bautizándola con el nombre de "María Auxiliadora", emprendían felices el viaje de regreso (después de 7 meses) a Punta Arenas, a donde llegaron, tras una horrible tempestad que sirvió de prueba de fuego de la nueva goleta, el 23 de abril.

Monseñor Fagnano estaba feliz. Ahora sí que sería fácil la atención de las dos Misiones. Los viajes ya pudieron hacerse casi cada semana, y el ahorro era incalculable.

Pero, qué cierto es aquello de que en la existencia humana se entretujan misteriosamente las penas y las alegrías...

XXVI.— PRUEBA DE FUEGO Y PRIMEROS LADRILLOS.

1892.

El 17 de junio, sólo 4 meses después, a eso de las 4 de la tarde, estalló un voraz incendio en la iglesia, que en pocos minutos arrasó no sólo con la iglesia, sino también con la Casa del Gobernador, el cuartel y una farmacia. La iglesia era, como todas, de madera, pero muy fuerte y bien construida, y había costado más de treinta mil pesos chilenos (cerca de cincuenta mil liras italianas), de los cuales el Gobierno chileno había dado seis mil, y todo el resto debían pagarlo los salesianos. Era verdaderamente una gran desgracia que hizo llorar amargamente a los pobres misioneros, porque, además del daño material, preveían un retroceso o retardo en el trabajo de redimir las almas de los indígenas. En ese momento la iglesia estaba desierta. El P.

Bernabé dirigía los trabajos del Colegio que se construía detrás de la iglesia. Sólo un cuarto de hora antes había dejado la iglesia, y no había novedad. Cuando de pronto oyó gritar: "Incendio en la iglesia", no pudo creer y se limitó a responder a esa voz: "¿Qué? ¡Eso no se dice ni por jugar!", tanto le parecía inverosímil. Pero cuando, alzando los ojos, vio un humo denso... lo primero que hizo fue sacar el SSmo. Sacramento con el tabernáculo y ponerlo a seguro. Se lograron sacar también algunos candelabros y las tres estatuas que había. Nada más se pudo hacer. El calor era sofocante. Escaseaba el agua. Todo ardió, hasta las seis campanas, derretidas como cera, el reloj, el armonium, los bancos... ¡Todo desapareció!... Por fortuna esa tarde no había viento, si no habría ardido todo el pueblo.

Respecto de este hecho, en su Crónica el P. Migone dejó escrito: "...Cuando estuvimos con Mons. Cagliero para la bendición de esa iglesia, mientras Mons. Fagnano nos iba mostrando los pormenores de la nueva obra arquitectónica, estaba lejos de pensar que dentro de pocos días un voraz incendio había de hacerle anotar un desengaño más en la ya larga lista de los que había sufrido... Más tarde contábame Monseñor que un paisano le había dicho: "Con mi ponchito hubiera podido apagar la primera llama, si me lo hubieran permitido..."

¡Cuánto se sufrió! Pero, después del primer desconcierto, los Misioneros dijeron como el santo Job: "El Señor nos lo dio, el Señor nos lo quitó. Hágase su santa voluntad".

Monseñor Fagnano, hombre hecho para los momentos difíciles, no se desalentó... Y comenzó a pensar en una iglesia... de ladrillos. Se le dijo que con esa tierra no se podían fabricar ladrillos. Pero la gloria de Dios lo exigía, y debía ser posible. Ese piamontés tenaz hizo varios ensayos. Se entendió con algunos jornaleros suizos y yugoslavos y les proporcionó los medios necesarios para que lleva-

ran a cabo ensayo tras ensayo. Los primeros ladrillos no dieron resultados. Pero, al fin, se hicieron, ¡y excelentes! Y Punta Arenas, por mérito de su Prefecto Apostólico, pudo ver surgir en su seno esa nueva industria. . . La construcción de la iglesia fue trabajo largo, casi de diez años; pero resultó un verdadero monumento de arte, digno de cualquier capital. El arquitecto fue el P. Juan Bernabé, humilde y genial, el hombre de confianza de Monseñor, y de quien, en honor a la verdad, hay que decir que todas las casas y las iglesias de la zona de Punta Arenas, Dawson, etc., son exclusivamente fruto de su ingenio.

Más tarde, siguiendo el ejemplo salesiano, el Gobernador edificó en ladrillo su palacio y otros edificios públicos, y muchos señores fabricaron suntuosos palacios y negocios. La industria es gloria personal de Monseñor Fagnano.

XXVII.— FUEGUINOS EN GENOVA.

1892.

El año 1892 América conmemoraba el IV Centenario del Descubrimiento de Colón. Como número especial, en Génova se quiso preparar una Exposición Universal. Habría un pabellón para las Misiones católicas, y los Salesianos fueron invitados a participar. Apenas el P. Beauvoir había regresado de Ancud con su goleta, Monseñor le dijo: "Mira, he pensado que debemos participar en la Exposición de Génova. Nosotros no podemos estar ausentes en este certamen mundial. Creo que tú podrías ocuparte del asunto. Eres el decano de los misioneros;

tienes 15 años de Misiones. Por un lado estás en condiciones de conocerlas a fondo, y por otro, deseo que vayas a visitar tu patria, después de tanto tiempo de ausencia”.

Ni una palabra más. En pocos días organizó el viaje. Iría con unos seis indígenas. Y emprendieron viaje a Montevideo, en donde se unieron a Monseñor Cagliero, que también viajaba a Italia para asistir al VI Capítulo General, y que también llevaba, a su vez, 3 indígenas. Llegaron a Génova el 6 de agosto, y el 21 del mismo mes se inauguró solemnemente la Exposición, que estuvo abierta durante dos largos meses. Los incontables visitantes miraban con curiosidad a los “indios”, situados en el pabellón de las Misiones. El P. Beauvoir tuvo que sufrir el interminable plantón diario (desde las 7 a las 19 hrs.) para contestar, en castellano, italiano y francés, informar y rectificar a los miles de visitantes cuyas preguntas a menudo eran verdaderas impertinencias. Las entradas (sólo a mitad del precio de los demás pabellones) sirvieron para pagar con creces los gastos del viaje. . .

Terminada la Exposición, el día 15 de noviembre los fueguinos fueron presentados por Monseñor Cagliero al Papa León XIII, que quedó muy impresionado y complacido de la visita, y les dio afectuosamente su bendición. El Papa quiso guardar la hoja en que uno de esos indicitos había leído un discursito (¡en italiano!) de salutación al Papa. . .

Y partieron de regreso a Punta Arenas el 6 de diciembre desde Génova junto con una numerosa expedición de misioneros. Eran 41 salesianos e Hijas de M. A. Hasta el Estrecho llegaron el P. Elías Priola, los acólitos Marabini, Zenone, Crema y Carnino, y los coadjutores Ocelli, Ronchi y Briatore, y los aspirantes salesianos Santiago y Antonio Bergia. Preciosa inyección de gente joven para la Prefectura Apostólica.

XXVIII.— UNA PRIMERA PIEDRA.

1892.

Entre tanto, Monseñor Fagnano el 20 de septiembre tenía la satisfacción de inaugurar el Colegio "San José" de Punta Arenas, cuyo salón principal fue provisoriamente destinado para iglesia parroquial, mientras se proyectaba el nuevo y definitivo templo parroquial. Padrino de la ceremonia de Bendición del nuevo Colegio fue el Gobernador del Territorio, don Manuel Señoret, que acababa de asumir el mando ese mismo día, de modo que ése fue el primer acto al que asistió oficialmente.

También, al finalizar ese año, se dio principio a la construcción de la iglesia parroquial. El día 8 de diciembre se bendijo solemnemente la piedra fundametnal, y el 28 se dio oficialmente el "vamos" a las obras.

A propósito de este don de iniciativa de Monseñor, debe consignar aquí que cuando sobre el riachuelo "Las minas" (que atraviesa la ciudad de Punta Arenas), no había puente, sino una pobre "pasarela", que desaparecía a cada crecida de agua, y su ausencia duraba mucho, Monseñor, con el consejo y ayuda del P. Bernabé, y con el aporte en dinero de los vecinos, logró construir (el año 1893) el puente que prestó y presta buenos servicios, y que entonces la población bautizó con el nombre de "el puente de los padres".

XXIX.— INOLVIDABLE PROCESION EN DAWSON.

1892.

Sin duda alguna la erección de la nueva capilla bendecida hacía un año influyó muchísimo en la piedad en la Misión. Es así como este año, 1892, quiso el P. Pistone, Director, darle toda solemnidad y brillo al mes de María y a su Fiesta. Y nada mejor, pensó, que una espléndida procesión con la estatua de María Auxiliadora, el día 8. Y así se hizo. Fue algo jamás visto en esas soledades: los indígenas quedaron admirados, y los salesianos archicontentos. Adelante, tras la cruz entre cirios, iba el pequeño clero de indiecitos con sotana y roquete, y luego un grupo de jóvenes indígenas a caballo. Después venían las niñas y mujeres, también ordenadamente de a dos, guiadas por las Hermanas, y más atrás los jóvenes y los hombres. Finalmente, el anda con la estatua de María Auxiliadora de tamaño natural, llevada por cuatro robustos indígenas de los canales, y escoltada por cuatro salesianos a caballo. Cerraba la procesión la banda de los pobladores de la isla.

La procesión rodeó la plaza, y luego se dirigió hacia la playa, y, al regresar, se detuvo en la entrada de la calle central, donde el P. Pistone pronunció un vibrante y brillante discurso sobre la Virgen, concluyéndolo con la consagración de todos los corazones de los presentes y de toda la isla a María Auxiliadora. Con ardientes palabras arengó a los indígenas, para concluir diciendo: "...En este momento yo consagro toda esta isla a María Auxiliadora... a los presentes y a los ausentes... Y ahora, a los pies de María Auxiliadora, ¿juráis todos que seréis siempre buenos?... Y levantad los brazos en señal de aprobación, y gritad conmigo: "Sí, ¡lo juramos!"

Un coro de centenares de voces resonó en la plaza, y en la orilla del mar, repitiendo: "¡Sí, lo juramos!... ¡Sí, lo juramos!... ¡Viva María Auxiliadora!...".

Fue ése un momento de universal expansión. La banda entonces entonó lo que el P. Pistone llamaba el himno de la Misión, cantado a coro por todos los indígenas: "Con el ángel de María...".

El recuerdo de ese día no se olvidará jamás, sobre todo en el corazón de Monseñor Fagnano, que cuando lo supo se enterneció hasta las lágrimas...

XXX.— LOS ONAS.

1893.

Monseñor Fagnano era un apóstol insaciable. Y así salió a recorrer los canales y tierras en busca de más indios. En una de esas excursiones, en el vaporcito "Ventura", acompañado por el coadjutor Asvini y algunos indios amigos "intérpretes", encontró en el canal "Santa Bárbara", junto con otros 13 indígenas famélicos y completamente desnudos, a uno que le hizo entender que había perdido a su mujer, y así era en efecto, pues llevaba en sus brazos una criatura de pocos meses, que lloraba continuamente. Asvini tenía entre sus provisiones una botella de leche, que fue la Providencia para la pequeña.

Siguiendo más adelante, llegaron al islote Carlos III y encontraron a 4 indígenas, que a su vez indicaron el paradero en otro islote de otros 15, entre hombres, mujeres y niños, desnudos y demacrados hasta la compasión. Y todos ellos, tras la primera reacción de desconfianza, subieron alegres al vapor-

cito, llevando pieles y hasta los perros. ¡Qué consuelo experimenta el misionero en esos casos cuando ve acudir así a la Misión a esos pobres habitantes australes que parecían destinados a sucumbir en esas soledades! Aquel pobre indígena encontró al fin a su esposa; una de las mujeres encontró a su hijo... Y cuando el vapor "Ventura" llegó a San Rafael era de ver a todos esos habitantes de la Misión tratando felices de invitar a alguien de los recién llegados o a algún pariente o a algún amigo a vivir con ellos en su casa. Y los misioneros, felices de haber encontrado más almas para Dios.

El feliz resultado de la Misión de los Alakalufes y Yaganes de la Isla Dawson, asicateó a Monseñor a organizar otra en la Isla Grande de la Tierra del Fuego entre los Onas, quizás más desamparados que los mismos Alakalufes, aunque más mansos y dóciles. Los Onas son de cuerpo bien conformado, y son inteligentes y capaces de instrucción.

Los ONAS habitan la Isla Grande de Tierra del Fuego. Son una hermosa raza de gente robusta, de gran estatura (de 1,74 a 2 metros), corpulentos y simpáticos. Tienen muy buena vista, increíblemente aguzada. En el manejo del arco son de una habilidad extraordinaria. Tienen un ojo excelente y gran fuerza en el brazo, llegando con la flecha a 200 ó 300 metros.

Son de buen corazón, amables con los que lo tratan bien. Se muestran alegres, sonrientes, raramente serios.

Los hombres visten una piel de guanaco viejo, porque es más grande y firme, y la llevan con el pelaje afuera ("...porque así lo llevan los guanacos..."). En las caminatas van siempre en "fila india", pisando todos en la misma huella.

Es absolutamente falsa la versión de que son antropófagos.

La avaricia de los invasores de sus tierras obra

ba allí un fatal exterminio, y se organizaba contra los indígenas una verdadera caza como de animales feroces. Hasta llegó a pagarse una libra esterlina por una cabeza de indio. Monseñor había efectuado ya dos incursiones por esas tierras, incursiones llenas de peligros, trabajos, tempestades, y también grandes consuelos, en busca de esos queridos indios.

Al fin, después de mucho andar y mucho bregar, el lugar elegido para la Misión, fue cerca del Río Grande (el más grande de la Tierra del Fuego), en la parte argentina, al norte del cabo Peñas.

Cumplido, pues, el fin de su viaje, Monseñor se aprestaba ya a regresar a Punta Arenas para organizar la nueva Misión, cuando llegaron a sus oídos noticias del mal trato a los indios de parte de algunos europeos vecindados cerca de los montes que circundan el norte de Tierra del Fuego, sobre el Estrecho de Magallanes. El Gobierno de Chile había concedido en el Estrecho más de 200.000 hectáreas de terreno a dos sociedades europeas importadoras de ovejas. Los indios, que en los faldeos de esos montes viven de los guanacos y de la pesca, de los moluscos del mar, fueron arrojados de allí, y tuvieron que replegarse al sur, en donde había menos guanacos y no había playa. Comenzaron entonces a hostigar a los pastores, robándoles ovejas ("guanacos blancos") y caballos, y rompiendo los cercos. De ahí la guerra, en que el indio pierde la vida, y los pastores las ovejas.

Ciertamente no hay que justificar de ninguna manera el hecho de que 20 ó 30 indios roben 500 ó 1.000 ovejas, rompiéndoles las patas; pero tampoco se puede defender al hombre civilizado, al pastor que por negligencia o pereza no guarda su rebaño, y luego sale a matar a cualquier indio que encuentre, y más aún persigue y bárbaramente castiga a hombres, mujeres y niños. Además de eso, como en esa parte norte de la Tierra del Fuego se encontró oro en el lecho de riachuelos, de todas partes acude

gente que no era lo más moralmente sana del mundo, y cometía atroces infamias en contra de pobres familias, fácil presa de cualquier engaño. De allí el temor de estos indígenas contra el blanco y el civilizado. Y si se agrega a todo esto, que el guanaco perseguido por los perros de los cazadores ya no se deja acercar tanto por el indio, el que por esto sufre hambre, se ve que el indígena es, en cierta manera, excusable en su conducta contra el civilizado. Verdaderamente se han contado crueldades sin nombre cometidas por los europeos y se han comprobado muertes y estragos tales, que se hace necesaria la fundación de esta nueva Misión.

... Pero Monseñor Fagnano no viajará con ellos. La razón es muy simple y de mucho peso. Le llega sorpresivamente una orden de los Superiores salesianos desde Turín: las Casas de Concepción, Talca, Santiago y Lima dejan de formar parte de la Inspectoría argentina para integrarse a la Prefectura Apóstolica de Monseñor Fagnano, que sería su nuevo Inspector. Esto naturalmente venía a frenar bastante el febril movimiento de tantos planes de Monseñor en el Sur. Por casi tres años debería alejarse bastante de donde tan necesaria era su presencia. La Inspectoría de Chile y Perú era una obediencia. Y Monseñor Fagnano también en obedecer fue grande.

Con todo, antes de viajar al Norte para ponerse en contacto con su nueva Inspectoría, prepara la última expedición, que debía fundar la nueva Misión para los Onas.

El 29 de mayo está todo dispuesto para partir de Punta Arenas. Se contrató el vapor "Amadeo" por 562 francos al día, además de las fuertes propinas que era necesario dar a todos los empleados de a bordo, desde el comandante hasta el pinche de cocina, si se quería un servicio menos malo. Se partió el 9 de junio.

Eran de la partida: el P. Beauvoir, como Director; el P. Juan Bernabé, arquitecto que dirigirá to-

dos los trabajos; los coadjutores Antonio Bergese, catequista y maestro carpintero, Pablo Ronchi, catequista y cocinero, Juan Ferrando, catequista y pastor, con algunos obreros, cuatro carpinteros y un intérprete. El barco parecía un Arca de Noé por la variedad y cantidad de cosas embarcadas: 32 vacas, 12 terneros, algunas cabras, perros de caza, de pastoreo y guardianes, maderas de construcción, tres mil tablas, planchas de zinc. . . En resumen: todo lo necesario para un año y cien personas en un lugar aislado.

El viaje de ida y regreso, cargar y descargar, duró nada menos que 34 días. . . El motivo es que no se trabaja sino desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde. . . Lo peor fue que llegando a la entrada del Río Grande y, por lo tanto, cerca del lugar donde se debía descargar pasajeros y carga, el capitán se negó a seguir, aduciendo como excusa que no conocía el lugar, y que la orden del armador era no entrar sino a condición de que se asegurara el vapor. Los misioneros no quisieron arriesgarse a tan duras condiciones, tanto más que la conducta del oficial daba pie para dudar de sus buenas intenciones. Entonces el capitán dio orden de regresar a Punta Arenas sin hacer caso de razones de los misioneros. En el regreso, al llegar a la altura de la Bahía de San Sebastián, el P. Beauvoir rogó al capitán permitiera descargar a lo menos algo en esa Bahía, tanto para tomar posesión de la isla. Accedió el capitán, pero de tan mal talante que parecía que más bien quería irritarlos. Primero descargó las tres mil tablas sobre ocho balsas improvisadas, y las abandonó a merced de las olas, en vez de remolcarlas, como aconsejaba la prudencia, y las olas las internaron en alta mar, y se perdieron. Después descargó gran cantidad de planchas de zinc sobre una barcaza del vapor, la que con ese sobrepeso se hundió para siempre ante los mismos ojos del capitán y sus marinos. Por añadidura hubo de pagar la barcaza. . . Se desembarcaron las vacas, dos de las cua-

les se ahogaron porque habían sido amarradas a una pequeña barca, cargada de víveres y que era propiedad de la Misión. La barca se dio vuelta de campana y poco faltó que se ahogara también el coadjutor Bergese que estaba en ella y que se salvó nadando; pero se perdió la barca y los víveres todos. Se desembarcaron luego algunos caballos y cabras. Bajaron el P. Beauvoir, Bergese, Ronchi y Ferrando con dos pastores, y quedaron allí en ese lugar llamado Carmen Sylva, y el P. Bernabé con el resto de la gente siguió el viaje de vuelta a Punta Arenas.

Entre tanto, los Misioneros desembarcaron en la Bahía San Sebastián se instalaron provisoriamente y construyeron como pudieron dos casuchas que poco o nada los repararon de los vientos, de la lluvia, de la nieve... En esas condiciones tuvieron que pasar todo el invierno que fue crudísimo (¡a veces veinte grados bajo cero!). Cinco meses de privaciones y sufrimientos sin cuento. Vivían de carne de guanaco... ¡Qué lentos pasaron esos meses!, mientras el P. Bernabé llegaba a Punta Arenas, daba la noticia a los salesianos, el P. Beauvoir envió algunas cartas a Punta Arenas por medio de algunos pastores que pasaban; pero parece que esas cartas no llegaron. Y los víveres escaseaban. Hasta que el P. Beauvoir, no viendo auxilio por ningún lado, decidió ir a Punta Arenas. Eran los últimos días de septiembre... En cuatro días de a caballo llegó a Punta Arenas...

Y allí supo la causa de la tardanza: ningún barco se atrevía a lanzarse al mar en una estación tan tempestuosa. Pero el P. Beauvoir sabía el estado lastimero en que habían quedado sus compañeros... Entonces, a pesar de quienes querían disuadirlo, subió a la goleta "María Auxiliadora", contrató otra, también pequeña, las cargó de víveres, tablas y caballos, y, encomendándose a las oraciones de los salesianos y niños, en el nombre del Señor, partió

el 27 de octubre rumbo a la Misión... A pesar de los vientos, lluvias, tormentas..., las dos pequeñas goletas, ciertamente guiadas por María Auxiliadora..., llegaron a la Bahía San Sebastián, en donde fueron recibidos como ángeles salvadores. Subieron todos a bordo, y continuaron hacia Río Grande. Y felizmente, el 11 de noviembre llegaron... dando gracias a Dios y su Santa Madre, y echaron así los fundamentos de una nueva Misión que, en cumplimiento de una promesa hecha por Monseñor Fagnano cuatro años antes, se llamaría de "La Candelaria"...

En efecto, el 2 de febrero, día de la Candelaria, del año 1889, cuando se preparaba el zarpe desde Punta Arenas para fundar la Misión de la Isla Dawson (que debía llamarse de San Rafael), mientras se embarcaban víveres y animales, una vaca salvaje, acosada por los perros, furiosa persiguió al P. Ferrero. Cuando ya le daba alcance, el Padre tropezó y cayó a tierra. El animal, en vez de embestirlo, como se suponía, continuó su desenfundada carrera, sin ni tocar al P. Ferrero. Monseñor, que presenciaba la escena, hizo en esos momentos la promesa a la Virgen de poner el nombre de la Candelaria a la primera misión que se fundara después de Dawson. Fue en realidad una hermosa gracia de la Virgen, no sólo respecto a la persona del P. Ferrero, sino porque si éste hubiera quedado muerto o mal herido, se habría debido suspender la Misión hasta quizás cuándo, no habiendo más personal disponible.

A principios de 1895 ya el P. Bernabé había terminado las respectivas edificaciones. Las primeras Hijas de M. Auxiliadora que llegaron a esa Misión fueron: sor Luisa Ruffino, su primera Directora, y sor Rosa Masobrio y sor Rosa Gutiérrez. Esta última era chilena. El viaje desde Punta Arenas duró un mes. Durante él, en el vapor "Torino", estuvieron varias veces en peligro de zozobrar, pero la bondad de M. Auxiliadora las libró milagrosamente. Las

Hermanas pudieron asilar desde el comienzo a unas 20 indiecitas, a las que enseñaron, además de la Religión, las primeras letras y primorosos trabajos manuales. Otro tanto hicieron los Salesianos con igual número de indígenas.

Es de imaginar la alegría del buen Monseñor al recibir la noticia de esa fundación. . . De mil amores hubiera deseado estar allí con sus misioneros. Pero por el momento eso no era posible. Había hecho, sí, un viaje relámpago a Punta Arenas, requerido cariñosamente por los Salesianos e Hijas de M. Auxiliadora: querían tenerlo consigo unos días para celebrar sus 25 años de Ordenación Sacerdotal. Hubo en su torno, el 19 de septiembre, mucha fiesta, mucha alegría y mucha emoción, especialmente al recibir el homenaje de sus indiecitos. . . Pero en el primer vapor debió volver a Santiago.

XXXI.— EN PLENA MISION DE LA CANDELARIA.

1894.

Fundada ya la nueva Misión. . . ahora —a atraer a los indígenas! A fe que la protección de lo alto y la virtud de los Misioneros hicieron milagros. A la vuelta de un año ya había 170 indios en la Candelaria. Pero, junto con esta noticia, el P. Beauvoir escribía en abril a Monseñor Fagnano: “. . . ¿y dónde hallaremos víveres para tantos? Sería el caso de pedirle al Señor la gracia de multiplicar lo poco que tenemos. Y note que estos indígenas no son los que vimos en nuestra exploración del año pasado ¿Qué haremos cuando lleguen también ellos? Además, pa-

ra atender como conviene a la civilización de todos estos indios, niños, hombres y mujeres, no basta el personal presente. Sé que Ud. hace todo lo que puede por esta importante Misión; pero ahora es absolutamente necesario dirigirse a los Superiores de Turín para que nos ayuden extraordinariamente y con urgencia". Y poco después, en mayo, le volvía a escribir que ya eran 350. Es que, en realidad, no fueron fáciles los comienzos. Los Salesianos debían ingeniárselas con gran esfuerzo para proporcionar casa, vestido y comida a los indígenas y al personal, en un período en que había que sacrificar varios animales al día, y los piños eran reducidos y no siempre era posible adquirir animales en las estancias vecinas, también en época de cimentarse y organizarse. Monseñor Fagnano hubo por ello de acudir a empréstitos bancarios, los que habían de ser hasta sus últimos días su cruel e inseparable pesadilla.

Y un poco después, en mayo también, Monseñor le escribía a don Rua: "...Yo hago cuanto puedo para enviarles lo necesario, aun contrayendo nuevas deudas. Compré cincuenta novillos y se los mandé; ahora estoy tratando la compra de quinientas vacas y cuanto me sea posible obtener a crédito en esta plaza: cargaremos un barco y lo enviaremos a Tierra del Fuego. Luego... tendremos que dirigirnos a Turín para acarrearle alguna molestia a Ud., señor Don Rua... Pero para sostener esta Misión, es indispensable un vapor adaptado para entrar en el Río Grande. Se trata, ciertamente, de un desembolso ingente, pero absolutamente necesario". Y apenas Monseñor obtuvo la aprobación superior, se puso luego en movimiento.

En primer lugar hizo un empréstito con el Banco de Chile, y en seguida de Santiago pasó a Buenos Aires, y allí encontró finalmente un vapor que le convenía. Lo compró a medias con don Máximo Gili, comerciante turinés de P. Arenas. El barco era

de 150 toneladas, pero podía cargar más de 200 300. Era de construcción maciza y de escaso calac y muy a propósito para entrar en el Río Grande, donde está la Misión. Les costó 60.000 pesos argentinos. Le pusieron el nombre de "Torino", sede de la Pía Sociedad y patria del Sr. Gilli. Llegaron a Punta Arenas el 17 de julio de ese 1894, y dos días después cargó 30 vacunos para la Misión de Dawson. A su regreso cargó maderas y víveres en gran cantidad y partieron a Río Grande. Era el 22 de julio. Iban con Monseñor, el P. Pistone y el coadj. Forcina.

En el viaje los recibió (¡por supuesto!) una espantosa borrasca. . . Pero al fin llegaron. . . a la boca del río. Cuando, al fin, entró. . ., "lloré de consuelo —dice Mons. escribiéndole a don Rua—, porque entrar nuestro vapor era asegurar la vida de la Candelaria y la conversión de los innumerables Onas. . .".

Y para qué decir cómo la llegada de Monseñor con todo bien de Dios fue una fiesta para esos indiecitos. Es curioso cómo aprendieron pronto a pronunciar la palabra Torino. Por la dificultad que tienen de pronunciar la e, ellos al rezar el Padre Nuestro dicen "Vénganos tu-rino", también porque no saben qué es el "reino". Pero saben bien que el Torino les trae muchas cosas buenas. . . y entonces rezan: "Vengo a nos el Torino. . .".

Monseñor pasó una semana en Río Grande, y aprovechó para dictar los Ejercicios Espirituales a los Salesianos. Y el 17 de agosto emprendió el regreso, con el alma henchida de felicidad, y prometiendo volver pronto. . .

XXXII.— PROGRESOS EN DAWSON.

1894.

Llegó a Punta Arenas a las 10 de la noche con viento huracanado y nevando. Y en el mismo vapor, y con el tiempo apenas suficiente para cargar víveres, partía luego a Dawson con el P. Pistone y el P. Scagliola. Todo el viaje fue fríísimo, entre ráfagas de nieve.

Pero su consuelo fue inmenso cuando vio los progresos de esa querida Misión. Ante todo vio un hermoso muelle de 30 metros de largo, firme y cómodo para las operaciones de embarque. Del muelle se abre luego una larga y ancha avenida que conduce a la iglesia, hermosa y elegante, con gran capacidad y con un cómodo coro. La iglesia, la casa de los misioneros y de las Hijas de M. Auxiliadora están rodeadas por hermosas construcciones para clases, talleres, dormitorios, hospital, panadería, matadero, y un poco distantes del muelle hay grupos simétricos de casas donde habitan familias de indígenas. Tras una colina hay un digno cementerio.

Todo indica progreso. Los indios allí cobijados poco a poco se van acostumbrando a la vida civilizada; más aún: varios de ellos han cobrado tanto amor al nuevo estilo de vida cristiana que, deseosos de participar a otros del beneficio de la religión y de la civilización, piden permiso a los Misioneros para salir en busca de otros indígenas que aún nada saben de todo eso...

La Divina Providencia proporciona a Monseñor y a los salesianos grandes consuelos: en diversas ocasiones, al ir al encuentro de caravanas de indígenas que se acercaban por primera vez a la Misión, pudieron comprobar que algunos, especialmente entre los niños, sabían de memoria el Padre Nuestro... ¿Quién se los había enseñado? —Pues aquellos mis-

mos indígenas que habían pasado algún tiempo en la Misión. Al regresar a sus respectivas tribus habían cumplido con una obra de misericordia: enseñar al que no sabe. Se realizaba además, con esto, el ideal de Don Bosco: salvar al indígena por medio del indígena. . .

XXXIII.— LA BANDA DE MUSICOS INDIGENAS.

1894.

El señor Gobernador civil de Punta Arenas, don Manuel Señoret, que había oído tocar la banda instrumental de Dawson, rogó a Monseñor Fagnano que la trajera a P. Arenas para las Fiestas Patrias, en los días 17, 18 y 19 de septiembre.

Puso a su disposición un barco del Gobierno. Al saber la noticia, a esos buenos indiecitos no les parecía cierto: ¡ir a la ciudad de Punta Arenas, de la que habían oído hablar tantas veces, y además viajar en vapor y hacerse conocer como buenos músicos!. Eran 28 los de la banda. Y a fe que tocaban bien. En los tres días de Fiestas Patrias en Punta Arenas tocaron en la Plaza pública, y luego durante la distribución de los premios a los estudiantes puntarenenses, y en la Casa del Gobernador durante un homenaje ofrecido a las autoridades, cosechando siempre entusiastas aplausos y causando admiración. Todos querían verlos, abrazarlos, colmarlos de regalos. También tocaron en la iglesia durante las funciones sagradas, trozos religiosos y acompañaron cantos sacros. Tenían un repertorio de más de 20 piezas, hermosas y de buen efecto. Su maestro Lamfranchi tiene mucha paciencia y mucha habilidad.

¿Quién hubiera dicho hacía tres años, cuando estos pequeños indígenas erraban por los montes, casi desnudos, ignorantes de todo, que en tan breve tiempo habrían llegado a ser tan expertos músicos? ¡Parecía un sueño! Y con todo, es realidad tan cierta y tan segura que, mientras colma el corazón del misionero de inefable consolación, causa maravilla a los que quizás pensaron que era imposible la civilización de indios fueguinos.

Esos indiccitos, en los pocos días que permanecieron en P. Arenas, edificaron a todos con su conducta en las sacras funciones de iglesia. A más de uno de estos habitantes hizo brotar lágrimas de emoción la angelical compostura con que se acercaban a recibir la Santa Comunión, y la precisión con que ayudaban la Misa, y estidos de sotana y roquete como cabales monaguillos. Muchas mamás los proponían como modelos a sus hijos...

XXXIV.— EN EL NORTE.

1894.

Pero Monseñor Fagnano debía multiplicarse. Tan pronto estaba entre sus salesianos e indígenas de la Patagonia como debía viajar al Norte para atender a su flamante Inspectoría, que esperaba su impulso, su apoyo y su vitalidad salesiana. Y es así como lo vemos nuevamente en Santiago. Ese año 1894 se entregaba a los Salesianos el Colegio "El Patrocinio de San José", fundado por el distinguido sacerdote santiaguino don Blas Cañas, llamado "el Don Bosco de Santiago", y le correspondió a Monseñor Fagnano asumir su inmediata dirección. Sus

primeros colaboradores fueron: el P. Víctor Durando, como Administrador y, de hecho, Director (ya que a Monseñor le resultaba imposible serlo estable), el P. Juan Zin, como catequista, y el clérigo uruguayo Luis Héctor Salaberry, como consejero escolar. El Colegio estaba situado en la calle Santa Rosa 132, y en sus patios funcionó desde las primeras semanas un Oratorio festivo...

En el último sueño misionero, que tuvo Don Bosco en Barcelona el año 1886, Valparaíso aparecía como futuro centro de actividad salesiana, a orillas del Pacífico. Los salesianos eran, pues, muy esperados. Pocos meses antes de la muerte de Don Bosco, una benemérita dama chilena había dejado en testamento un legado... "hasta que llegaran los hijos de Don Bosco, amén de la suma de seis mil pesos para el viaje de los Misioneros de Europa a Valparaíso...". Cuando se habló de esto a don Rua, éste respondió que se haría lo posible por satisfacer ese deseo, pero que por el momento no era factible por la escasez de personal y por la orden de Don Bosco de no abrir Casas en el primer año después de su muerte... Sólo el 24 de mayo de 1894 partían de Turín los salesianos que debían fundar la obra salesiana en Valparaíso. Su primer Director sería el P. Espíritu Scavini. Monseñor Fagnano, como Superior de las Casas, los recibió feliz. Se fundó pronto un instituto semigratuito para artesanos, con un primer grupo de 16 niños... Dos años después se agregó una sección de estudiantes y luego un Curso Comercial. También ese año comenzó a funcionar un Oratorio Festivo.

El primero de diciembre Monseñor recibía la casa-quinta que una insigne bienhechora, la Srta. Isabel Varela Varas, de La Serena, donaba a los Salesianos. En su testamento se leía: "...es mi voluntad se funde en esta ciudad, en mi casa-quinta en que actualmente vivo, un convento de Padres salesianos, cuya misión es la educación de niños pobres, con-

forme a las constituciones que los rigen...". Era una propiedad de 170 metros por 125, en el sur de la ciudad. Allí se fundó el "Colegio León XIII de Artes y Oficios", que lamentablemente años más tarde hubo que cerrar, por falta de personal. (Cuando en 1910 Monseñor Ramón Angel Jara se hizo cargo del gobierno de la diócesis, se interesó ante los Superiores salesianos por su reapertura, y es de entonces la floreciente "Escuela Talleres San Ramón").

Pero a Monseñor Fagnano le interesaba vivamente consolidar las obras en futuro. Por eso sus miras iban a fundar la Casa de Formación Salesiana.

El Colegio de Talca, fundado el 19 de febrero de 1888 y cuyo primer Director fue un hombre de la Primera Expedición, el Padre Domingo Tomatis, fue la sede del primer Noviciado Salesiano chileno. En efecto, el año 1893 se reunió en ese Colegio un primer grupo de niños que descaban ser salesianos. Eran los primeros diez aspirantes. El 10 de noviembre del año 1894 Monseñor Fagnano tuvo la inmensa satisfacción de bendecir las sotanas de los primeros 5 novicios: Daniel Meza, José Martínez, Alejandro Digravio, Horacio Morales y Manuel Salcedo. En enero del año siguiente se trasladó el Noviciado al Patrocinio de San José, de Santiago, mientras se construía el Noviciado definitivo en un terreno de Macul, en los alrededores de Santiago, donado por la noble bienhechora chilena Manuela Gandarillas G.

XXXV.— UNA "ESCAPADITA" AL SUR.

1895.

Al llegar la primavera Monseñor debe partir nuevamente al sur, para visitar especialmente la Misión de la Candelaria, donde el infatigable P. Ber-

nabé había dado término a la nueva Casa, en un lugar algo distante de la primera fundación. A Monseñor le interesaba también vivamente llevar allá a las Hijas de M. Auxiliadora, indispensables en toda misión salesiana. Partieron con Monseñor en el "Torino" el 3 de marzo las primeras, como ya dijimos. También (¡para variar!) fue un viaje de borrascas. Pero, al fin llegaron, recibidas con inmensa alegría por el P. Beauvoir y demás salesianos, y con gran curiosidad por los indígenas que, como los demás de otras misiones, las llamaron "pingüinos"... Con qué gusto saludaban las niñas a las Hermanas, y con qué alegría éstas veían su nuevo campo de trabajo...

"Al día siguiente —narra Monseñor en carta a don Rua—, salimos en busca de una tribu, que pronto encontramos en el camino. Venían a la Misión, y me decían que los blancos habían dado muerte a dos indios, y que ellos lograron escapar. ¡Pobres indios! ¡Cuánta pobreza, desnudez y miseria! Con un frío de cinco grados bajo cero, la mayor parte de ellos no tenían con qué cubrirse. Iban tristes y hambrientos. Al acercarnos a la Misión, les hice distribuir frazadas con que cubrirse. Después los lavamos y los vestimos. Pobrecitos... Querido Padre: siga ayudándonos, no se canse de hablarles a nuestros cooperadores en favor de mis queridos indígenas..."

Y así, después de esa visita a la Misión, Monseñor partió luego para Punta Arenas, y de allí a Santiago... para un nuevo viaje a Italia.

XXXVI.— AGRADABLES SORPRESAS EN EL NORTE.

1895.

Al llegar a Santiago le sorprenden agradables sorpresas.

El clérigo Luis Héctor Salaberry, del Colegio El Patrocinio de San José, así escribía a don Rúa: "...El Rdmo. Monseñor Fagnano a su regreso de las Misiones de la Tierra del Fuego, tuvo el gusto de ver reunidos en el nuevo Oratorio a más de 300 niños, y aseguró que esta sorpresa le había sido tanto más grata cuando más inesperada para él, pues nunca hubiera creído que en tan poco tiempo se hubieran reunido tantos niños. Fue tanta su complacencia que aun cuando se hallaba abrumado por mil deudas, con todo, quiso que se organizara una banda de música y destinó una suma de dinero para la adquisición de algunos instrumentos. Antes de irse a Europa bendijo el nuevo Oratorio y me tiene ordenado que a su vuelta he de presentarle no sólo 300 sino 500 niños..."

Así nació el "Oratorio Don Bosco", de Santiago, a unos solos 400 metros de su Colegio de origen.

El otro gran alegrón se refiere al Noviciado y Aspirantado, que, como dijimos, tuvieron su primera sede en Talca. A fines de enero de 1895 se trasladaron a Santiago, en el Patrocinio de S. José, mientras se terminara el nuevo edificio de Macul. Monseñor Fagnano inició con ellos el año predicándoles los Ejercicios Espirituales, al término de los cuales dos aspirantes más ingresaron al Noviciado: Luis Yáñez y Jorge Nieto. El 24 de mayo, nuevas vesticiones...: Ya eran 16 los novicios. En la crónica de la Casa se lee: "...¿Quién podrá imaginar el júbilo de Monseñor, de todos los Superiores de Chile y de los novicios?" Y no era para menos. Y después de

una solemnísima celebración en honor de María Auxiliadora en La Gracitud Nacional, en que se reunió toda la Familia salesiana de Santiago, finalmente el 28 de mayo, se inauguraba el Noviciado y Casa de Formación en Macul. El primer Director y Maestro de Novicios fue el P. Silvio Rómoli. Es éste otro mérito de la abnegación y talento de Monseñor Fagnano y, por qué no decirlo, premio a su obediencia. En cualquier lugar, "en tierras de indígenas o entre las luces de la ciudad", en que la obediencia lo designaba, Monseñor Fagnano fue figura extraordinaria.

XXXVII.— A ITALIA CON LEON XIII.

1895.

En septiembre se celebraría el Séptimo Capítulo General de la Congregación Salesiana. Así Monseñor se disponía a asistir a él. Y, lógicamente, el otro objeto de su viaje sería reclutar nuevos elementos para su misión.

Se dirige, pues, a Buenos Aires, y desde allí se embarca rumbo a Italia, acompañado por los Padres Scagliola, Diamond y Del Turco. El primero de agosto ya están en Italia. El Capítulo se inició el 4 de septiembre. Asiste también Mons. Cagliero, y los dos Prelados presiden, al lado del Rector Mayor don Rua, la Asamblea, ambos, testimonios de las gestas heroicas de esas Misiones que nacieron del corazón de Don Bosco. Con qué elocuencia hablaban de esos campos de Dios, de esos indios queridos, y de la visible y cotidiana protección de María, la Inspiradora de todo aquello. . .

Al terminar el Capítulo, Monseñor Fagnano se

dirige a Roma, donde fue recibido en audiencia privada por el Papa León XIII. Así lo relata el mismo Monseñor a don Rua en carta del 25 de septiembre:

“...Ayer fui recibido en audiencia por S. S. el Papa León XIII, para informarle sobre nuestras misiones de la Patagonia Meridional, Tierra del Fuego e Islas Malvinas. La audiencia fue muy afable, cordial y dejó en mí imborrable recuerdo.

...A cierto punto el Papa me preguntó:

— ¿Hace mucho frío allá?

— Este año tuvimos 13 grados bajo cero. En el verano, aunque el termómetro sube hasta 18 grados, no obstante eso no dura sino pocos minutos, bajando luego a 9 ó 10 grados, de modo que no pueden crecer los cereales, no se pueden plantar árboles frutales...

— ¿De qué vivían los indios antes que llegaron ustedes?

— De frutos silvestres, de pesca, que el mar arroja a la playa, de moluscos, de pájaros, de animales que pueden cazar, especialmente del tucu-tucu, especie parecida al ratón.

— ¡Pobres hijos! ¡Qué gran caridad hace la Congregación Salesiana! ¿Cuántos salesianos atienden esa Prefectura Apostólica?

— Somos 3 Salesianos y 20 Hijas de M. Auxiliadora. Ahora he venido a Italia para reclutar a lo menos 30 más, porque deseamos atender otra Misión que comenzó sólo el año pasado y en torno a la cual se han reunido cerca de 600 indígenas.

— ¿Y está esa Misión muy lejos de Punta Arenas?

— 200 millas... y viajamos a ella en embarcaciones, entrando por el Océano Atlántico y remontando un río por cinco millas. Allí esperamos tener dentro de poco una buena población, y ya se ha dado comienzo a la construcción de casas...

— ¡Qué bien inmenso hace esa querida Congregación Salesiana!, muy oportuno para los tiempos que corren. ¿Y espera que el Superior le concederá personal?

— ¡Santo Padre, sí! Don Rua está tan empeñado en ayudar a esta Misión, que de seguro le concederá a lo menos 30. . .

— En esto se ve la bendición de Dios, porque se nota tanto despliegue y aumento de año en año.

— Santo Padre. . . Bendiga a todos los Salesianos e Hijas de María Auxiliadora, y especialmente a nuestros Misioneros. Le pido una bendición especial para la Compañía de San Luis, del Colegio "Patrocinio de San José", de Santiago, y otra para los Cooperadores salesianos de Chile.

— ¡Oh, sí, sí! Lo concedo de mil amores. Estos Cooperadores hacen una hermosísima obra ayudando a las Misiones y Colegios. Bendigo de todo corazón a los Cooperadores salesianos, a la Compañía de San Luis, y a todos, a todos. . .

— Santo Padre, mi Superior, junto con el Capítulo de nuestra Pía Sociedad, me encarga de presentarle los saludos más respetuosos y filiales.

— Conozco a don Rua y su adhesión a la Santa Sede: acepto con agrado esos saludos que me confortan y les envío mi bendición. . .

Y en ese momento me encontraba profundamente conmovido y miraba a ese Santo Padre como una visión del Paraíso, mientras me esforzaba por retener mis lágrimas de consuelo que ya pugnaban por salir.

Y sin darme cuenta me encuentro de rodillas a los pies del S. Padre, y, alzando los ojos, veo que me bendecía.

Bendígame también Ud., querido don Rua, y ree por mí. . ."

El 31 de octubre en el Santuario de M. Auxilia-

a de Turín, tenía lugar la despedida de nuevos misioneros. El Santuario estaba engalanado como en las mejores solemnidades. Presidían los dos Prelados salesianos. Los Misioneros formaban el grupo más numeroso que se había visto hasta entonces. Eran 107: unos pocos para Argel, Túnez y Palestina, y el resto para América. Pero el grupo más nutrido fue destinado a Mons. Fagnano. Viajaría también con las Hermanas misioneras la misma Madre General, sor Catalina Daghero. Contento, pues, volvía Monseñor a su Patagonia, porque si había más brazos era más fácil echar a andar la fantasía y mil nuevos proyectos. . .

XXXVIII.— MAS ROSAS... Y ESPINAS.

1896.

Llegó a Santiago a principios de diciembre. Acompañó luego a los diversos salesianos destinados a Concepción y Talca, y se dedicó después a mil y un asuntos relativos a sus misiones. En marzo se embarcó en Talcahuano rumbo a Punta Arenas. Así escribió a Mons. Cagliari: "...A bordo del "Orissa", 22 de marzo de 1896: mañana a las 8 a.m. desembarcaré, después de un viaje de borrasca continua desde Lota al Cabo Pilar. Recién ahora en el Estrecho puedo escribirle. Dejé en Santiago al P. Ferrero muy extenuado de fuerzas y quizás a mi regreso en junio no lo encontraré ya. . . El Señor premie sus fatigas.

Será la crisis, será la opinión divulgada de que somos ricos, el hecho es que apenas tengo para el viaje de ida y vuelta. Y encontraré en Punta Arenas muchas deudas. . . pues desde mi partida no se pa-

gó un centavo de todas las deudas contraídas, que me dijeron que eran muchísimas. Para pagar todo esto he comprado máquinas para aserrar madera. Espero verlas en movimiento en Dawson entre dos meses —con el P. Bernabé a la cabeza—. Veremos lo que son capaces de hacer los nuevos hermanos y los nuevos directores con los indígenas. Entre tanto me encomiendo a sus oraciones y a las de los hermanos. . .”.

Efectivamente en mayo llegaban de Talcahuano dos motores a vapor y todo lo necesario para la instalación de un aserradero. Y aquí se produjo un caso de apuro. Al capitán del barco inglés que trajo las maquinarias le urgía seguir viaje, y por lo tanto, descargar pronto. El Torino no estaba. Entonces fue necesario trasladar todo a la “María Auxiliadora”, pero era demasiado pequeña para tanto peso. “No importa, dice Monseñor. Hagámoslo en nombre de Dios y M. Auxiliadora”. Cuando la goleta recibió toda la carga, ya el agua llegaba más arriba de la línea de flotación. . . Y así, el 9 de mayo, partió rumbo a Dawson. . . lentamente. Monseñor quedaba en ascuas. . . ¿Habrá llegado a Dawson?, o ¿se habrá hundido?. . . Una semana duró el suspenso, hasta que al fin regresó la goleta con buenas noticias. . .

Y el P. Bernabé se puso inmediatamente a instalar el aserradero. Al mes ya funcionaba. Adiestró a varios indios en su manejo. Y a fe que resultaron obreros trabajadores. Este trabajo les agradaba sobremedida.

¡Qué febril y consoladora actividad en esa Misión! El aserradero, enseñando a trabajar a los hombres, y al frente el taller donde las Hermanas enseñaban a las mujeres a hilar, tejer, siempre en creciente perfección.

Monseñor podía ahora construir para sus Misiones, y al llevar cargamentos de madera a Punta Arenas, hacía con ellos trueque de productos. Fue

una de las mil intuiciones geniales de Monseñor Fagnano.

Y tuvo ese año, además del consuelo de estos éxitos, el gran alivio de ver descargar de sus hombros la responsabilidad de la Inspectoría. . . Había sido nombrado en ese cargo Monseñor Santiago Costamagna. De modo que el Prefecto Apostólico estaba nuevamente en su elemento y más holgado en su actividad.

Y tan pronto como pudo, Monseñor organizó la visita a Dawson, tanto más que debían acompañarlo varias personas, y en primer lugar la Madre Daghero y su secretaria, sor Feliciano Fauda y otras Hermanas. También iban: el P. Borgatello, el P. Marabini, el acólito Crema con dos niños del Colegio San José.

El primero de julio la Misión de San Rafael bullía de fiesta. Aquellos indígenas, hijos de la floresta, y transformados por la caridad de los misioneros en pueblo civilizado y creyente, llenos de júbilo esperaban a la Madre Daghero. El recibimiento fue cordialísimo y solemne. La Superiora estuvo allí cinco días. Visitó a cada familia, asistió a la distribución de la carne, harina, porotos, arroz, que se da cada día a las familias. Visitó las clases y los talleres de costura. Asistió también con no poca emoción a la velada músico-literaria, en que esas niñas cantaron no sólo en castellano sino también en italiano. Distribuyó un centenar de vestidos a las mayores y unos cuarenta a las niñas, y todas llenas de alegría saltaban, aplaudían, reían y lloraban. Fue un espectáculo emocionante. Y para mayor alegría, Monseñor administró el Bautismo a 23 mujeres y a una niña de 12 años. Luego los noveles cristianos pasaron al comedor en la Casa de las Hermanas, en donde las maestras y la Superiora misma las festejaron y sirvieron. Era la mesa de la más noble caridad. El ágape de los primeros cristianos. Al día siguiente se hizo un solemne homenaje a María Auxiliadora, con numerosas comuniones.

Y está demás decir que Monseñor visitó especialmente la sección de los varones, en donde vio emocionado y feliz el inmenso progreso alcanzado.

De allí partieron el día 5 rumbo a la Candelaria. Al ir, Monseñor llevó consigo al P. Fortunato Griffa para que se hiciera cargo de la Dirección de esa Misión, pues hacía tiempo que el P. Beauvoir necesitaba relevo. Al llegar con la Madre Daghero el recibimiento fue también espléndido, y la impresión de los visitantes óptima. Y es interesante consignar aquí una impresión que Monseñor dejó escrita en su crónica: "...qué grande consolación se experimenta cuando, al caer de la tarde, se ve a los hombres alegres y satisfechos bajar del monte trayendo al hombro el bacha y grandes trozos de leña seca para quemarlos en casa. . . Aquí viene bien hacer notar un hecho, y es que antes los hombres dejaban, o mejor dicho, obligaban a la mujer a que trajera leña, y ahora que se van civilizando, el hombre ayuda a la mujer. Me acerqué a un indio llamado Miguel, y preguntándole que por qué llevaba tanta carga, me contestó: "Yo hombre trabajar para mujer; no más indio". Contestación que me consoló mucho, pues así empiezan a respetar la familia. . .".

De Río Grande Monseñor regresó a Punta Arenas con el P. Beauvoir, que iba a quedarse como director espiritual en el Colegio San José, y en el primer barco que pudo se dirigió a visitar a sus salesianos de las Islas Malvinas. El año 1888 había estado allí, con el P. Diamond, en la fundación de la Casa; había vuelto en el invierno de 1891, para visitar a los Padres O'Grady y Migone y al coadj. Frattini, ocasión en que oyó con satisfacción elogiosos conceptos del Gobernador que le agradecía el bien que los misioneros católicos hacían a la juventud de Stanley.

Y ahora en su tercera visita, pasó también el mes de agosto allí. De él dice el P. Migone: "...No sabiendo hablar inglés, y no pudiendo, con infinito

pesar suyo, comunicarse con el pueblo, tenía que resignarse a vivir encerrado en su piececita, dedicado a la lectura, al estudio y a la oración. A pesar de tener conocimiento del encierro forzoso que le esperaba, todos los años infaliblemente si se presentaba la ocasión favorable de vapores que hicieran la travesía, practicaba su visita, y esto con el único objeto de consolar, animar y acompañar al menos por algún tiempo, al hermano que había llevado una vida pesada y solitaria”.

Y volvió a P. Arenas, para, en octubre, viajar a Santiago por una serie de asuntos relacionados con la Misión. Allí debió permanecer cinco meses, hasta marzo, pero con el corazón y la mente puestos en su obra sureña.

Lo primero que hizo al llegar fue correr junto al lecho de su amigo y hermano el P. Ferrero, el compañero de sus primeros pasos en P. Arenas. Ahora agonizaba en el Colegio de La Gratitude Nacional. Podemos imaginar el dolor de Monseñor al verlo morir el 4 de noviembre. . . Presidió los funerales Monseñor Santiago Costamagna acompañado por Monseñor Fagnano con los ojos empañados por la más viva emoción. . .

Otro hecho lamentable se sumó a este dolor. En Punta Arenas manos sacrílegas, en la noche del 3 al 4 de diciembre, arrancaron de su sitio la cruz del cerro que en 1881 había clavado el Pbro. Rafael Eyzaguirre. . . El primero de enero de 1897, en público acto de desagravio, el Cura Párroco, P. Mayorino Borgatello, bendijo la nueva cruz, emplazada sobre firme pedestal. . .

Y a aumentar la congoja vino una nueva y terrible desgracia.

XXXIV.— FUEGO EN LA CANDELARIA.

1896.

El 12 de diciembre, en la Misión de la Candelaria, se declaró un formidable incendio que, en medio de violentísimo viento, que nunca falta en esa región, en menos de una hora redujo a cenizas la Misión. El P. Griffa, Director, así dejó escrito al comunicar la noticia: "El día 12, a la una y media de la tarde, no se sabe cómo, ardió la Casa de las Hijas de M. Aux., y en menos de una hora todo el amplio edificio de madera destinado a las Hermanas, a las mujeres y niñas, la Iglesia, la Casa de los Salesianos y el edificio de los jóvenes, quedó reducido a cenizas. ¿Cómo describir el pánico de los misioneros, de las Hermanas y de los indígenas que fueron espectadores de tan gran ruina? . . . Los indígenas especialmente, espantados al presenciar la magnitud del incendio, gritaban y lloraban desesperadamente. Era como para perder la cabeza. Se hizo todo lo posible para extinguir el fuego, y los pobladores demostraron gran actividad en ejecutar un desesperado salvataje de las cosas transportables, de modo que fue posible arrancar de las llamas varias cosas de primera necesidad. Pero no era nada comparado con lo que las llamas consumieron, o sea dos grandes casas, una magnífica iglesia de un valor aproximado de 80.000 pesos, sin contar los infinitos esfuerzos de casi cuatro años de trabajo. . .

Y ahora, hémos aquí de nuevo en el desierto, sin casa y sin nada, rodeados de una turba de indígenas siempre necesitados, que nos piden pan y ropa, pan material y pan espiritual, y ¡nosotros no podemos darles nada!!!

Es desgarrador todo lo que nos sucede, si se piensa que se habían acogido ya 165 indígenas, sin contar los nómades de siempre. ¿Qué hacer? ¿Aban-

donarlos, ahora que estaban aprovechando en el estudio de la religión y en la vida civilizada? ¿Debemos retirarnos de esta Misión? No, no...

Mientras tanto, con las pocas planchas de zinc medio quemadas nos construimos dos galpones, uno para las Hermanas y las niñas, y otra para nosotros y los indios. . . Pero, para vivir, ¿qué haremos? Si la Providencia no nos socorre, este invierno moriremos todos de frío y de hambre. . .".

Monseñor estaba en Santiago. Los Salesianos de P. Arenas enviaron rápidamente lo más indispensable, alimento, abrigo, frazadas y cien bolsas de harina. . .

XL.— LAS HIJAS DE M. AUXILIADORA EN CANDELARIA.

1897.

Tres meses más tarde así escribía a don Rua la Hermana Luisa Rufino, Directora de la Misión: ". . . Son ya tres meses que vivimos en continua angustia por el porvenir de nuestra Misión. El frío aumenta día a día, y no tenemos aún dónde guarecernos. Dos galpones improvisados, donde se cuelan el viento y la lluvia, forman uno la habitación de los Misioneros con 46 jóvenes indígenas, y el otro para nosotras y 41 niñas indias. Además, hay como 300 indios adultos que no quieren alejarse de la Misión. En medio de esta desgracia nos sirve de cierto alivio el afecto grande que nos demuestran estos queridos indios. ¡Si viera, señor Don Rua, qué indulgentes se muestran con nosotros! No tenemos con qué vestirlos, y ellos no se quejan; ya no es posible

distribuir la diaria ración de alimentos, y ellos no nos dicen nada; nos compadecen y prefieren sufrir con nosotros antes de ir a vagar por ahí. . .

El invierno avanza a grandes pasos, y entonces, ¿qué será de nosotros?, ¿qué será de estos pobres jóvenes y niños y de estos queridos indígenas mal protegidos y peor vestidos? ¿Deberemos verlos aniquilados por el frío y el hambre, y nosotros, en la impotencia de socorrerlos, languidecer con ellos?

¡Oh, buen Padre Don Rua! Si la voz del Misionero no es suficiente para tocar el corazón de los buenos Cooperadores salesianos, oh, le ruego, agregue la de la Hermana que sufre inmensamente en medio de estos pobres hombres. Oh, dígales a esos buenos promotores de la gloria de Dios y de la salud de las almas, que vengan pronto en nuestra ayuda, que extrema es nuestra necesidad. Se trata de vida o muerte, vida no sólo material, sino también espiritual. . .

El Director don Griffa ha ido a P. Arenas para solicitar ayuda. Pero, sabemos que nuestros misioneros de allí también sufren privaciones. . .”.

Esta es la carta de la Hermana Directora de esa Misión. Pero hay que destacar además un acto en verdad heroico de estas Hermanas. En los momentos del incendio estaba listo para zarpar a Punta Arenas el vapor “Amadeo”. Los Misioneros propusieron a las Hermanas que se embarcaran en él; pero éstas, ante la alternativa de abandonar a sus indiecitas o renunciar a las comodidades de la casa solariega, prefirieron permanecer en la Misión. Ellas era los verdaderos ángeles tutelares de estos indígenas. . .

XLI.— MONSEÑOR VUELA AL SUR.

Monseñor desde Santiago escribía a don Rua: "...y una vez despachados los asuntos más urgentes, volé a nuestras dos Misiones, llevándoles los auxilios que me había proporcionado la caridad siempre exquisita de nuestros Cooperadores". Y a sus Salesianos les escribió diciéndoles "que no se apuraran en construir: que ya él indicaría el lugar adecuado...".

Partió, pues, en marzo a P. Arenas, y allí se enteró de que el Gobernador interino, don Mariano Guerrero deseaba vivamente conocer la Isla Dawson, y ponía a su disposición el vapor "Casma". Agradeció Monseñor y feliz pudo mostrar a su ilustre huésped los progresos realizados en San Rafael...: el hospital con dos amplias salas, junto a la casa de las Hermanas, muchas casas nuevas para indígenas, el aserradero en plena producción, y lo que más le impresionó: una completa fábrica de tejidos de lana, desde el lavado del vellón hasta la confección perfecta de prendas de vestir tanto para hombres como para mujeres. Cómo las mayores trabajaban lavando la lana, cardándola, hilando, y las niñas internas del Colegio trabajaban en hilados más finos para ropa interior". Lo que hacen con tanta perfección, decía Monseñor, que no es posible distinguir lo que ellas hacen de lo que nos llega de Europa...". ¡Y la piedad! Cada día hay muchas comuniones, y ¡con qué ejemplar devoción! Los domingos parecen siempre grandes solemnidades, pues la Comunión se puede decir general... El Gobernador admiró también la flamante curtiembre que Mons. acababa de establecer para abastecerles de cuero...

Cuando partió la visita, Monseñor se dedicó a dictar los Ejercicios Espirituales a sus salesianos... Y volvió a Punta Arenas para preparar su visita a la Candelaria...

Contrató el viejo vapor "Bienne", y lo cargó has-

ta el tope de víveres, caballos, maderas y láminas de zinc. Iban además, el P. Griffa y el coadjutor Pablo Cofré, y las Hermanas Teresa Bragutti y Rosa Massobrio. Partieron el 25 de junio.

El viaje que podía haberse hecho en 30 horas, se hizo en seis días, por culpa de un infaltable temporal. Llegaron el primero de julio. . . "¡Oh, cómo se me oprimía el corazón —escribió Monseñor— al contemplar tanta indigencia en tan cruda estación! . . . Un galpón de seis metros por cuatro, sin pavimento, con dos puertas, una ventana y una infinidad de hendiduras por donde se colaba el aire, la tierra y la lluvia, era la Capilla por la mañana, y clase y comedor en el día. Un cobertizo abierto por todas partes era la sala del catecismo, comedor, patio y depósito de leña. La casa y capilla de las Hermanas era más o menos por el mismo estilo, eso sí un poco más abrigado; pero con tales portillos que podían de noche contemplar las estrellas, con un frío de diez grados bajo cero. . .". La llegada de Monseñor fue para todos la Providencia: hacía varios días que no tenían pan, y escaseaban los demás alimentos. Las hermanas lloraron de consuelo, porque no sabían cómo iría a acabar todo aquello. . . Monseñor al día siguiente indicó el lugar más adecuado para construir, a nueve kilómetros de la destruida Misión, con planos del P. Bernabé. El lugar escogido era más reparado de los vientos y bien provisto de agua potable. Y resultó, al fin, una Misión mejor que la primitiva, y pronto asiló a no menos de 200 indígenas estables, a los que mantenía, vestía y acogía, sin contar los numerosos nómades que llegaban allí para pasar algún día, recibir ropa y víveres. . . y seguir caminando. . .

XLII.— EL "TORINO" Y LA "MARIA AUXILIADORA".

¿Y qué fue del "Torino" y de la goleta "M. Auxiliadora"? También estas embarcaciones pagaron tributo a tanto trajín. . .

En lo que respecta al "Torino" sólo hay que decir que fue víctima. . . del buen corazón y de la fe en sus amigos de Monseñor Fagnano. Cuando vio que para mantener el barco era necesario echarse encima deudas ajenas y, sobre todo, herir la fama de sus amigos, optó por cederlo. Poco después, el "Torino" dio contra unos escollos, y desapareció bajo las aguas. . .

¿Y la "M. Auxiliadora"? Durante seis años sus servicios fueron importantes y utilísimos para San Rafael y la Candelaria. Pero en una ocasión viajaba en meses de invierno de San Valentín a Bahía Harris. . . Y allí en medio de una borrasca espantosa zozobró, salvando la vida sus tripulantes.

Así "pasaron a la historia" esas dos embarcaciones, testigos de tanta proeza, de tanto heroísmo, de tanta virtud. . .

Pero la Divina Providencia en cuyas manos se abandonaba siempre este hombre de tan extraordinaria actividad, como se abandona un niño en brazos de su madre, no le dejaba faltar nada, y con oportunidad siempre le socorrió.

"Cuántas veces —repetía a sus amigos—, a solas en mi cuarto he llorado de consolación al ver que la Misión producía tantos frutos de bien". El sabía, por otra parte, que en toda su ímproba labor, debía tener, como en toda obra humana, momentos de alegría y de pena, lo mismo que amigos y enemigos. Los encontró a veces en el pueblo, en esferas de autoridades, en la prensa, en los funcionarios de la Instrucción pública, en la diversidad de credos religiosos. . . Pero él, seguro de su obra y de sus he-

chos a todos evidentes, siguió siempre su ideal de hombre apostólico, anclado en Dios, y pronto a entregar todas sus energías y su propia vida por esos indios, sus predilectos. Su alma sensible sufría profundamente ante la incomprensión, la envidia o la mentira; y exultaba como un niño cuando se sentía apoyado por palabras de aliento. . . Pero las dolorosas e incontables contrariedades no fueron ni estables ni opacaron jamás el coro inmenso de admiración y de aplauso en ambas Repúblicas, Chile y Argentina, a las que entregó su vida entera.

Y a la cabeza de todos, en este reconocimiento al conquistador de almas, estuvieron los supremos Gobiernos con sus magistrados.

XLIII.— ILUSTRES VISITANTES.

1897.

En noviembre de 1898 Chile y Argentina, con la firma de un acuerdo mutuo ponían fin a ciertas trizaduras a la paz y armonía de dos naciones vecinas y hermanas, y ambos magistrados decidieron encontrarse en el Estrecho de Magallanes, para reafirmar con "el abrazo del Estrecho" la amistad para siempre.

Y en esa memorable ocasión nuestros Misioneros tuvieron oportunidad de rendir el homenaje propio y de los indígenas de la Misión a los dos magistrados, y de oír sus palabras de aliento. . .

El 12 de febrero de 1899 llegaba a Punta Arenas el Presidente Federico Errázuriz, con un selecto séquito, en que figuraba también el ex-Presidente don Jorge Montt. Monseñor no estaba en Punta Arenas;

pero presentaron los saludos en nombre de la Misión salesiana los PP. Borgatello y Durando, a los que el Presidente prometió visitar al día siguiente la Isla Dawson.

Monseñor Fagnano se hallaba en Río Gallegos desde el primero de febrero. Y allí pudo presentar sus saludos al Presidente argentino, General Julio Rocca, en viaje a la cita del Estrecho, quien luego quedó prendado de la personalidad del Misionero, tanto que lo invitó a viajar con él en el buque insignia "Belgrano", desde ese puerto a Punta Arenas, en un trayecto de diez días, pues la escuadra argentina tomó el derrotero del Canal de Beagle, deteniéndose en Ushuaia, y así el humilde misionero gozó del trato amable del General. Resultado de esta prolongada entrevista fue la concesión temporal de tierras a los Salesianos y una subvención que el Gobierno argentino asignó a la Misión de la Candelaria. Más tarde los terrenos fueron comprados por los Salesianos.

El día 13 de febrero el Presidente Errázuriz, según lo prometido, viajó con su comitiva a la Isla Dawson. Allí recibió el homenaje cordial del P. Bernabé, Director de la Misión, de todos los salesianos e Hijas de M. Auxiliadora, y de todos los indígenas allí reunidos. Quedó vivamente impresionado de lo que jamás se había imaginado: que en aquellos lugares, en donde dominan los vientos, el frío y la soledad, hubiera tanta obra de bien para la civilización de aquellos indios fueguinos. Se acercó paternalmente a los indígenas, conversó con ellos, estuvo en las aulas de clases, aceptó de mil amores fotografiarse con ellos, como igualmente obsequios para él y su comitiva de arcos, flechas, canastillos y objetos de fabricación de los indígenas. . .

Al encontrar en Punta Arenas con Monseñor lo felicitó efusivamente por la "obra gigantesca que había llevado a cabo en esas regiones de la Patria".

XLIV.— AL TERMINO DEL SIGLO DIECINUEVE.

1899.

Acabados los festejos y despedidos los ilustres visitantes, Monseñor va "a lo suyo". El 26 de febrero llegó a Río Grande, entre otras cosas para predicar los Ejercicios Espirituales a sus salesianos y darles una palabra de aliento y recordarle que "trabajamos por el Señor". Demoró en excursiones entre sus queridos indios todo el tiempo que pudo, ya que allí se encontraba a sus anchas, y todo trabajo entre ellos era su preferida ocupación.

Cuando regresó a Punta Arenas, se dedicó con amor y entusiasmo a dar cumplimiento a una orden, que eso eran para él los deseos o exhortaciones del Sumo Pontífice, referente a la Consagración del mundo entero, al término del siglo XIX, al Sagrado Corazón de Jesús. Después de un solemne triduo de preparación, el día 10 de septiembre, con una nutrida concurrencia, durante la Misa Solemne, Monseñor Fagnano, previa una elocuente exhortación, fue pronunciando la fórmula prescrita, traducida al castellano, que fue repetida palabra por palabra por todos los presentes. En ese instante se echaron a vuelo las campanas. . . Después de la Misa se cantaron las Letanías del Sdo. Corazón de Jesús. Esa hermosa ceremonia hará época en la ciudad. En recuerdo de ella se colocó en la fachada de la iglesia una lápida de mármol. Hubo en esos días más de 400 Comuniones, lo que para P. Arenas es algo extraordinario. . .

Luego volvió a Dawson, donde estuvo desde el 11 de octubre hasta el 14 de noviembre. Tuvo el consuelo el día 24 de octubre, fiesta de San Rafael, de dar la Comunión a unos 80 indígenas. . ., y algunos su Primera Comunión. Cuando le escribe a don

Rua, a fines de noviembre, le dice: "...Al ver a estos hombres que hasta hace poco erraban por estas selvas desamparados y sin ley alguna, humildes y sumisos acudir a la iglesia y al trabajo, al toque de la campana, y rodearse en las horas de expansión de su mujer y de sus hijos, se me viene a la memoria el recuerdo de las familias patriarcales y temerosas de Dios de la ley antigua, y el corazón se me inunda de alegría y los ojos de lágrimas... Una cosa sí me apena mucho, y es la rapidez con que van extinguiéndose, debido a la pulmonía y a la tuberculosis, enfermedades a las que son muy propensos y de las que son rarísimos los que sanan".

XLV.— COMENZANDO EL SIGLO VEINTE.

El año 1900 íntegro lo pasó Monseñor sembrando el bien, como siempre, entre penas y alegrías... Los principales hechos: predicar Ejercicios Espirituales a los Salesianos e Hijas de M. Auxiliadora de Punta Arenas y de Dawson; salir en "misión circular" por los canales en busca de más almas; predicar una tercera etapa en Río Grande; viajar a Buenos Aires para arreglar asuntos de concesión de terrenos; viajar a Puerto Stanley a visitar al P. O'Grady; de vuelta en Punta Arenas, después de predicar a las señoritas de los centros parroquiales, partir nuevamente a Dawson, "Buen Pastor", a predicar también Ejercicios a las asiladas; recibir con ejemplar conformidad la noticia de la muerte de su madre, el 15 de noviembre; predicar la Novena de Navidad, asistir a la fiesta de premiación final a los niños... Todo esto, dicho así en forma escueta, ¡lleno de amor!...

El año 1901 comienza con una grata noticia. Don Pablo Albera, Delegado del Rector Mayor don Rua, visita todas las Casas Salesianas de América. Llegó a P. Arenas a comienzos de febrero, acompañado por su secretario don Calógero Gusmano. La recepción fue de fiesta. . . y no menor fue el regocijo cuando, después de unos días, llegó hasta la Isla Dawson: con qué afecto lo recibieron los salesianos y las H. de M. Auxiliadora, y con qué alegría los aclamaron los pobladores. Esto, dice la Crónica, hizo llorar de emoción a Don Albera. De allí, a la Candelaria, con idéntica acogida. Allí quedaron casi 20 días. Los niños lo rodeaban con afecto y él no desdenaba en jugar con ellos. Fueron para él y para todos, días maravillosos. Don Calógero Gusmano escribió una larga carta a don Rua y concluía con estas preciosas palabras: “. . . No debiera concluir mi carta sin hablar del instrumento principal de que se ha servido la Divina Providencia para obrar aquí tantas maravillas, esto es, de Monseñor Fagnano. Las Pampas, la Patagonia, la Tierra del Fuego, Chile, Argentina, Perú, tienen recuerdos indelebles del infatigable apóstol. En nuestra larga y forzada demora en la Isla Grande, me confió ; tantos episodios de su aventurero apostolado! Pero luego me prohibió absolutamente hablar de ellos. Me consuela, sin embargo, el pensamiento de que la obediencia lo obligue ahora a escribir lo que le ha sucedido: verán los lectores reproducirse las gestas de Javier. . .”.

El primero de julio fue el día de la inauguración de la Iglesia parroquial de Punta Arenas, dedicada al Sdo. Corazón de Jesús y a Nuestra Señora de las Mercedes. Los trabajos habían comenzado el 28 de diciembre de 1893. . . Se ha demorado tanto por falta de medios: la Divina Providencia los enviaba de a poco; pero así y todo, cada año se progresaba algo. Los planos son del genial P. Bernabé. Y se utilizaron los primeros ladrillos debido al espíritu emprendedor de Monseñor Fagnano. Es de

estilo románico. Tiene 42 m. de fondo por 18 de frente y 30 de altura. Es de tres naves espaciosas y elegantes. El exterior es revocado y blanqueado, igualmente la torre, con un juego de siete campanas y un reloj de cuatro esferas iluminadas a luz eléctrica. El interior es decorado con arte, igualmente el artesanado, los capitales y las cornisas. Las columnas y pilares, estucados a fuego, imitación mármol.

Se había pedido al Obispo diocesano de Añud, Mons. Ramón Angel Jara, que viniera a la bendición e inauguración. Le fue imposible aceptar. Entonces la bendijo Monseñor Fagnano, con incontenible emoción... recordando aquel lejano 1887...

¡Qué inmensa satisfacción para ese corazón de Misionero ver terminar y madurar sus obras, entre ellas ésta, una de las más queridas!... ¡Cómo irían desfilando en sus recuerdos tantos y tantos episodios y lugares, tantos y tantos admirables compañeros de trabajo, viajes y más viajes, triunfos y penas, y, sobre todo, cómo irían desfilando en sus recuerdos sus queridos indígenas, a quienes él iba entregando gota a gota su vida... en esas soledades y en ese clima a que sólo se sujeta el que es devorado por la sed del oro o de las almas...!

XLVI.— AL MISMO RITMO.

La inauguración del nuevo templo parroquial era como la síntesis de tantos días y años de labor. Pero, ¡había todavía tanto que hacer!!! Lejos de descansar, pues, sobre los laureles, siguió, al mismo ritmo, construyendo, proyectando, viajando, animando, educando, llevando almas a Dios...

Su fibra era fuerte, lo sabía. Pero también sabía que no sería siempre así. Y no era por otra parte de los que se dejan abatir sin haber agotado hasta "el último cartucho". . .

Y se irán sucediendo construcciones, bendiciones, inauguraciones, visitas, ampliaciones. . . El año 1904, ante el rápido crecer de las obras, forma el primer Consejo Inspectorial de la "Inspectoría de San Miguel": los PP. Pedro Marabini, Juan Bernabé, Mayorino Borgatello y Fortunato Griffa. Y, asesorado por ese "estado mayor" de su confianza, sigue la labor: ese mismo año, la fundación del Asilo de la Sagrada Familia, a cargo de las Hermanas; la erección de capillas en alledaños de la ciudad, Tres Puentes, Leña Dura, Río de los Ciervos. En Porvenir existía desde 1899 una cuasi-parroquia, atendida por el P. Víctor Durando, periódicamente desde Punta Arenas. El 3 de marzo de 1908 Mons. funda la Casa salesiana, con el P. Federico Torre como Director. Poco después llegaron las Hijas de M. Auxiliadora.

Y, como Don Bosco, piensa también en la difusión de la doctrina cristiana, y con la aprobación del su Consejo, funda en 1908 "un pequeño periódico parroquial de sólo cuatro páginas y que se repartirá gratis en las iglesias y capillas de la ciudad", "El Amigo de la Familia". El año siguiente compra la imprenta "Sud Americana", y dos años más tarde funda el periódico "La Unión", "palestra de gloriosas batallas doctrinarias".

El 6 de abril de 1910 llega una tristísima noticia: ¡ha muerto el primer sucesor de Don Bosco, don Miguel Rua! En todo el mundo salesiano se elevaron preces a Dios por su alma. Para Monseñor esa muerte fue un duro golpe. . . Tal dolor sólo fue mitigado por el nombramiento del P. Pablo Albera para sucederle: era conocido y estimadísimo en nuestras Misiones, en donde su figura simpática era recordada con afecto por los indígenas, quienes, ha-

blando de él, lo recordaban llamándole "olección" = "el hombre bueno".

Para la elección del sucesor de Don Rua, se convocó el XI Capítulo General de la Congregación. Monseñor participó a él, y pudo así fundamentar su voto por Don Albera. Pero su salud le hizo una mala jugada: sufrió mientras estaba en Turín, un ataque de hemoplejía, del que, debido a su fuerte fibra, se repuso bastante; pero... al volver a Punta Arenas ya no era el de antes... Y no había quién lo hiciera frenar su febril actividad... Entonces los Superiores de Turín le enviaron a su lado a un hombre joven que lo asesorara como su brazo derecho, reemplazándolo paulatinamente en su cargo de responsabilidad: el P. Luis Héctor Salaberry, a la sazón Director de la Casa de Valparaíso. Fue en verdad una ayuda de primer orden: era de sus mismas ideas, de su mismo empuje, apostólico, dinámico, inteligente.

Y siguieron surgiendo obras y más obras: en Punta Arenas la parroquia de San Miguel; el Instituto Don Bosco para la formación de jóvenes obreros, con planos del P. Bernabé, a quien luego encarga que vaya preparando los planes para un Santuario a María Auxiliadora anexo al Instituto; el Colegio de las Hermanas. Pide también al P. Bernabé que prepare los planos para una capilla en Natales. No aparta sus ojos tampoco de la "costa argentina": Gallegos, Santa Cruz y San Julián.

Conmemorando el 25º aniversario de la fundación de las Misiones Salesianas en Magallanes, tuvo la dicha inmensa de bendecir un precioso monumento de María Auxiliadora, junto al templo parroquial: es una elegante y esbelta columna de mármol que sirve de pedestal a una hermosa imagen, de mármol de Carrara y de dos metros de alto, de María Auxiliadora. La altura total del monumento es de 12 metros. Monseñor, mientras presidía esa solemnisísima ceremonia, lloraba de emoción, repitiendo como Don Bosco: "Ella, Ella lo ha hecho todo"...

XLVII.— DESPIDIENDOSE...

En medio de tanto trajín, y a pesar del paso de los años, Monseñor nunca apartó sus ojos y su corazón de sus hijos los indígenas... hasta que los hubo... Porque... onas, yaganes y alakalufes fueron desapareciendo, por enfermedades, tuberculosis, pulmonías, quizás el contacto con el civilizado...

La concesión por 20 años que el Presidente Balmaceda hizo a Monseñor Fagnano, de las 133.000 Hás. de la Isla Dawson, se cumplió el 11 de junio de 1911.

La Misión de San Rafael y la del Buen Pastor habían ido progresando a ojos vistas y formaban el encanto de los Salesianos, que veían coronada por el mejor éxito su labor. Cuando se pensaba pedir al Gobierno chileno se dignara conceder a cada familia indígena un pequeño terreno para hacerlas propietarias, y formar así una población modelo, he aquí que los indígenas comenzaron a morir unos tras otros... Comenzó a serpentear la escarlatina, haciendo horrible estrago, luego vino la influenza, que también segó vidas, y por último la pulmonía... Debióse agrandar el Camposanto por dos veces. En poco tiempo se sepultaron más de 800...

El único consuelo que les quedaba a los Misioneros era el de haberlos hecho buenos cristianos, y haberlos visto partir a la eternidad con las más santas disposiciones. Casi todos los indios recibieron los sacramentos antes de morir, y muchísimos (especialmente jóvenes) tuvieron una muerte verdaderamente edificante. No pocos tuvieron visiones celestes antes de morir.

Terminada la concesión, al retirarse los Salesianos, trasladaron a los 85 indios que quedaban aún en la Misión de San Rafael, a la de la Candelaria en la Tierra del Fuego... Así terminó la Misión Salesiana de la Isla Dawson... testimonio de una labor

gigante que costó sudores que sólo Dios sabe ponderar.

Si recordamos que la Misión de la Candelaria en 1898 ya albergaba no menos de 200 indígenas, a los que proveyó de comida, ropa y casa, sin contar los numerosos nómades, y si se agrega a esto otros gastos, como viajes, fletes, etc., se verá cuánto costaron las dos Misiones. Pero además de las dos Misiones, totalmente sobre sus hombros, gravaban sobre Monseñor diversos Colegios, capillas, construcciones. . . Su confianza en Dios iba a la par con su audacia: ninguna desgracia, ningún contratiempo, ningún golpe imprevisto lo amilanaron. Parecía siempre decir: "El Señor lo ha dado, el Señor lo ha quitado, y el Señor sea bendito". Puedo dar testimonio de esto. Puedo citar, por ejemplo, algunos casos, como cuando se quemó la iglesia de P. Arenas, y luego, cuando se destruyó la primera Misión de la Candelaria. . .

En una ocasión compró varios centenares de ovejas por el valor de 10.000 francos oro: el vendedor, después de recibir el dinero, desapareció sin entregar nada. . . y nada tampoco hubo que hacer. . . sino ofrecer a Dios esa tamaña ofensa. En otra ocasión transportó a la Misión de S. Rafael 700 ovejas, y en un solo día los perros, que los Alakalufes tienen en gran cantidad, dieron cuenta de más de 300. . . Y llegó un tiempo en que los comerciantes de P. Arenas acordaron no fiarle nada, aduciendo que estaba próximo a la quiebra total. Tal ingratitud le dolió muchísimo. Pero no sabían ellos que el banco de la Providencia nunca quiebra. Inesperadamente, Monseñor pudo dar satisfacción a todos, con maravilla y confusión de sus desconfiados acreedores. Desde entonces nunca nadie osó dudar de su solvencia. . . Monseñor a todos los creía honestos, y a nadie nunca deseó mal. Por sus manos la Divina Providencia hizo pasar millones. . . Pero jamás los usó para su ventaja personal: en su ajuar y su habi-

tación brillaba una grandísima sencillez. Jamás quiso para sí un trato especial.

En una ocasión, al llegar a Punta Arenas a las 10 de la noche desde la Candelaria, con un viento helado que penetraba hasta la médula de los huesos y con una nieve molesta que dejó desiertas todas las calles, él, sobre una pequeña embarcación, reemprendió inmediatamente el camino para San Rafael. Y decir que antes en Río Grande había sufrido un baño original: como no podía la embarcación arrimarse a la playa, él con su acostumbrado coraje se había echado al agua como si tal cosa, con un frío a veinte grados bajo cero. Yo mismo, recuerdo, le había proveído de un flamante par de botas nuevas, y ahora al regreso me lo veo aparecer con un par de zapatos viejos. . . ¿Qué había sucedido? Había sucedido que, mientras él en la iglesita de la Misión estaba confesando, vio de pronto al indio Calafate que no tenía zapatos, pues no podían llamarse así lo que en ese momento calzaba el pobrecito, tiritando de frío. Movido a compasión, hizo el trueque con gran alegría de aquél y gran satisfacción suya. . .

Naturalmente estos actos de abnegación y sacrificio le atraían el afecto, la admiración y alta veneración de esos indígenas que, frente a él, se sentían como muchachos y lo llamaban cariñosamente el Padre Grande, el Capitán Bueno. E, imitando a Don Bosco, tenía sus preferencias por los niños. Se les mostraba siempre amigo, haciéndose uno de ellos; jamás descuidó dirigirles la palabra, echarles algunas bromas y, pudiendo, hasta tomar parte en sus juegos, fueran ellos oratorianos o de Colegio, de ciudad o pequeños indígenas: en todos veía ese tesoro que los hace grandes ante Dios, su alma inmortal.

De lo que sí no podemos dar fe con exactitud es del número de sus excursiones y viajes apostólicos por esas ensenadas, canales, selvas, por lugares difícilísimos, inexplorados y pantanosos, en bus-

ca de esas tribus, como el pastor que busca sus ovejas, para redimir las de la miseria, de la abyección y de la perdición.

Habría tema para una gloriosa y larga serie de hechos de heroísmos apostólicos, que nos servirían de edificación también a nosotros, sus compañeros de trabajo. Contentémonos con entrever en lo poco que sabemos lo mucho que sabremos en el cielo, ya que es así en general la suerte de las almas verdaderamente grandes ante Dios.

XLVIII.— ¿OBISPO?

Como único comentario al título de este capítulo, transcribimos una carta que don Pablo Albera, desde dos años sucesor de Don Rua en el cargo de Rector Mayor, antiguo compañero de Monseñor Fagnano, le escribe con fecha 7 de marzo de 1912: "Mi querido Monseñor: ...Debo comunicarte una cosa de la máxima importancia. Como sabes, la Santa Sede dispuso que el territorio del Vicariato y de la Prefectura de la Patagonia Meridional dependiente de la Argentina, pasase a la jurisdicción de los Obispos. Queda aún duda sobre si tu Prefectura se conservará en la parte dependiente de Chile, ya que la obra encomendada a nuestra Sociedad en pro de la evangelización de los indígenas en el extremo de América Meridional está cumplida. El Capítulo Superior creyó bien obtener de la Santa Sede algún favor que significase su plena satisfacción por el bien hecho por ti y por los salesianos, tus cooperadores en aquellas regiones. Nuestra solicitud, tímidamente expuesta, fue acogida muy bien, y parece seguro que la Santa Sede, como premio a tus fati-

gas y a tus sacrificios, te nombrará Obispo "in partibus". Hacemos, en efecto, las prácticas a tal fin. El Internuncio, Monseñor Sibilía, no sólo no es contrario, sino que patrocina él mismo la causa. Estando las cosas a este punto, me parece que era deber mío el comunicarte yo mismo la noticia. Tú has sido siempre contrario a tal promoción, como se lo dijiste a don Rua, de santa memoria, y a mí. De ahí que no me extrañaría que estuvieras también ahora tentado de declinar la dignidad episcopal. Pero aquí no se trata de tu persona, sino de la Congregación. Tu nombramiento sería una señal de aprecio que el Papa manifiesta a toda nuestra Sociedad. Por lo tanto, te aconsejo de aceptar sin más. Y si, como espero dentro de algunos días sabremos la noticia de tu nombramiento, mandaré un telegrama, con el cual serías llamado a Italia por asuntos urgentes. En seguida vendrías a Turín, donde se combinaría lo concerniente a tu consagración. Por el momento conviene tener todo en secreto. Es inútil agregar que, previendo todo esto, que naturalmente traerá aparejados algunos cambios en tu misión, es necesario que el P. Salaberry haga todo lo que conviene al Superior de esa Misión. Sabes que te lo hemos dado precisamente para que poco a poco ocupe tu lugar. . .".

¿Qué ocurrió después? No lo sabemos. Seguramente una nueva renuncia.

XLIX.— EN SU VIDA PRIVADA.

Monseñor Fagnano no dejó nunca la natural sencillez heredada de tus tierra de Monferrato: si fue grandioso en sus iniciativas y en la ejecución de los proyectos para la gloria de Dios, poco se cuidaba de su persona. Simple en su habitación, sin comodi-

dades, sin algo superfluo, simple en sus costumbres y modales, era más que superior, padre y hermano de todos los que con él vivían.

Yo lo conocí en Varazze, cuando joven, y luego viví con él más de cinco lustros en Punta Arenas, y siempre lo vi generoso con los demás y severo consigo mismo, conservando siempre, aun en los momentos más difíciles, un aspecto jovial y modales alegres y llenos de simpático buen humor. Era muy sobrio en el comer y en el beber, más bien propenso a la mortificación que al descanso. No dormía más de cinco horas, singularmente favorecido por su robusta fibra, y todo el día lo pasaba ocupado en orar, hacer el bien al prójimo y desempeñar sus múltiples incumbencias, con la mayor perfección posible. Respondía infaliblemente a todas las cartas que recibía, cualquiera fuera el remitente, de su propio puño y letra, porque jamás quiso secretario.

De ordinario se retiraba a eso de las 10 de la noche, se echaba vestido sobre la cama, y dormía profundamente una hora; luego se incorporaba y despachaba toda su correspondencia, y a la media noche se acostaba, y a las 4 ya estaba infaliblemente en pie, aun cuando hubiera llegado tarde de algún viaje o se hubiera acostado después de la media noche. Trabajaba por una hora en su escritorio, y a las cinco en punto llegaba a la iglesia para hacer en comunidad la meditación y celebrar la Misa. Se mantenía todo el día ocupado, no dormía jamás la siesta, y repetía a menudo la frase de Don Bosco: "descansaremos en el cielo".

Enfrentó siempre, sin arredrarse, las más arduas dificultades. El había aprendido a santificar el trabajo y convertirlo en habitual oración, mediante esa unión continua con Dios y aquella elevación del alma de que Don Bosco le fue ejemplo eminente. Y allí estaba el secreto de su inalterable jovialidad que le conquistaba los corazones, aun los de sus adversarios. . . ¡ Cuántos le deben la vuelta a la fe que ha-

bían abandonado! ¡Cuántos fueron confortados, consolados, auxiliados espiritual y materialmente por su corazón de sacerdote santo!

L.— HACIA EL OCASO.

1916.

Pero los años pasaban inexorables también para Monseñor Fagnano, y se dio cuenta de que, después de los setenta, no obstante su robusta fibra, ya no podía entregarse a los trabajos de antes... Las piernas se le tornaban más débiles y menos resistentes para largas caminatas, el cuerpo se le hacía ya más sensible al frío y a la intemperie, y el mismo corazón ya sufría golpes asmáticos. Comprendió que éstos eran avisos de que su carrera en este mundo iba llegando a su término. Mientras tanto, impartía instrucciones para que la Misión pudiera seguir dando frutos de gloria de Dios y de vida para las almas. El año 1910, mientras asistía al XI Capítulo General de la Congregación, como dijimos, en ocasión de la muerte de Don Rua, tuvo un golpe de parálisis. Se le paralizó toda la parte izquierda de su cuerpo. Su robustez le permitió reaccionar, pero desde entonces su organismo de atleta, que le había resistido sin interrupción tantas fatigas e intemperies, comenzó a declinar rápidamente. Pero no quiso aceptar el descanso que los Superiores le proponían. Pero las vérices hacían lento y pesado su caminar, no respiraba bien, el corazón fallaba. El 31 de mayo de 1916 le escribía a Don Albera: "...El reposo absoluto de un mes me ha aprovechado en forma de poder trabajar dos o tres horas al día, que

empleo en redactar las memorias de la misión. Y creyendo poder usar bien mi pierna izquierda me animé a hacer la visita Inspectorial a la Candelaria, al Cabo Inés y a Ushuaia; pero volví maltrecho, habiéndoseme abierto una llaga bajo el pie izquierdo, al punto de obligarme a estar en cama sin poder celebrar desde el 16 de abril al 22 de mayo corriente, y solamente el 23 pude celebrar en la capilla privada. Debo absolutamente cuidarme del frío que aquí se siente mucho en los meses de junio, julio y agosto, en los cuales me iré a Santiago donde el clima es menos rígido”.

En junio, pues, se trasladó a Santiago, cuyo clima benigno más el cuidado de sus Hermanos y la mayor facilidad de una asistencia médica, hacía suponer una mejoría de su preciosa salud.

Fue en aquella ocasión, cuando se disponía a partir para Santiago, cuando lo visitó en su lecho de enfermo un amigo de la obra salesiana de Punta Arenas, don Juan B. Contardi. El pensaba hallarlo, contó después, en un espacioso dormitorio, digno de un Prelado... Pero no. Contempló sólo la sublime pobreza de ese hombre admirable: una cama, una silla, una mesa... Y nada más. Así lo narró emocionado. Y así era Monseñor Fagnano: ¡todo para los demás, y nada para sí!

En Santiago la mejoría fue efímera e ineficaz; después de pocos días se comenzó a agravar hasta llegar al fin de sus días. El digno ministro de Dios que había combatido su buena batalla y había terminado felizmente su carrera mortal, se abandonó a la misericordia de Dios y aceptó la muerte como un último holocausto por sus queridos indígenas, a los que sólo eso le faltaba entregar. Su único dolor fue morir lejos del campo dilecto de sus fatigas y sin poder dar su postrera mirada a ninguno de esos amados indiecitos, a los que enviaba sí su extrema bendición... Confortado por los sacramentos que él

tantas y tantas veces administró a los demás, expiró santamente el 18 de septiembre de 1916, a los setenta y dos años de edad, en el Colegio de La Gratitude Nacional.

El telégrafo llevó la noticia a Turín, en donde produjo una profunda consternación. Una de las principales columnas de la Pía Sociedad había caído. Sobre todo lo lamentó el Rector Mayor Don Albera, su amigo del alma, quien comunicó luego la noticia a todas las Casas de la Congregación: "...La Prefectura Apostólica de la Patagonia Meridional y de la Tierra del Fuego, huérfana de su jefe, no es la única que llora la muerte de Monseñor José Fagnano. Al dolor de aquellos pueblos tan amados por él, se unen dos florecientes naciones, Chile y Argentina, de las que él se hizo tan benemérito. Sería deseable poseer sus memorias, pero por disposición de la Divina Providencia, parece que por un equívoco fueron completamente destruidas. La memoria de sus gestas lo harán venerar como uno de los más grandes varones del Evangelio y una de las más fúlgidas glorias de la Pía Sociedad Salesiana".

Al anunciarse su muerte no hubo quién no se deshiciera en elogios. Fue un coro unánime en el mundo intelectual y en el mundo popular. Ahora se ve qué inmensa herencia de afectos dejaba ese hombre manso y fuerte, abnegado y generoso que había trabajado, amado y sufrido.

Y Punta Arenas, que se sentía una parte de él, sentía también que suyos debían ser los restos mortales de su Apóstol, y los quiso tener, los pidió y los tuvo. ¡Oh, apoteosis sublime! ¡Oh, la sublime espontaneidad filial de un pueblo! Nadie jamás había presenciado una manifestación semejante. En América las cosas grandes se hacen también a lo grande; y la demostración de la capital magallánica lo fue.

Monseñor Fagnano descansa ahora en un hermoso mausoleo en el templo del Sagrado Corazón de Jesús, que él había construido, y sobre esa tumba se alternaron los habitantes de esa región a depositar el tributo de sus plegarias.

Más tarde la ciudad dará el nombre de Fagnano a una de sus calles. Pero más fúlgido perdurará en la historia. . .

I N D I C E

	<u>Pág.</u>
Presentación	3
Prefacio de la edición italiana	5
Nota del recopilador y traductor	7
I — El hogar paterno — 1844	9
II — En el seminario — 1856	10
III — Un paréntesis — 1859	13
IV — Con Don Bosco — 1870	17
V — Como se adiestran los santos	21
VI — En Lanzo y en Varazze	25
VII — Don Bosco envía sus primeros misio- neros — 1875	29
VIII — Misionero — 1876	38
IX — Prefecto apostólico — 1883	43
X — Con una expedición científica — 1886	45
XI — La toma de posesión — 1887	50
XII — Al fin en Punta Arenas — 1887	53
XIII — El observatorio Meteorológico — 1887	59
XIV — El primer Mes de María — 1887	60
XV — Los primeros: Los Tehuelches	61
XVI — Los Alakalufes — 1888	64
XVII — En las Islas Malvinas — 1888	69
XVIII — A Italia — 1888	70
XIX — Regreso a Punta Arenas. Mes de Ma- ría — 1888	72
XX — La misión de San Rafael — 1889	74
XXI — El Hermano Silvestro — 1889	80
XXII — En Punta Arenas. El Mes de María — 1889	88
XXIII — "SAN RAFAEL" y "EL BUEN PASTOR" — 1890	89

EDITORIAL SALESIANA

Otras publicaciones:

COLECCION "VIDA SALESIANA"

Serie A

Esta colección recoge temas, estudios, reflexiones y experiencias ligadas al espíritu y a la acción de los discípulos de Don Bosco. Es un esfuerzo de la Editorial Salesiana para ofrecer un material que promueva la renovación pastoral, educacional y religiosa de aquellos que se inspiran en las enseñanzas y en los ejemplos de San Juan Bosco.

- 1.— JOSE AUBRY, **El Espíritu Salesiano.**
- 2.— JOSE SPALLA, **Don Bosco y su ambiente socio-político.**
- 3.— L. RICCERI, J. AUBRY, L. GALLO, **La Oración, problema vital.**
- 4.— J. L. YAÑEZ, L. RICCERI, **Espiritualidad Salesiana.**
- 5.— AA. VV., **Misión Salesiana y problemática educacional.** (en preparación).
- 6.— AA. VV., **El sistema educativo de Don Bosco.** (en preparación).

Serie B

Esta colección recoge en forma esmerada los testimonios de vida que han sabido expresar en estilo salesiano, las riquezas del carisma de Don Bosco.

- 1.— ALEJO ROA, D. **Abraham Aguilera, Obispo y apóstol Salesiano chileno.**
- 2.— ALEJO ROA, D. **Camilo Ortúzar Mo** (en preparación).
- 3.— MANUEL ACUÑA, **Historia de "La Nacional".**
- 4.— M. BORGATELLO - T. BUVINIC, P. . **nano V., Vida y Obra.**

Pedidos a Editorial Salesiana.

Avda. B. O'Higgins 2361.

Fono: 96911; Casilla 16.

Santiago de Chile.



I N D I C E

	Pág.
Presentación	3
Prefacio de la edición italiana	5
Nota del recopilador y traductor	7
I — El hogar paterno — 1844	9
II — En el seminario — 1856	10
III — Un paréntesis — 1859	13
IV — Con Don Bosco — 1870	17
V — Como se adiestran los santos	21
VI — En Lanzo y en Varazze	25
VII — Don Bosco envía sus primeros misio- neros — 1875	29
VIII — Misionero — 1876	38
IX — Prefecto apostólico — 1883	43
X — Con una expedición científica — 1886	45
XI — La toma de posesión — 1887	50
XII — Al fin en Punta Arenas — 1887	53
XIII — El observatorio Meteorológico — 1887	59
XIV — El primer Mes de María — 1887	60
XV — Los primeros: Los Tehuelches	61
XVI — Los Alakalufes — 1888	64
XVII — En las Islas Malvinas — 1888	69
XVIII — A Italia — 1888	70
XIX — Regreso a Punta Arenas. Mes de Ma- ría — 1888	72
XX — La misión de San Rafael — 1889	74
XXI — El Hermano Silvestro — 1889	80
XXII — En Punta Arenas. El Mes de María — 1889	88
XXIII — "SAN RAFAEL" y "EL BUEN PASTOR" — 1890	89

XXIV — Una nueva Iglesia y una goleta — 1891	98
XXV — Monseñor Cagliari en Punta Arenas — 1892	100
XXVI — Prueba de fuego y primeros ladrillos — 1892	104
XXVII — Fuegoños en Génova — 1892	106
XXVIII — Una primera piedra — 1892	108
XXIX — Inolvidable procesión en Dawson — 1892	109
XXX — Los Onas — 1893	110
XXXI — En plena misión de la Candelaria — 1894	117
XXXII — Progresos en Dawson — 1894	120
XXXIII — La banda de músicos indígenas — 1894	121
XXXIV — En el norte — 1894	122
XXXV — Una "escapadita" al Sur — 1895	124
XXXVI — Agradables sorpresas en el Norte — 1895	126
XXXVII — A Italia con León XIII — 1895	127
XXXVIII — Más rosas... y espinas — 1896	130
XXXIX — Fuego en la Candelaria — 1896	135
XL — Las Hijas de María Auxiliadora en Can- delaria — 1897	136
XLI — Monseñor vuela al sur	138
XLII — El "Torino" y la "María Auxiliadora"	140
XLIII — Ilustres visitantes — 1897	141
XLIV — Al término del siglo diecinueve — 1899	143
XLV — Comenzando el siglo veinte	144
XLVI — Al mismo ritmo	146
XLVII — Despidiéndose	149
XLVIII — ¿Obispo?	152
XLIX — ¿En su vida privada	153
L — Hacia el ocaso — 1916	155

EDITORIAL SALESIANA

Otras publicaciones:

COLECCION "VIDA SALESIANA"

Serie A

Esta colección recoge temas, estudios, reflexiones y experiencias ligadas al espíritu y a la acción de los discípulos de Don Bosco. Es un esfuerzo de la Editorial Salesiana para ofrecer un material que promueva la renovación pastoral, educacional y religiosa de aquellos que se inspiran en las enseñanzas y en los ejemplos de San Juan Bosco.

- 1.— JOSE AUBRY, **El Espíritu Salesiano.**
- 2.— JOSE SPALLA, **Don Bosco y su ambiente socio-político.**
- 3.— L. RICCERI, J. AUBRY, L. GALLO, **La Oración, problema vital.**
- 4.— J. L. YAÑEZ, L. RICCERI, **Espiritualidad Salesiana.**
- 5.— AA. VV., **Misión Salesiana y problemática educacional.** (en preparación).
- 6.— AA. VV., **El sistema educativo de Don Bosco.** (en preparación).

Serie B

Esta colección recoge en forma esmerada los testimonios de vida que han sabido expresar en estilo salesiano, las riquezas del carisma de Don Bosco.

- 1.— ALEJO ROA, **D. Abraham Aguilera, Obispo y apóstol Salesiano chileno.**
- 2.— ALEJO ROA, **D. Camilo Ortúzar Mo** (en preparación).
- 3.— MANUEL ACUÑA, **Historia de "La Nacional".**
- 4.— M. BORGATELLO - T. BUVINIC, P. .
nano V., Vida y Obra.

Pedidos a Editorial Salesiana.

Avda. B. O'Higgins 2361.

Fono: 96911; Casilla 16.

Santiago de Chile.

